

"LA CULTURA ARGENTINA"

---

MIGUEL CANÉ

# Discursos y Conferencias

---

Volumen póstumo ordenado por el autor,  
precedido por una impresión de  
ROBERTO J. PAYRÓ



ADMINISTRACIÓN GENERAL:  
CASA VACCARO, AV. DE MAYO 638, BUENOS AIRES  
1919

ES PROPIEDAD  
DE LA  
Municipalidad de Buenos Aires

Pat. 3689

CANJ.

DIRECCION DE BIBLIOTECAS PUBLICAS MUNICIPALES	
Nº. ORDEN	16.620
UBICACION	19-1-23
Ficha Material	82A.134.2(82)-5

## **DISCURSOS Y CONFERENCIAS**

## MIGUEL CANÉ

---

Nació en Montevideo, en 1851, durante la emigración. Estudió en el Colegio Nacional de Buenos Aires y se graduó en Derecho en la Universidad el año 1872. Perteneció al grupo de espíritus selectos que formó la "generación del ochenta", en momentos en que la cultura argentina se renovaba substancialmente en el orden científico y literario.

Su actividad fué solicitada alternativamente por la política, la diplomacia y la vida universitaria; pero siempre se mantuvo fiel cultor de las buenas letras, con aticismo exquisito. Nadie pudo ser más representativo para ocupar el primer decanato de nuestra Facultad de Filosofía y Letras, a cuya existencia quedó para siempre vinculado su nombre.

Inició su carrera de escritor en "La Tribuna" y "El Nacional". En 1875 fué diputado al Congreso; en 1880 director general de correos y telégrafos; después de 1881 ministro plenipotenciario en Colombia, Austria, Alemania, España y Francia. En 1892 fué Intendente de Buenos Aires y poco después Ministro del Interior y de Relaciones Exteriores.

Publicó los siguientes libros, que le asignan un puesto eminente en nuestra historia literaria: "Ensayos" (1877), "Juvenilia" (1882), "En viaje" (1884), "Charlas literarias" (1885), Traducción de "Enrique IV" (1900), "Notas e impresiones" (1901), "Prosa ligera" (1903). Ha dejado numerosos "Discursos y Conferencias", muchos de ellos reunidos en un volumen tan interesante como los anteriores.

Con excelente gusto crítico y ductilidad de estilo, cualidades que educó en todo tiempo, logró ser el más leído de nuestros "croniqueurs", igualando los buenos modelos de este género esencialmente francés. Más se preocupó de la gracia sonriente que de la disciplina adusta, prefiriendo la línea esbelta a la pesada robustez, como que fué en sus aficiones un griego de París.

Falleció en Buenos Aires el 5 de septiembre de 1905.

"LA CULTURA ARGENTINA"

---

MIGUEL CANÉ

# Discursos y Conferencias

---

Volumen póstumo ordenado por el autor,  
precedido por una impresión de  
ROBERTO J. PAYRÓ



ADMINISTRACIÓN GENERAL:  
CASA VACCARO, AV. DE MAYO 638, BUENOS AIRES  
1919

## Miguel Cané

### † Ayer en Buenos Aires

Ayer mismo veíamosle pasar, sonriente, con la mirada juvenil y escrutadora desmintiendo las canas del cabello y del espeso bigote, nieve temprana de los primeros días otoñales. Respiraba juventud, vigor, una plenitud de vida y una actividad material e intelectual que sólo se ven, fuera de la adolescencia, en ciertas organizaciones privilegiadas. La noticia de su muerte nos ha sobrecogido, ha sobrecogido a la sociedad entera como un rayo en mitad de un día sereno....

Su elegante figura, el armónico desembarazo de sus movimientos, la suave energía de su rostro, sus pupilas centelleantes de inteligencia, la espiritualidad y la gracia fina de su decir, la afable acogida que nunca escatimaba a nadie, la atmósfera de satisfacción y desahogo que se complacía en irradiar de su persona, eran otras tantas corrientes simpáticas que le conquistaban amigos, así como sus libros y trabajos literarios le conquistaron admiradores.

No era esto simple resultado de ese "don de gentes" misterioso que se observa en algunas individualidades sin grandes características; era más bien el producto de una manera propia e ins-

tintiva de exteriorizar la superioridad. Y el de Miguel Cané era un espíritu realmente superior. Nacido en cualquier otro país y en cualesquiera otras circunstancias, hubiese sido siempre, como lo fué aquí, un personaje de primera fila, un hombre dirigente, un artista, un escritor, un educador. Sus méritos son reconocidos de un modo tan unánime en esta tierra de indiferencia y de escepticismo, que no tendríamos para qué ponerlos de relieve, si no nos incumbiera la penosa misión de entretejerle modesta corona fúnebre con algunas flores, cogidas al azar, de entre las muchas y admirables con que sembró su camino.

Miguel Cané, en efecto, ha producido para la naciente literatura argentina joyas que resplandecen con luz propia junto a las más preciadas, y flores cuyo perfume no podrá desvanecerse nunca. El tiempo borrará inscripciones esculpidas en el bronce y en el mármol que hoy parecen indestructibles y eternas, pero en vano se encarnizará contra muchas páginas confiadas por el escritor a la fragilidad del papel. ¿No atraviesa la luz espacios infinitos sin que su vibración se acabe? Y con esa posteridad luminosa de los hijos de su espíritu vivirá también su nombre, famoso ya entre los famosos de los primeros intelectuales argentinos, los precursores y los iniciadores.

Desde temprano comenzó la fama a acariciar ese nombre, que ya no abandonará. Apenas había pasado de los veinte años el Dr. Miguel Cané, cuando ya se hacía notar por sus artículos lite-

rarios en "La Tribuna" y "El Nacional". Sus excepcionales dotes le habían permitido asimilar y desarrollar con rara exuberancia las lecciones recibidas en el colegio nacional primero, en la Facultad de derecho después, y sobre todo, allí donde el espíritu amplio y liberal del maestro don Amadeo Jacques, formaba un vivero de hombres que habían de descollar más tarde en las ciencias y las letras; muchos prematuramente desaparecidos.

El sello que aquel profesor ilustre trataba de imprimir a sus discípulos cuadraba bien al alma de Miguel Cané, y en este acuerdo de la aspiración del niño y la enseñanza del guía, el desarrollo intelectual resultó más fácil y más rápido.

Así, desde sus primeros escritos, el éxito coronó al iniciado, y las puertas de la carrera de las letras se abrieron de par en par ante él. Pero en aquel tiempo no había, no hay hoy mismo en nuestro país, carrera literaria propiamente dicha. Las letras puras no conducen a ninguna parte; ni la noble aspiración, ni la vulgar necesidad, encuentran satisfacciones en ese rumbo exclusivo. Miguel Cané hubiera podido ser un Taine, un Renán; pero sobrevino fatal, ineludiblemente la política...

Es decir, la política absorbente, la política activa que exige la dedicación total y exclusiva de la persona en los pueblos que pugnan todavía por organizarse y consolidarse, tenía en sus filas militantes a toda la intelectualidad del país. Y Ca-



né, que no podía ser excepción so pena de condenarse a la inercia propia y al desdén ajeno, se alistó también: fué periodista de combate, orador de comité y de meeting, entró en lo más recio de la refriega, dando y recibiendo golpes, haciendo literatura y derramando bellezas artísticas entre párrafos de lucha,—proyectiles para el adversario,—y salió de ella diputado a la legislatura de Buenos Aires, en 1875, cuando apenas contaba veinticuatro años.

Entregado a las tareas parlamentarias, y en la agitación de la política activa, candente, podríamos decir, de aquella época, muchas veces abría un paréntesis, solicitado por las inclinaciones íntimas de su alma, y entonces brotaban de su pluma y aparecían en algunos de los principales periódicos bonaerenses, páginas llenas de espiritualidad y de frescura, fuertes por el fondo, elegantes y ligeras por la forma, que hacían dar a su fama un salto más hacia adelante. Tuvo entonces el cetro literario, que no cayó de sus manos hasta la hora de su muerte: días antes aun, levantaba toda una reputación con una carta, sancionaba a un escritor con una frase. Pero en aquella época lejana, la política le hizo mostrar otra faz de su espíritu complejo que hemos visto después en muchas ocasiones: se reveló orador parlamentario, y en sus discursos, en sus interrupciones, en sus réplicas, fué lo que era hasta hace poco en la cámara de senadores de la Nación—insinuante, ameno, siempre espiritual, epigramático a veces, con

grandes y sencillas elegancias de lenguaje, con atildamientos de artista, elocuente también cuando el tema le tocaba el corazón.

Su campaña parlamentaria le llevó, en 1880, a la dirección general de correos.

Poco tiempo permaneció desempeñando este cargo, que si era de su competencia, no era de sus inclinaciones, las que no tardaron en hallar terreno más propicio y grato. Al año siguiente inició, en efecto, su carrera diplomática, como ministro plenipotenciario de la República Argentina en Colombia, y de esa república pasó dos años después a la plenipotencia de Austria.

Su producción literaria se hizo más abundante y pulida en esta época, de la que datan varios de sus mejores libros, pues que las preocupaciones y tareas de su misión le dejaban tiempo no sólo para cultivar su espíritu observando las costumbres europeas, escudriñando sus monumentos históricos y artísticos, viviendo su intensa vida intelectual, sino también para transmitirnos en forma de trozos literarios, bellísimos por su fondo y su estructura, la quinta esencia de cuanto asimilaba y se incorporaba en aquella inmensa escuela, centro de la humanidad, pues no estuvo sólo en Austria, sino que pasó en seguida con igual cargo a Alemania, entonces en la plena efervescencia del colosal desarrollo que, comercial, industrial e intelectualmente la ha colocado en la primera fila de las grandes naciones civilizadas.

España le tuvo luego de representante argen-

tino. Y allí como en todas partes, agasajado, buscado, mimado por lo mejor de los centros políticos, sociales y literarios, Miguel Cané fué de veras ese representante, pues llevaba consigo y en sí las características de la raza que equivocadamente buscan algunos en tosquedades y asperezas, ajenas siempre al núcleo de nuestra sociabilidad, a lo que daba tono y sello al pueblo de Buenos Aires. Miguel Cané, sin nada de romántico, y con su espíritu avanzado y progresista, tenía mucho en su exterioridad y sus maneras, de aquella brillantísima sociedad porteña de 1830, tan culta y tan celosa de las formas, para quien la afabilidad y la llaneza sin trivialidad, la elegancia y el atildamiento, el saber y la espiritualidad sin malicia, eran galas y gemas de primer agua; para quien la amable conversación sobre temas artísticos y de actualidad era la diversión más agradable y buscada; para quien, en fin, había que tener algo o mucho dentro, antes de querer brillar.

Y este carácter, tan nuestro, tan propio, tan indiscutible para cuantos conocen realmente nuestra historia y no sólo la cronología de los hechos más resonantes,—este argentinismo, este porteñismo como antes se solía decir, es lo que hace que algunos encuentren hoy afrancesamiento en Miguel Cané. cual su paso fué tan rápido que no le permitió dejar muy hondas huellas. Estábamos, en efecto,

Después de su larga campaña diplomática el doc al poco tiempo de la intendencia municipal, por la tor Cané volvió a Buenos Aires para hacerse cargo

en la agitada época de la presidencia de Sáenz Peña. Y un buen día, de la casa municipal, el primer magistrado lo llamó al Ministerio de Relaciones Exteriores, que abandonó también poco después, para tomar la cartera del Interior.

Luego se le hizo reanudar su interrumpida carrera diplomática, dándole, en 1896, nuestra plenipotencia en París, de donde volvió para ocupar un asiento en el Senado de la Nación. Ya hemos indicado sus peculiaridades de orador; la premura del tiempo y los estrechos límites de un artículo no nos permiten insistir sobre ello.

Su acción, en efecto, debe ser examinada y expuesta con reposo, a la vista de datos dispersos, aparentemente inconexos, y que no están por el momento a nuestro alcance; sólo después de un estudio largo y concienzudo podrán ponerse de relieve los rasgos principales de su personalidad. Bastarían sus trabajos como primer decano de la Facultad de Filosofía y Letras, en pro de cuya realización puso toda su voluntad y todo su admirable talento, para reclamar atención minuciosa y reverente.

Allí, sin tener en cuenta las cátedras que ha dictado con singular lucimiento—allí fué donde exteriorizó más sus cualidades de educador. Pero debe decirse, para honor de su memoria, que fué educador toda su vida—sin mostrarlo—en su persona, en sus gustos, en sus producciones, en su respeto por todo lo grande, en su admiración por todo lo bello. Como su autoridad de escritor y crítico era

indiscutida, guiaba a la opinión, naturalmente, sin esfuerzo, en materia literaria, como si él mismo ignorase su influencia ¡y cuán noblemente! Puede decirse que Miguel Cané no ha visto al borde del nido el ensayo de un vuelo, fuera de águila o de zorzal, sin entusiasmarse ante el espectáculo y dar ánimos al atrevido. Y más tarde no ha visto cernearse al águila ni ha escuchado cantar al zorzal, sino con el mismo sentimiento de admiración o de amor, que se apresuraba a exteriorizar para que todos lo compartieran.

“La Nación”, cuya biblioteca acaba de reeditar ese primoroso ramillete que se llama “Juvenilia”, lo contaba entre sus más asiduos colaboradores, y demás está insinuar cuánta era la vivacidad y la brillantez de sus escritos condimentados siempre con las mejores sales de su ingenio. Aunque anónima, esa colaboración no pasaba, no podía pasar nunca inadvertida... También por esto le lloramos en esta casa, considerándolo miembro querido de nuestra familia periodística.

Como elocuente e imperecedero epitafio del que fué; como historia intelectual del escritor que la muerte acaba de arrebatarnos con único y certero golpe, quedan sus libros: “Ensayos”, “Juvenilia”, “En Viaje”, “Charlas Literarias”, “A la distancia”, “Prosa ligera”, “Notas e impresiones”, y la hermosa traducción del “Enrique IV”, de Shakespeare, con un prólogo maravilloso. Su nombre tiene, contra el olvido, la egida invulnerable de sus obras. Pero ¿quién llenará el vacío que

nos deja su ausencia? ¿dónde está, para sucederle en el sitio único que ocupaba, ese espíritu sutil y elegante, afectivo y espiritual, de erudición y de gracia al propio tiempo, de fuerza y de belleza, bastante amplio para comprenderlo todo, bastante generoso para, conociendo su autoridad intelectual, no usarla sino en aplausos y galardones, y siendo cáustico y epigramático como nadie, guardar el aguijón como la abeja, desdeñar el arma por la miel?...

Se llenará, sin duda, porque la desaparición de un hombre no detiene la marcha de las cosas. Pero, aunque se llene, siempre estará vacío para nosotros, siempre veremos el puesto de Miguel Cané llenado sólo por su sombra y su recuerdo, que seguirán hablándonos desde el fondo de nuestro mismo espíritu con los acentos cálidos y vibrantes que tantas veces le hemos escuchado.

ROBERTO PAYRÓ.

("La Nación", septiembre 6 de 1905).

---

## **LA CULTURA SUPERIOR**

Francia al vigoroso centro de estudio creado por Duruy. Es aquí, señores, donde, por primera vez, no sólo entre nosotros, sino en toda esta América española poblada por más de 40 millones de almas, se ha hablado de ciencias e investigaciones que hasta hace poco parecían el monopolio de los lejanos centros de alta cultura de Europa y Estados Unidos. En adelante, las inteligencias curiosas, que van a la ciencia y al estudio como las plantas yerguen sus tallos hacia la luz, no se esterilizarán en la soledad y la impotencia; aquí encontrarán, en la enseñanza de profesores competentes, entusiastas y sinceros, dirección segura y fecunda, como hallarán también, en la atmósfera generosa y culta, que empieza a ser la normal en esta casa, motivos de emulación y contento intelectual.

Pero todo eso no se opera en un día y es bueno que así sea, porque, según la antigua sentencia, el tiempo no perdona a lo que sin él se hace. Si se tienen en cuenta todas las dificultades, antipatías, prevenciones, desconfianzas y pobrezas con que ha tenido que luchar esta institución, creo que estamos autorizados a asegurar que lo hecho, en los pocos años transcurridos desde su fundación, ha superado las esperanzas de sus animosos iniciadores.

Ahora, señores, y sobre este punto tenemos que conversar un momento, es bueno que todos aquí, académicos, profesores y alumnos, nos entendamos una vez por todas, sobre la naturaleza y el carácter que debe investir la enseñanza de la Facultad de Filosofía y Letras. Algunas veces, señor Decano,



durante el período en que me ha tocado el honor de precederos, he podido constatar que la enseñanza dada, no respondía a nuestros propósitos, ni a nuestro ideal. Pronto ví que la causa estaba en que el profesor, al querer elevarse a la región en que debía moverse, se sentía retenido por el alumno cuyas alas de bachiller eran de poco vuelo. Todo esto se irá modificando y la selección se operará entre nosotros, como en todo lo que existe: los que no puedan voiar, se quedarán tranquilamente sobre la tierra, donde, a más de ser muy útiles, vivirán exentos de los riesgos de Icaro y Euforion.

Pensamos, señores, que los estudios que aquí se hagan, deben ser de carácter científico y general. Del mismo modo que no podemos admitir se conciba esta Facultad como un medio de perfeccionar los estudios secundarios, aún los más completos, tampoco aceptamos que se quiera hacer de ella, como durante un siglo lo fueron las Facultades de Letras en Francia, un instrumento de fabricar diplomas. Es natural que la conexión de enseñanza, por la similitud de materias, haga que un estudiante que nos llegue con un buen bagaje de filosofía, historia y letras, perfeccione y complete aquí sus conocimientos, como es lógico también que el fruto de sus esfuerzos sea un testimonio de competencia que le permita encontrar medios de vida en el ejercicio del profesorado. Pero repito que esta Facultad no es ni debe ser una escuela de mandarinaje oficial, ni una escuela normal. Que los futuros maestros de la enseñanza secundaria vengan a esta

casa a orientar sus inteligencias hacia la concepción científica y amplia de las ciencias y las artes, nada más lógico, y el Ministro de Instrucción Pública que hizo obligatoria la asistencia de los futuros profesores a cursos especiales de esta Facultad, reveló estar al cabo de las exigencias actuales del arte de enseñar. Pero precisamente para responder a esa confianza, debemos velar porque el nivel de los estudios se mantenga no sólo elevado, sino porque éstos se desenvuelvan dentro del carácter propio a la institución, científicos por su método y tendencias, generales por su altura y objetivo.

Y pues de estas elevadas materias hablamos, señores, ¿cómo rehuir el deber de decir lo que se piensa respecto al estado de la Universidad de Buenos Aires y la necesidad de su reforma, cuando se tiene el honor de contar entre el grupo dirigente de la enseñanza nacional? Lo diré, señores, con tanta mayor facilidad, cuanto que no diré nada nuevo, como tampoco hay nada nuevo, ni en la catástrofe de la Facultad de Derecho, ni en lo que se proyecta hacer para remediarla. Creo, señores, que, ante lo ocurrido en aquella Facultad, las gentes se han quedado un poco como los indios de Colón ante el eclipse que tan bien explotó el ilustre navegante. Pero los indios no tenían la más remota idea de la vida de los astros, mientras que la mayor parte de los asombrados por los últimos sucesos universitarios, estaban en el deber de presentirlos y por tanto de prevenirlos. La Facultad de Derecho ha muerto de aislamiento, que es la

tuberculosis especial de los centros de cultura cuyos órganos no se adaptan bien a las funciones para que se crean.

Una de las mayores sorpresas intelectuales de mi vida, fué la que embargó mi espíritu el día en que, por primera vez, tuve que defender, en el seno del Consejo Superior, no la existencia de esta Facultad de Letras, sino el predominio, como orientación, del espíritu universitario en la enseñanza superior. Había pasado muchos años en Europa, testigo de la lucha, especialmente en Francia, entre la persistente y atávica forma escolástica y la aspiración a la ciencia y a la experiencia, del espíritu nuevo. Acababa de presenciar la muerte, la triste muerte por anemia, de las Facultades esparcidas en todo el suelo francés, cuyos últimos años habían transcurrido en el vacío, incapaces hasta de formar los pocos maestros con que, en los mejores momentos de su existencia, contribuyeron a la obra educacional. ¡Y encontraba, triunfante y arrogante, en mi patria, ese mismo espíritu académico, restringido, especialista, contra el cual se levantaba, en Europa y Norte América, cuanto hay de elevado y culto! “Cerrado por falta de autoridad moral”, escribieron los jóvenes estudiantes en el famoso cartel, cometiendo un doble error, uno de hecho al ofender de esa manera a académicos y profesores que, en su mayoría, serán difícilmente reemplazados como honorabilidad y competencia, y otro de concepto, al asegurar que las instituciones que carecen de autoridad moral deben cerrarse.

Precisamente suelen ser las más necesarias y para que se mantengan abiertas es que se ha inventado el gendarme. Los que acusan al Gobierno de la Nación de simpatizar con la actitud de los estudiantes, cometen un error, si es que no atribuyen instintos suicidas a los ciudadanos que lo componen.

Ahora, si en el cartel se hubiera escrito: "Cerrado por falta de espíritu universitario", parece-me que se hubiera dado en el clavo. En Francia, durante los esfuerzos por la reforma, se llegó a tener la Universidad sin el nombre; nosotros tenemos el nombre sin la cosa. La Facultad de Derecho vivió, como viven aún las que quedan (sin contar a nuestra pobre Cenicienta), dentro del más estrecho espíritu de particularismo. Hasta tal punto, que he visto a sus representantes en el seno del Consejo Superior, casi siempre hombres de primera fila, en una constante actitud de defensa, como si la escasa jurisdicción dada por la ley al Consejo, fuera un despojo intolerable de los derechos de las Facultades. Nunca quisieron concebir la Universidad de la única manera como puede constituir una fuerza, esto es, como un vínculo de elevada cohesión, capaz de dar vida vigorosa a los diversos órganos que alcanza. Animados de los mejores deseos, pusieron toda su inteligencia y su dedicación en la tarea de obtener, por el solo medio de la Facultad de Derecho, lo que únicamente puede obtener el espíritu universitario. Hubo un momento, un instante, en que la luz estuvo a punto de hacerse en sus espíritus: pero resolvieron la dificultad sin

salir de casa, creando, dentro de la Facultad, cátedras de filosofía, de historia, de sociología! Habían comprendido; como ha dicho un eminente universitario, que “el especialismo es una piedra de moler que pulveriza las ideas”: “necesita un correctivo, las concepciones generales”, agrega el mismo pensador; pero no buscaron allí el remedio.

De la misma manera que es indispensable, dentro de las Facultades, una elevada unidad de enseñanza, lo es y más, entre las diversas Facultades, el contacto constante que su propia diversidad hace necesario y justifica. El hombre moderno, de alta cultura, no es, ni puede ser, el producto único de una escuela especial; para darse cuenta clara y precisa de todo lo que necesita saber si quiere mantener elevada su inteligencia, requiere, no el haber agotado las enseñanzas parciales, sino haberse habituado a las generalizaciones fecundas, que sólo apoyándose en el espíritu universitario se alcanzan.

De modo, pues, señores, que todas esas cuestiones de detalle, de cómo debe nombrarse el rector, de quienes compondrán la academia, de la inclusión o no de los profesores en ella, de la resurrección del antiguo claustro, me dejan relativamente frío. Si poco a poco la buena concepción de la idea universitaria no se hace camino en los espíritus, hasta hacer posible una ley de reforma fundamental, facilitando su realización en la práctica, creo que aún tendremos días de preocupación por el porvenir de los estudios superiores en nuestro país.

Una vez organizadas las Universidades naciona-

les necesarias, no ya bajo un padrón único y absurdo, sino adaptándolas a las múltiples exigencias regionales; una vez creada en cada una de ellas, también con su carácter propio, esa Facultad de Ciencias, que parece increíble falte aún entre las existentes, sólo entonces podremos sentirnos incorporados al movimiento general de los países cultos, en el sentido de mantenerse en primera línea, en la lucha secular por la existencia.

Entre tanto, permitidme, después de haberme perdonado esta digresión, volver a nuestro pequeño mundo y hablaros un momento de nuestros estudios y de algunas ideas que la observación de los mismos me ha sugerido.

Con un vigor que es un síntoma de su energía latente, el estudio de la psicología se ha transformado en la Facultad de Letras, bajo el impulso de un joven profesor cuya preparación especial e incomparable dedicación, le harán figurar, en un porvenir no lejano, entre los más esclarecidos cultores de las ciencias experimentales.

Se ha dicho con razón que si un poco de psicología aleja de la filosofía, mucha psicología acerca a la misma. Es exacto, siempre que a esta pobre psicología experimental, tan asaltada desde que vió la luz, se le dé su significación verdadera. Pienso, por lo que de ella sé, que jamás ha pretendido pesar el alma en una pequeña balanza muy bonita y muy sensible, ni medir la intensidad de la inteligencia en algo como un dinamómetro intelectual, fabricado expresamente para ese uso. Lo que sí es cierto—

y en ese terreno no hay más que inclinar la cabeza, con el doble objeto de ver mejor lo que se hace y aguantar el chubasco,—es que la concepción de la que deriva todo estudio experimental del hombre, es la que establece la unidad de su naturaleza. Los partidarios del viejo dualismo, el factor más eficaz del laberinto sin salida en que ha andado la filosofía desde que el hombre empezó a pensar, no pueden comprender ni comprenderán nunca, el objeto ni el método de la psicología experimental.

Le atribuyen propósitos disolventes, capaces de minar el orden social, político y religioso, de modificar, en una palabra, esta máquina que creen muy bien montada, aunque sus crugidos deben oírse ya de los astros más cercanos: es hacerle demasiado honor. Por el momento, la psicología que aquí estudiamos tiende a revelar, como ha dicho últimamente uno de sus más autorizados representantes (1), “que el estudio rigurosamente experimental de las formas superiores de la actividad mental es posible y que ese estudio puede hacerse según los métodos de la fisiología de los sentidos, a condición, solamente, de que la introspección, que ocupa un lugar muy modesto en esos métodos, pase a primera línea”. Eso es todo: ya véis que no es muy revolucionario y que se puede asistir a nuestros cursos sin correr riesgos de mayor cuantía. Ahora, si al salir de un curso de psicología experimental, hecho a fondo y con conciencia, o de ética y metafísica,

---

(1) Binet.

como el que se dictará este año en la Facultad, por uno de sus más eminentes profesores, el discípulo cae en otro, dictado dentro de los viejos moldes y sin preocupación de los nuevos métodos, y siente una sensación de vacío, algo como la convicción de la inutilidad de todo esfuerzo en esa vía, eso nos revelará, señores, a los que dirigimos esta casa, la obligación en que estamos de imprimir a sus estudios cierto carácter de unidad en la tendencia y en los sistemas. Por eso es conveniente que los profesores se acerquen, conversen, cambien observaciones, realicen, en una palabra, en los límites de nuestro pequeño círculo, el ideal del espíritu universitario, la comunidad de pensamiento, dentro de la diversidad de enseñanza.

Por lo demás, señores, lo que debe preocuparnos ante todo, en el estudio de la filosofía, como en las otras ramas de nuestro cuadrante, es, no dar ideas al estudiante, sino preparar su inteligencia para que pueda adquirirlas propias y por sí mismo. No hay aquí espíritu tendencioso, ni a defender ni a destruir doctrinas; no se habla de eso, ni en eso se piensa.

Protesto, pues, desde luego, contra el próximo Brunetiére que acuse de bancarrota a la psicología experimental, si no puede, en plazo fijo y perentorio, medir con su instrumental de estudio la inteligencia, la imaginación o la moralidad de un sujeto. Lo que se probará será únicamente lo que se afirma, porque el espíritu científico consiste en afirmar sólo lo que se puede probar. Renan decía



del gran poeta francés: "Este Víctor Hugo tiene una fe tan extraordinaria en Dios y la inmortalidad, que si llega al paraíso y ve una sola poltrona, es capaz de arrellanarse en ella, sin preocuparse de si es la del Padre Eterno". Confieso que no veo cómo el estudio de la psicología, de la biología, especialmente en sus relaciones con la química, y de las demás ciencias experimentales que hoy preocupan el espíritu humano, pueda dar por resultado la magnífica confianza de Víctor Hugo: aunque ellas no buscan objetivos de ese orden, no será pequeño beneficio si permiten alcanzar la región serena y templada en la que el espíritu del filósofo bretón se movía con tanta elegancia y cortesía, señalando, aún en las soluciones menos ortodoxas, el fenómeno de la conciencia como el mayor de los consuelos humanos y afirmando la fe en la Moral y la Ciencia, las dos guías soberanas de la vida.

Y si me he detenido, señores, en la psicología experimental algo más de lo que el tiempo de que dispongo lo permitía, es que quería llegar, por ese camino, a un punto que he indicado ya y sobre el que deseo insistir un momento. Creo que el mayor signo de esterilidad para una Facultad de estudios superiores, es la ausencia de unidad en el concepto fundamental de los mismos. Pienso que si enseñáramos filosofía, historia, filología y arqueología, por ejemplo, empleando los procedimientos del método científico, "de acuerdo con la aspiración moderna que tiende a habituar el espíritu a descubrir la verdad positiva, por medio de la observación, la

comparación, la clasificación, la experiencia, la inducción y la analogía" (1), y diéramos el resto de la enseñanza siguiendo los viejos métodos un tanto escolásticos y de los que tan difícilmente se substraen las inteligencias que han sido modeladas por ellos, creo firmemente que formaríamos espíritus híbridos e infecundos, en vez de hacerlos aptos para una vigorosa acción intelectual. Me viene a la memoria, a este respecto, la última y admirable carta de Herbert Spencer, publicada hace pocos días y dirigida a un pensador japonés, carta que tanto irritó al sanhedrin británico. En ella, el ilustre filósofo, aconseja al Japón evitar el contacto íntimo con la raza europea, que le es superior, cuidando especialmente de no permitir los matrimonios mixtos. La razón que daba Herbert Spencer, es que, tanto por la alianza matrimonial entre las razas humanas, como por el cruzamiento entre los animales, cuando las variedades mezcladas divergen más allá de un pequeño grado, el resultado es indiscutiblemente malo. Es cuestión de biología, dice Spencer, y agrega que la base fisiológica del hecho, parece estar en que cualquier variedad de ser viviente adquiere, en el curso de muchas generaciones, cierta adaptación a su forma constitucional de vida y que toda otra variedad adquiere del mismo modo y en igual forma su adaptación propia. "La consecuencia es, concluía el gran pensador, que, si se mezcla la constitución de dos varie-

---

(1) Liard.

dades en extremo divergentes, que separadamente han llegado a adaptarse a modos de vida también divergentes, se obtiene una constitución que no está adaptada a ninguno de esos dos modos de vida". Permitidme, señores, aplicar esa ley biológica, que al fin de organismos vivos se trata, a los métodos de educación mental y afirmar que el producto que obtengamos de la aplicación de dos sistemas tan divergentes, como las constituciones fisiológicas de Spencer, será, como el de aquéllas, inevitablemente malo. Por eso insisto e insistiré siempre en la necesidad de encargar a una comisión académica activa y enérgica, la tarea constante de vigilar no sólo el espíritu de los programas, sino el espíritu de la enseñanza. Por eso insisto también en la conveniencia que resultaría para la Facultad, de un contacto constante, cordial e inteligente, entre todos sus profesores. La diversidad de la enseñanza que dan, sólo es aparente, del punto de vista en que me coloca. El punto de reunión es el método, comprendido en éste el espíritu que lo inspira.

Del mismo modo, señores, vería con gran satisfacción el abandono sincero de títulos más pretenciosos que exponentes de realidades, más caprichosos que científicos. Me explico que del estudio de las diversas agrupaciones humanas, de los medios en que actúan y de todos los demás elementos determinantes de sus actividades respectivas, se trate de desprender principios de carácter general, que, aceptados, tan sólo sea provisoriamente, sirvan de base a investigaciones ulteriores. Pero de ahí, a

erigir ya en ciencia, con sus líneas fijas e inmutables, a un conjunto de hipótesis o de constataciones empíricas, y decir "sociología", en el mismo sentido en que se dice "álgebra" o "mecánica", me parece que hay una distancia enorme. Es bueno, es necesario estudiar todo lo que cae bajo el dominio de nuestra inteligencia, que es bastante ya para distraernos y consolarnos de todo lo que se le escapa y se le escapará siempre por su naturaleza limitada; pero la ciencia debe ser la región intangible, en la que sólo viven las verdades y las leyes comprobadas. Además, si se encarga a veinte profesores, todos ellos al corriente de los trabajos de los sociólogos modernos, la preparación de un programa de la materia, tengo la seguridad que presentarán veinte programas diferentes, de acuerdo cada uno con la tendencia de su espíritu, de su educación personal, de su método propio; en tanto que entre veinte profesores de geometría, no habrá uno solo que se atreva a calumniar a la hipotenusa, atribuyéndole costumbres que no tiene. Estudiemos la vida de los hombres en sociedad, como estudiamos la vida de las abejas en la colmena; son contribuciones a la gran síntesis futura. Pero no creamos que, si se nos llena la boca con palabras, conseguimos llenar el cerebro de ideas.

No me es posible recordar con la detención que deseara todas y cada una de las enseñanzas que se dan en la Facultad; os tomaré, sin embargo, algunos minutos para hablaros de uno de los estudios más atrayentes para el espíritu, al par que de los

más útiles en toda sociedad organizada y consciente de sus destinos. Me refiero al estudio de la historia, que ha sido entre nosotros uno de los menos comprendidos en las condiciones de carácter científico y general a que antes me referí. Para todo el que haya seguido la enseñanza de la historia en esta Facultad, en los últimos años, no es un misterio que los profesores encargados de hacerla, han tratado de levantarla sobre el nivel rutinario que la ha caracterizado entre nosotros. Por mi parte, he seguido con interés un ensayo de reivindicación de uno de nuestros más sombríos personajes, hecho por un joven profesor de esta casa, lleno de brío y talento, ensayo que, si bien más brillante que eficaz, constituía, a mis ojos, una verdadera lección sobre las distintas maneras como la historia puede encararse. En la alta enseñanza, la libertad del profesor, no debe tener más límites que los que su propia cultura moral e intelectual le señalan: la primera, le impedirá siempre ir contra lo que él crea la verdad; la segunda, chocar sin necesidad contra opiniones y sentimientos que son la base del organismo social al que él mismo debe el noble privilegio de enseñar.

Mi deseo sería, señor Decano, que lo que no hemos podido aún hacer nosotros, lo iniciaran ustedes. Estamos gritando hace algunos años al mundo entero, tal vez con un poquito de precipitación (lo que aplaudo, porque, para curarse, no hay nada más eficaz que creerse sano), que somos una nación

culta y definitivamente organizada. Quiero creerlo; pero eso nos impone una serie de obligaciones, a las que hay que hacer frente, so pena de que el mundo nos recuerde que, en materia de cultura, obras son amores y no buenas razones. Ahora bien, una nación culta tiene por primordial tarea, la de estudiarse a sí misma, especialmente en el pasado. Ese estudio, entre nosotros, está aún por hacerse. Los dos monumentos que, mientras subsista nuestra patria, serán objeto de veneración, la obra histórica del general Mitre y la del doctor Vicente Fidel López, no pueden satisfacer la necesidad que sentimos de conocer la vida pasada de los argentinos con la precisión y amplitud que alcanzamos en el estudio de la historia de otros pueblos. Lo que necesitamos, ante todo, es darnos cuenta, organizar, inventariar, ordenar y catalogar todos los elementos de estudio de que disponemos; creando, si es posible, un depósito único, donde, por fuerza de atracción y por la acción inteligente de los poderes públicos, se vayan concentrando los documentos, memorias, papeles públicos e íntimos, que puedan servir al historiador para sacar de ese caos su obra de arte y de claridad.

Nadie, en ninguna Facultad del mundo, estudia para historiador; pero en la mayor parte de las modernas — o en escuelas especiales que, entre nosotros, deben ser suplidas hasta que se creen, por esta Facultad, — existen cátedras donde se estudia una modestísima ciencia nueva, muy discutida al principio, un poco aun en el día, pero cuya necesidad empieza ya a imponerse. Me refiero a

la "metodología histórica", que, unida a la "heurística", como se ha llamado al estudio y análisis de los documentos, empiezan a ser consideradas como los fundamentos indispensables de los estudios históricos.

Y pues de estos me ocupo, señores, deseo no abandonar el tema, a riesgo de fatigar vuestra atención, sin recomendar a nuestros profesores la aplicación del método que, en las escuelas europeas, ha dado y da el mejor de los resultados. Precisamente porque, en general, la preparación secundaria es deficiente, conviene atender con urgencia, no a rellenar los huecos a la carrera, sino a dotar al alumno de los medios de hacerlo por sí mismo y con eficacia. Un joven puede sentir una obstinada resistencia a interesarse en las campañas de Kenghis-Khan o a imponerse en detalle de las luchas entre los reinos de Castilla y de León en el siglo XIV, sin que por eso deje de tener gusto por otros aspectos de la historia humana. Es bueno, pues, tomar uno de éstos como tema de los estudios del año, no muy vasto, para poder ahondarlo mejor, pero de carácter general bastante, para que su examen pueda presentar la mayor variedad posible de puntos de vista. Para precisar mi pensamiento, creo que podría elegirse, en historia general, el Renacimiento, pero en un país y en un momento dado, la Reforma, en las mismas condiciones, la Revolución en Inglaterra (siglo XVII) u otros análogos; en historia patria, las invasiones inglesas, la guerra del Brasil, la del Paraguay. Una vez circunscripto el

cuadro, entrar a fondo a su estudio; en primer lugar, las fuentes, su análisis, su comparación, su crítica, en una palabra; luego el medio, los hechos en seguida y, por fin, su poquito de filosofía, si es que hay aún quien conserve fe en la pseudo-ciencia de Herder y de Vico. He seguido algunos cursos en el colegio de Francia, sobre historia política o literaria, hechos con ese método, y puedo afirmar que son de excepcional eficacia, como preparación para emprender más tarde, personalmente, estudios análogos sobre otras épocas o sucesos históricos.

Pocas veces, señores, un centro de enseñanza superior habrá sido más feliz que nuestra Facultad al abrir su hogar hospitalario a los distinguidos conferenciantes que lo han honrado este año. Debo mencionar en primer término las cuatro conferencias sobre filología romance, dadas por el distinguido excanciller de la Universidad de Friburgo, doctor Camilo Morel, y en las que ha revelado poseer no sólo lo que se adquiere por el estudio, esto es, la información vasta y sólida y el método impecable, sino el don natural del talento, del gusto y la distinción. Esas conferencias, en las que se ha estudiado más a fondo de lo que las circunstancias parecían permitirlo, muchas de las más interesantes cuestiones que se relacionan con el origen de las lenguas romances, habrían llamado la atención en cualquier Universidad de Europa o Norte América; es, pues, con verdadera satisfacción, que reitero aquí al doctor Morel la expresión de nuestra gratitud por su valioso concurso.



Por primera vez también, se ha hablado en nuestras aulas universitarias de antropología. Ha cabido ese honor al sabio profesor Lhemann-Nitsche, que, con rara autoridad y competencia, ha iniciado el estudio de las razas humanas a la luz de los últimos resultados obtenidos por la investigación científica. También esas conferencias han sido dignas del más reputado centro de cultura europea y por ellas envió a su autor nuestra congratulación y agradecimiento.

Una coincidencia realmente feliz ha hecho que, al mismo tiempo que se iniciaban brillantemente en esta Facultad los estudios filológicos y antropológicos, nuestro compañero de tareas el señor Lafone Quevedo, abriera su primer curso de arqueología americana, que fué llamado a dictar con aplauso de todos aquellos que en el mundo entero se ocupan de esa poderosísima ciencia auxiliar. De manera, pues, señores, que por primera vez en esta América que empieza a deletrear los signos de ese alfabeto de la alta cultura, hasta hace poco mudo para ella, se ha ofrecido a los espíritus inclinados al estudio de la historia, estos tres instrumentos únicos y admirables de investigación: la filología, la antropología y la arqueología. Sin esas bases, no se edifica hoy nada sólido en la reconstitución del pasado; debemos hacer todo lo que esté en nuestro poder, por radicar esos estudios en esta Facultad, incorporándolos definitivamente a nuestro plan.

No quiero olvidar a la señora Mauthe de Imaz, cuyas muy interesantes conferencias sobre algunos

puntos especiales de psicología experimental, al par de merecer unánimes elogios, han sido de gran utilidad a los estudiosos.

Por último, séame permitido recordar que el primer curso regular de griego se ha dado este año en nuestra Facultad, felizmente bajo la dirección de un profesor que, estoy seguro, habría merecido los sufragios de todos los cultores del arte en la Atenas de Pericles. Estudiar griego en nuestra época, en nuestro continente y en nuestra atmósfera, es más que anómalo, ridículo, a los ojos de aquellos que hablan muy satisfechos de la superioridad anglo-sajona, sin sospechar que no hay un inglés de mediana cultura que no pueda recitar el adiós de Andrómaca en el verso original. Por mi parte, os confieso que mientras presenciaba un par de exámenes que la gente competente que los oyó ha calificado de brillantes, sentía bajo mis canas una tristeza infinita y una envidia, exenta de maldad, pero no de melancolía, hacia aquellas cabezas juveniles dentro de las que palpitaban cerebros frescos, tierras vírgenes aptas para recibir la semilla de la belleza, bajo la más pura y armoniosa forma que los hombres hayan conocido. ¡Felices los que aún pueden entrar a ese mundo encantado, que nosotros sólo conocemos por groseras referencias, y más felices aún los que emprendan el viaje ideal llevando como guía al eximio profesor con el que hoy cuenta la Facultad!

Seguimos también dando respetuoso y afectuoso asilo al perseguido del mundo moderno, a ese pobre

latín que, después de haber sido vehículo, método, oxígeno, todo, para la inteligencia humana, es hoy elegido, por aquellos que exteriorizan y objetivan siempre las deficiencias propias, como el macho cabrío que debe cargar con todas las responsabilidades y todas las maldiciones. Persistimos en creer que la cultura que su estudio da, no sólo únicamente por él se obtiene, sino que en ninguna parte es más indispensable que en nuestro ambiente. Por esa razón, y otras que conocéis mejor que yo, no sólo estudiamos la lengua, sino también la literatura latina. desde los monumentos grandiosos que el mundo romano nos ha legado, hasta los escasos fragmentos y obras perdidas, como lo demuestra el libro, honor de nuestra casa, que el profesor de la materia ha dedicado a ese interesantísimo estudio.

La literatura, especialmente la de los países de la Europa meridional, continúa siendo enseñada en nuestros cursos con alta competencia y estudiada con decidida afición. Pienso, señores, que convendría también, ensanchando el cuadro de manera a comprender las literaturas anglosajonas, germánicas y eslavas, aplicar en estos estudios el método monográfico a que me referí al hablar de la enseñanza de la historia. Ya lo hemos hecho para la geografía, cuya enseñanza continúa siendo una de nuestras grandes preocupaciones, pues creemos que si hay una ciencia moderna por excelencia, es la que ve su concepto ensancharse cada día y abarcar, desde el estudio de las formas de la tierra, cuanto puede ser útil al hombre en sus relaciones con ella.

Tengo idea, señores, de que será en las Facultades de Filosofía donde se hará, antes de finalizar este siglo, que se anuncia como el más extraordinario de los momentos del tiempo, la síntesis de los pasmosos descubrimientos que las ciencias biológico-naturales están efectuando. Desde luego, la vieja palabra misma, que durante tantos siglos sirvió sólo como etiqueta de extravíos inexplicables del espíritu y que, hasta la primera mitad del siglo pasado, no significó sino el arte de jugar con vocablos, no más vacíos que los conceptos que pretendían representar, la Filosofía, por un fenómeno de regresión muy general en la evolución del espíritu humano, vuelve lentamente a cubrirse con la magnificencia de su ropaje primitivo. Lo que hoy se acepta ya por Filosofía, en las altas regiones intelectuales de la tierra, esto es, el conjunto de conocimientos, la resultante general de la infinita investigación parcial en el terreno de la observación científica, es precisamente lo que entendieron aquellos griegos de estupendo intelecto, cuya concepción de la naturaleza de las cosas, irradia de pronto, bajo la comprobación de la ciencia moderna, como un astro que una nube tenaz nos hubiera ocultado por millares de años.

¿Dónde, señores, sino en los centros dotados de órganos de observación múltiples y tranquilos, porque la especialización no los perturba y apasiona, se podrá estudiar con reposo, entre ese vaivén de derrumbamientos de viejas ideas y principios y el surgir de nuevos y fecundos conceptos, la nueva

faz que va a ofrecernos el universo y en él, nuestro microcosmos terráqueo?

Puede decirse que en este momento, las bases de las ciencias naturales que se creían inmutables, han perdido hasta el valor de hipótesis razonables. Los principios de la inmutabilidad de la materia, de la indestructibilidad del átomo, de la diferencia fundamental entre el mundo orgánico y el inorgánico, de la irreductibilidad de las sustancias elementales, ninguno de esos conceptos-cimientos subsiste en el día. La termodinámica misma, que hace diez y seis años pretendió explicar si no todos, una buena parte de los fenómenos físicos, puede decirse que ha sido destruída en una hora, en el momento mismo en que pudo observarse el primero de esos fenómenos radio-activos que revelaron, primero en ciertos y raros metales, luego en todo lo que llamamos materia, una energía más estupenda aún por su intensidad que por la novedad del hallazgo.

¡Fecundidad admirable del espíritu científico, señores! Aun edificada sobre errores fundamentales, la ciencia moderna no sólo ha transformado el aspecto de la tierra, no sólo ha facilitado y prolongado la vida humana, sino que ha permitido, por la aplicación de los métodos que ella ha creado, la destrucción de las bases mismas en que reposaba. Es que no retiene ese espíritu ningún preconcepto y en su amplitud y en su absoluta impersonalidad, va sólo hacia la verdad, para confesarla siempre sin vacilar. Del progreso de los estudios literarios y artísticos, primero, científicos, más tarde, se ha des-

prendido, como la más lógica de las consecuencias, el progreso de las instituciones políticas y sociales. La transformación que se inicia en el estudio de las fuerzas naturales, comprendiendo en éste, el de la biología, especialmente bajo su aspecto antropológico, traerá a su vez, un cambio radical en las leyes y reglamentos que los hombres se han dado para vivir en sociedad. De ahí el interés con que las naciones más civilizadas siguen el movimiento científico propio y ajeno. El estudio prolijo, exacto, del organismo humano, y la proclamación de los resultados científicos que se obtengan, con el solo hecho de destruir viejas preocupaciones que se oponen al progreso como barreras, puede transformar de arriba abajo el organismo social. El tiempo ha demostrado la inanidad, o mejor dicho, el carácter efímero y transitorio de todos los instrumentos que han servido para agitar o guiar la humanidad; las teorías filosóficas, como las concepciones religiosas, han servido para organizar pueblos, darles disciplina y mantenerlos en la misma. Pero, del mismo modo que las hipótesis fecundas de que antes hablé y sobre las que se construyó la ciencia misma que debía arruinarlas, así esas teorías y esas concepciones se disuelven ante el examen de la observación experimental, nacida a favor del estado social que aquellas crearon.

Se luchará aún un siglo o dos, instantes inapreciables en el tiempo; pero el imperio del régimen científico acabará por extenderse por toda la región del universo que el hombre domine con su fuer-

za y con su inteligencia. Por humildes e insignificantes obreros de esa grande obra que seamos, nada puede fortalecer más nuestra conciencia y elevar nuestro espíritu, que sentirnos solidarios en esta tarea, la única digna de los hombres sobre la tierra.

---

## La enseñanza clásica <sup>(1)</sup>

Un consejo sano. — Cómo se puede formar un hombre. — El ideal de Mathiew Arnold. — Quienes deben ir a la F. de F. y L. — ¿Adónde vamos? — Las viejas universidades. — Las norteamericanas. — El desenvolvimiento de los estudios clásicos. — La crisis actual. — Lo que entiendo por estudios clásicos. — Su influencia sobre la cultura humana. — La gestación del momento. — La educación clásica en Alemania. — Presentación de la laureada. — A la juventud.

Todo objetivo que se alcanza, por modesto que sea, trae una satisfacción serena que tiende ingenuamente a exteriorizarse. Es precisamente lo que sucede a los que dirigimos esta humilde casa; llegamos a la primera etapa del largo camino a recorrer y como la sección que hemos andado era la más difícil por novedosa e inexplorada, nos sentimos tan contentos, que no hemos vacilado en invitarnos a nuestra sencilla fiesta y en encargarnos precisamente al obrero que menos parte tomó en la obra, que es el que habla, de decirnos algunas cosas que solemos conversar entre nosotros y que nos parecen tan puestas en razón, que se nos ocurre encontrarán eco en vuestros corazones y en vuestros espíritus.

Ante todo, señoras y señores, quede sentado que esta ceremonia no solo no es una *réclame*, sino to-

---

(1) Discurso pronunciado el 20 de Octubre de 1901 en el acto de la colación de grados en la Facultad de Filosofía y Letras.



do lo contrario. Y la prueba es que os aconsejamos, con toda sinceridad, que no mandéis vuestros hijos a esta Facultad. La organización de la vida moderna, tal como se ha diseñado en las postrimerías del extinguido siglo, organización que, si no fuera el respeto que me inspira esa centuria admirable, calificaría de brutal, porque está basada en la fuerza y el egoísmo, exige una preparación especial de la juventud, cierto desarrollo de músculos, puños y apetitos, que nos sería difícil proporcionar en nuestras aulas tranquilas. Esa preparación es tal vez más indispensable en los países nuevos como el nuestro, cuyos hijos van a tener que afrontar problemas económicos vitales, al lado de los que, los que nos preocupan hoy, no tienen mayor importancia.

Por esa razón, en medio de nuestro latín y nuestro suspirado griego, en medio de nuestras preocupaciones meramente especulativas, hemos seguido y seguiremos con el interés natural que las cosas que afectan el porvenir del país inspiran, los esfuerzos hechos por modificar nuestros sistemas de educación, en el sentido de formar hombres aptos para la lucha y ciudadanos aptos para el gobierno. Como la transformación de sistemas está en plena gestación—y esta se opera fuera de nuestro tranquilo mundo universitario, (1) — no hemos podido aún darnos cuenta exacta de la idea fundamental que la informa; atribuimos en parte esa falta de comprensión, a la ignorancia completa en que estamos de los estudios que han precedido esos planes de re-

---

(1) Entonces, no podría calificarlo así!

forma. — De lo que hemos podido ver, solo disenti-  
mos en un punto: pensamos que para hacer un  
hombre y un ciudadano, se necesita, al par de desen-  
volver en el niño la fuerza física y enseñarle los  
medios de ganar su sustento, cultivar y robustecer  
su espíritu y levantar su corazón. — Parécenos que  
esta última parte de toda educación, especialmente  
en la concepción actual de la moderna y práctica,  
se pierde un poco de vista. Y ya que estamos reuni-  
dos, puede decirse en familia, permitidme aconse-  
jaros, a los que tenéis hijos, una vigilancia cons-  
tante, dentro del hogar, de aquellos modos de ser  
infantiles cuya modificación no es el resorte del pro-  
grama de estudios. Me refiero a lo que podríamos  
llamar las ideas madres, aquellas que guiaban co-  
mo faros soberanos, a Mathiew Arnold en su empre-  
sa de hacer de todo inglés, un caballero cristiano.  
¿Tendré acaso necesidad de recordaros que esas  
ideas son sencillamente las que implican el respeto  
y el culto de todo lo que es capaz de ennoblecer la  
naturaleza humana? Bien las conocéis, vosotras que  
sois el orgullo de nuestra sociedad, honestas, pacien-  
tes y sufridas mujeres argentinas; transmitid a  
vuestros hijos el culto del deber, que ha sido la  
norma de vuestra vida y creedme, habréis hecho más  
por la patria que el más formidable ejército de  
pedagogos.

Pero noto que me alejo sensiblemente de la  
explicación que os debo del porqué de mi consejo  
de no enviar vuestros hijos a esta casa. — No lo  
hagáis, porque este es un huerto cerrado, de atmós-

fera especial, vivificante cual ninguna para los organismos apropiados a sus condiciones, realmente intolerable para los que no vienen a él por espontánea atracción. — Pero si entre vuestros hijos observáis alguno de grandes ojos vagos y llenos de infinitas interrogaciones, si véis que para él corren muertas las horas cuando inclina sobre un libro su cabeza juvenil, si notáis en él ese anhelo impetuoso de saber que revela las altas inteligencias, no lo detengáis, que éste es su centro, ésta es su casa, éste es su norte.

Así, del grupo formado por espontánea selección, se constituirá la pequeña falange indispensable a toda vida nacional en armonía con la dignidad humana. — Mientras la casi totalidad de los argentinos transformarán, no ya rutinaria, si no científicamente, gracias a la sólida instrucción secundaria recibida, el suelo de la patria, hasta extraer de él el máximum de riqueza y por tanto de poder, aquí, sin ruido, sin pretensiones, sin ambiciones casi diría terrenales, nos entregaremos a la cultura intensiva del espíritu de aquellos que, siguiendo la ley de su organismo, dan la espalda al mundo de la fortuna, para correr en pos de satisfacciones quizás más fecundas y duraderas.

¿Qué haremos? ¿Cuál es nuestro objetivo? Somos tan incapaces de contestar esa pregunta como aquél que nos la hiciera. Dentro de nuestro rumbo nos empujarán corrientes que no sólo no dominamos, sino que no conocemos. El espíritu se mueve y se desenvuelve en armonía con la conciencia universal

de que forma parte; bajo el empuje de la fuerza general que da la ley a todo lo creado, iremos también nosotros, girando en torbellino, pero avanzando siempre.

Presiento, señoras y señores, que el carácter de los tiempos, la atmósfera ambiente y el aspecto de las cosas que nos rodean, han de influir y no poco, sobre la índole de nuestros trabajos. Se explica que en esas vastas facultades de letras, como no ha mucho llamé a Oxford y Cambridge, donde los estudiantes se pasean a la sombra de árboles que son vivientes y seculares tradiciones de la casa, estudian en salas medioevales ilustradas por el pasaje de cien generaciones y obedecen reglas o costumbres más antiguas que el campanario de la venerable catedral vecina, se explica, repito, que en esos puntos y por causas análogas en los centros alemanes de cultura, como Heidelberg, como Carlsruhe, como Iena, las corrientes intelectuales, sin emanciparse por completo de la influencia del espíritu moderno, ofrezcan mayor resistencia a acatar la forma utilitaria que éste impone. Entre nosotros, sin raíces en el pasado, dentro de una atmósfera talvez la más inapta sobre la tierra para la especulación pura, sin esa educación inconsciente que entra por los ojos y deposita en el espíritu la dormida idea de la belleza que al despertar inunda el alma de luz y de armonía, — entre nosotros ¿quién podrá emanciparse del severo y duro impulso del siglo? No creáis, pues, que los esfuerzos y las tenacidades de labor que tengan por teatro nuestra modesta casa, tiendan, como

en la vieja Sorbona o en la vetusta Salamanca, a desentrañar el sentido de una obscura frase de algún padre de la iglesia más obscuro aun, o a estudiar en un volumen in folio el uso de la coma en el romance del Cid. Lo que pasará entre nosotros, será precisamente lo que ha pasado en los Estados Unidos, cuyas admirables Facultades literarias y científicas son hoy el orgullo nacional y el asombro del extranjero. Esos centros de educación, tan maravillosos que ultrapasan cuanto la fantasía humana soñara, se levantan lejos de las ciclópeas agrupaciones donde el impetuoso genio de la raza concentra su acción y su poder. Las vibraciones del alma nacional llegan a ellos, depuradas de todo elemento espurio, e incitan los cerebros y agitan los corazones tras el ideal incomparable de mantener a la patria, en todos los rumbos del espíritu y en todas las fases de la actividad humana, a altura insuperable. Pedid el testimonio de los hombres de ciencia que están al día de los progresos realizados en su especialidad, y todos, cada uno en el terreno de su competencia, os citarán las conquistas alcanzadas en los centros de estudios norteamericanos.

Todos los que han cruzado el vasto territorio de la Unión y estudiado la organización de sus universidades, hacen constar que en ellas se reproduce el fenómeno admirable de la Alemania, esto es, la coincidencia del mayor desenvolvimiento de los estudios clásicos con el más vigoroso desarrollo de la potencia nacional. Y a este respecto, siento que me es inevitable abordar ese tema y conversar un po-

co sobre él; ¿dónde y quién defendería esos pobres clásicos, si el que habla no lo hiciera en esta casa?

Se dice y ha llegado hasta nosotros el rumor de que ha habido o hay en estos momentos algo como una campaña franca y decidida contra los estudios clásicos. Nosotros, me apresuro a decirlo, no hemos prestado fe a esa murmuración, por razones que, en la intimidad y confianza en que estamos hablando, me permitiréis que os haga conocer. Para descartarla pronto, empezaré por una consideración de orden personal. La circunstancia de que nuestra modesta Facultad no haya tenido la fortuna de conseguir tan solo un tibio y dulce rayo del favor oficial, no nos impide creer que el presidente actual de la República, soldado culto como el que más, sea incapaz de poner en ejercicio el poder inmenso que la constitución y el orden actual de ideas le confieren, para darse el placer de rebajar el alma de dos o tres generaciones de argentinos. Del mismo modo, nunca pudimos creer que el joven ministro de instrucción pública, antecesor del que nos honra con su presencia, llegara un día a levantar su escudo irreverente contra la vieja *alma mater* que modeló su inteligencia adolescente y llenó de sueños e ilusiones su corazón juvenil.

No hay tal cosa, señores. Parécenos que lo que en realidad sucede en la crisis actual, es esto: de un lado, el sincero deseo de armar a la juventud, por la educación, de la manera más eficaz, para una lucha social y económica que, según ese concepto, se hará más con las manos y los músculos, que con

la inteligencia. De ese lado también, se atribuye el fracaso innegable de la instrucción secundaria entre nosotros, en los últimos veinte años, a la influencia de los estudios clásicos, y se busca, por tanto, un nuevo sistema que dé para esa misma enseñanza secundaria, mejores resultados. Del otro lado, se piensa que, para hacer un hombre capaz de luchar con hombres, se necesita ante todo dar a la inteligencia, por medio del mejor sistema de gimnasia conocido hasta hoy, toda la flexibilidad, toda la amplitud y toda la energía de que es susceptible. Piensan que ese mejor sistema conocido, es simplemente la enseñanza clásica, en los únicos años en que debe y puede darse, esto es, de los 12 a los 17 años. Agregan esos señores del bando a que me refiero — y en el que se argumenta duro y parejo, — que ese innegable fracaso de nuestra instrucción secundaria en los últimos años, proviene precisamente de que, durante los mismos, no se han hecho estudios clásicos, ni cosa parecida. Y como, a fuer de lógicos que son, tienen que proponer una causa determinante de esa decadencia, afirman que ésta proviene de la absoluta y persistente deficiencia de la inmensa mayoría de los profesores encargados de dar dicha segunda enseñanza. Dicen que nuestros colegios nacionales, en los cuatro últimos lustros, han sido, más que institutos de enseñanza, museos destinados a la exhibición de niños prodigios que, a la edad en que se empieza a digerir lo que se aprende, enseñaban gravemente *omnia re scibili*. Dan esos señores gran importancia al cuerpo docente en la instrucción se-

cundaria y atribuyen a los aguerridos batallones de veteranos de la enseñanza, que poseen la Alemania y los Estados Unidos, en sus institutos de estudios secundarios, el extraordinario éxito de esos pueblos en la empresa de formar hombres aptos para toda clase de luchas, inclusive la que se traba a puñetazo limpio y que parece tomará en el porvenir nò escasa importancia.

Ese es, señores, el terreno de la controversia, fuera de aquí. Nosotros, no podemos negarlo, somos un poco la tradición y aunque miramos hacia adelante, con mucho anhelo, miramos hacia atrás con mucho respeto. Para mostraros bien el fondo de mi pensamiento, os diré sencillamente lo que entiendo por estudios clásicos, y el efecto que atribuyo a su influencia. Entiendo por estudios clásicos, la especial manera de cultivar el espíritu de los hombres durante la infancia y la adolescencia, puesta en práctica en el mundo occidental a partir del Renacimiento, sistema que, combinando la luz griega y el poder de organizar de los romanos, con la fuerza moral del cristianismo, ha dado por resultado la civilización actual, que, buena o mala, es lo mejor que hasta ahora se ha conocido sobre la tierra. Es a la eficacia de ese sistema, que se debe la modificación que, desde el siglo XVI, se ha producido en el alma humana, de los conceptos de la justicia, de la equidad, del honor y del bien. Y me atrevo a deciros, con toda tranquilidad, que la diferencia que podréis fácilmente establecer entre la condición social, la indumentaria, la alimenta-



ción, el reposo, la seguridad, hasta los placeres, de un siervo del siglo XIV y un obrero moderno, se debe únicamente a los estudios clásicos. Más aún; aunque se me llame paradójal, afirmo que en los triunfos más sorprendentes de la mecánica, en esas máquinas maravillosas cuya acción inteligente deja atónita a la inteligencia misma, hay más resabios clásicos de lo que se supone. Vedlas funcionar y en sus movimientos cadenciosos, en su elegante precisión, os mostrarán que fueron ideadas y perfeccionadas por cerebros en los que los maestros de la armonía griega y de la claridad latina, influyeron por atavismo y por acción directa, hasta determinar, en las celdas generadoras del pensamiento, esa potencia de creación.

Los estudios clásicos, señores, han ensanchado y elevado el espíritu de los hombres, hasta el punto de crear una atmósfera letal para las ideas que hicieron posible la vida infernal de la edad media. La repetición incesante, durante siglos, de las mismas lecturas griegas y romanas, de los mismos ejemplos de patriotismo, de abnegación, de altruísmo, ejemplos heroicos, ingenuos, presentados siempre en un ropaje cándido y luminoso, acabaron por atrofiar en el corazón de la criatura, todos los instintos, todas las pasiones, apetitos y violencias que la acercaban a la fiera, para desenvolver en él ideas que habían dormido en su seno millares de años, como, en el fondo del océano, las vagas e incipientes manifestaciones de la vida orgánica. Así apareció trémula y tímida primero, hasta erguirse en el gesto enérgico

que no ha terminado todavía su evolución, la noción moral de la igualdad; así surgió más tarde la radiante concepción de la solidaridad humana, hija del amor y de la caridad, que será la base, allá en remotos siglos venideros, de todo organismo social. A la luz de esas ideas, despertadas y amamentadas por el libro clásico, nació nuestra altiva civilización occidental, se transformó la legislación, se modificaron las relaciones entre los pueblos y entre los hombres y lentamente llegamos al punto de la ascensión en que, un tanto fatigados, nos hemos detenido.

¿Os diré que pienso hayamos alcanzado el ideal? No es, por cierto, el momento actual de la historia humana el más propicio para hacer una afirmación semejante. Se diría que la triste ley de regresión que Herbert Spencer ha determinado en la marcha del progreso humano, se cumple hoy de un modo implacable. Más refinada y más poderosa, la especie se ha hecho más egoísta. El predominio absoluto de la noción de raza sobre todo otro sentimiento, ha despertado instintos que creíamos dominados por la benéfica influencia de la educación. ¿Es acaso este el instante indicado para abandonar las armas con que se dió la noble y secular batalla y entregar por completo el dominio y el gobierno de las sociedades humanas a los más vigorosos y audaces, aunque sean los más bárbaros y los más crueles?

La intensidad de la crisis actual no escapa ya ni a los espíritus menos observadores: estamos realmente, según una frase hecha, en una encrucijada

de la historia. Todo está en discusión, hasta el último resto vigoroso de los viejos regímenes teocráticos, la sólida institución de la propiedad, sobre la que se ha edificado la sociedad moderna. Sistemas de gobierno, organización del trabajo, del comercio y de la industria, relaciones civiles entre los hombres y aun dentro de la familia, penalidad, todo se arroja vertiginosamente a la inflamada arena del debate; entretanto, lo que únicamente vemos surgir hasta ahora triunfante, no ya en aquella actitud de homenaje que el vicio rinde a la virtud, sino brutal, soberbia e insolente, es la fuerza organizada. Nada parece ya detenerla; los débiles caen, sean pueblos o sean hombres, hechos pedazos por *trusts* o explosivos formidables, — y los más nobles y generosos gritos de indignación, en vez de salir de la conciencia humana, como en otro tiempo, vibrantes y sonoros, son ahogados por el temeroso y callado egoísmo, que los sofoca sin piedad.

Ya que la vida real es tan dura, señores, pongamos el sueño de oro al principio de la ruta; hagamos que esos años de vida ideal que constituyen la educación, sean tan intensos, que su influencia perdure, dejando luminoso en el espíritu, el recuerdo de todas las cosas bellas y desinteresadas, aprendidas y admiradas en la adolescencia.

Hagámoslo sobre todo entre nosotros, señores. Nada más legítimo que este vigoroso sentimiento de confianza en el porvenir, que alienta el corazón de los argentinos y que les da cierta impasibi-

lidad de fanáticos ante las amarguras de la hora presente; pero nada más exacto también que mucho hay que hacer para alcanzar esos altos destinos. Desde luego, debemos velar sin descanso por el arraigo y el respeto de las ideas morales, sin las cuales no hay ni puede formarse una conciencia nacional. Esas ideas, sin salir de la órbita de las cosas humanas, se mueven e imperan en un campo más vasto y levantado que aquél, dentro del que caben solo los intereses materiales de la vida. Así lo han comprendido pueblos más viejos, más fuertes y que han sufrido más que nosotros; así lo ha comprendido esa Alemania, hoy tan admirada y en la que la fuerza de la idea ha determinado y vigorizado la idea de la fuerza, hasta hacer de ella el instrumento de redención. A medida que los años pasan, la cultura del espíritu, en la educación alemana, se hace más clásica e intensiva, coincidiendo precisamente esa admirable florecencia intelectual, con el mayor desarrollo de la ciencia, de la industria, del comercio y del poderío militar (1).

---

(1) Con mucha frecuencia se cita a la Alemania como el modelo de los países cuyo extraordinario desenvolvimiento político, económico, industrial y comercial, ha coincidido con la reforma de la educación secundaria, por el abandono de los estudios clásicos y la adopción de programas *prácticos*. En efecto, el caso de la Alemania debe ser estudiado de cerca, porque en los últimos años, ningún país ha hecho progresos pedagógicos y económicos simultáneos más notables; veamos, pues, en qué consiste la tan fecunda reforma educacional.

Conviene recordar ligeramente los antecedentes de la cuestión. Antes de 1817 solo existía en Alemania una clase de establecimientos de educación secundaria, llamados *superiores* (*höhere Anstalten*). Fué en aquella fecha, después de la guerra contra Napoleón, que se sintió la necesidad de organizar una institución especial para los niños que debían prepararse a la vida práctica y dedicarse a las carreras industriales o comerciales; se instituyó pues, un sistema de educación *real*, con el que se pretendió reemplazar "la enseñanza de las realidades a aquella de las palabras"

Pero el tema puede prestarse al abuso, por su misma facilidad, y me apresuro a abandonarlo, para dejar llegar a vuestros oídos una voz más fresca, más joven y más agradable que la mía. Hemos conferido el honor de dirigiros la palabra en este acto, al mejor alumno de nuestros cursos, al que ha

y las *Realschulen* fueron creadas. "Las dos clases de escuelas, decía Spilleke en 1820, refiriéndose a la Prusia—y sus palabras pueden aplicarse a toda la legislación alemana sobre la materia,—son establecimientos del mismo rango, destinados uno y otro a dar una instrucción general que solo difiera por los programas: los gimnasios preparan para las profesiones liberales, las escuelas reales para las profesiones aplicadas".

"Los gimnasios, pues, dice G. Cahen en un excelente estudio, conservaron el monopolio de las lenguas antiguas y de las bellas letras; las *realschulen* dieron hospitalidad a las ciencias y a las lenguas modernas. Una demarcación muy neta se estableció entre los dos órdenes de estudios, y para acentuarla, se consagró la autonomía de la nueva enseñanza: tuvo un personal y locales especiales y poco a poco la emulación se convirtió en rivalidad.

"Se temió entonces el peligro de esta escisión, se temió crear dos clases en la juventud y en la enseñanza dos partidos; se buscó un terreno de conciliación, y fué el latín quien lo ofreció. Para no cerrar definitivamente a los alumnos de las *realschulen* el acceso a las carreras universitarias, se facilitó su pasaje al gimnasio y se introdujo en la escuela real la enseñanza facultativa del latín.

"Esta evolución se marcó más tarde con mayor precisión: los esfuerzos reiterados de los realistas alcanzaron algunas satisfacciones, obteniendo, entre otras, la equivalencia de los diplomas para ciertas profesiones liberales. Pero, en compensación de estas ventajas, se impuso a ciertas escuelas reales la enseñanza obligatoria de la lengua latina, tanto que se creó un tercer orden de establecimientos: aquellos en que se profesó el latín sin el griego y que bajo el nombre híbrido de *realgimnasios*, tomaron sitio entre los gimnasios propiamente dichos, con latín y griego, y la *realschulen* con las lenguas modernas. Es esta organización tripartita que subsiste actualmente en casi todos los países alemanes, conservando los rasgos generales que se acaban de indicar, a pesar de la variedad de las denominaciones y de la diversidad de los establecimientos.

"Los *realgimnasios* y los *gimnasios* comprenden generalmente nueve años de enseñanza. Los que solo comprenden seis o siete se llaman *prorealgimnasios* y *progimnasios*. En las *realschulen*, la instrucción se da en siete años; las que no tienen más que cuatro o cinco clases, son *höheren Bürgerschulen*, y las que tienen más de siete son *Oberrealschulen*. Las lenguas bádena, bávara, sajona o prusiana, son ricas en títulos variados; pero la organización es siempre idéntica y los programas siempre semejantes...

"Así, pues, los gimnasios dirigen discípulos hacia los altos estudios científicos, las facultades y las escuelas superiores; las *realschulen* hacia el comercio, la industria, la mecánica, la agricultura o la administración forestal; y los *realgimnasios* hacia ciertas carreras mixtas, como la de ingeniero o de administrador,

llegado a la meta con la más alta clasificación. Por una coincidencia feliz, ha tocado esa suerte, en nuestra primera fiesta doctoral, a la joven argentina Ernestina López, cuya breve existencia ha pasado toda entera en plena luz, nutriendo sin cesar su espíritu en la ardiente e insaciable curiosidad que

---

y hacia las facultades de ciencias, de medicina o de filología moderna. La juventud estudiosa se reparte así entre los diversos establecimientos, según sus aptitudes, sus gustos o sus necesidades. ¿En beneficio de qué orden de enseñanza se practica esa libertad de elección? Hacia que lado se dirige de preferencia la población escolar de la Alemania? La estadística nos da la respuesta a esa cuestión interesante bajo tantos puntos de vista diversos, y la solución no deja de ser singularmente instructiva.

En los Gimnasios en 1871—1872	72.983
En los Realgimnasios " "	23.307
En los Realgimnasios " "	23.307

---

En los Gimnasios en 1881—1891	90.126
En los Realgimnasios " "	41.501
En las Realschulen " "	27.863

---

En los Gimnasios en 1891—1892	89.611
En los Realgimnasios " "	39.337
En las Realschulen " "	27.818

En Baviera, la estadística de 1892—1893 da los resultados siguientes:

En los Gimnasios . . . . .	16.032
En los Realgimnasios . . . . .	3.785
En las Realschulen . . . . .	12.687

En Sajonia (1889):

En los Gimnasios . . . . .	5.561
En los Realgimnasios . . . . .	8.178
En las Realschulen . . . . .	3.629

En 1893, por fin, sobre 1020 establecimientos de enseñanza secundaria en Alemania, había:

487 Gimnasios
244 Realgimnasios
290 Realschulen

la domina, para depositar con mano ligera y afectuosa, en el cerebro y en el corazón de los niños que enseña y educa, los gérmenes puros, que harán de ellos hombres útiles y mujeres intachables. El Consejo Nacional de Educación acaba de conferir a nuestra mejor alumna la dirección de la escuela

---

"Está bien lejos esta realidad del ideal soñado por los partidarios de la enseñanza práctica, puesto que, a pesar de la autonomía de su organización, a pesar de las numerosas prerrogativas que ha ido sucesivamente conquistando, queda siempre la menos favorecida y la menos frecuentada. Se puede afirmar sin error que la mitad de la juventud de los liceos aprende el griego y las dos terceras partes el latín. Las cifras son demasiado chocantes en su misma sencillez, para que sea necesario comentar su importancia." (G. Cahen).

Los datos estadísticos de los últimos años revelan que la proporción en el sentido indicado, en las diversas clases de establecimientos de educación secundaria, tiende a aumentar. El éxito admirable de los estudios clásicos en Alemania, como preparación insuperable para la vida moderna, responde, entre otras causas, a dos principales: los métodos de enseñanza y el valor del cuerpo docente. Entre nosotros, donde no hay ni métodos, ni cuerpo docente, ni cosa que se le parezca, se ha pretendido que el fracaso de los estudios secundarios se debe a la tendencia clásica de la enseñanza.

Para todo espíritu desapasionado que estudie a fondo la historia de la educación secundaria en Alemania y los resultados de su organización actual, el problema nacional sobre esa materia está resuelto.

Agregaré, para terminar, que en Alemania, toda esta mojiganga de premios, concurso general (Francia) exámenes generales, etc., ha sido reemplazada por una serie de exámenes de pasaje, a cada uno de los cuales está anexa una ventaja particular. Naturalmente, al que quiere tener acceso a las facultades, se le impone un examen final. Esas ventajas particulares se conquistan desde el examen de primer año (*untertertia*) y habilitan a los que salen bien a abrazar tal o cual profesión; así por ejemplo, después de pasar el examen de tercer año (*untersecunda*), el estudiante puede ser admitido en los servicios inferiores de los caminos de hierro, del banco del estado, etc., y después del cuarto año (*obersecunda*) en la administración financiera. Un examen de gran importancia es el que se pasa a la salida de la *untertertia*, porque una buena nota da acceso al voluntariado de un año. Desde la edad de trece a catorce años, la mayor parte de los niños poseen ya la valiosa dispensa y no tienen porqué preocuparse en adelante de alcanzar excepciones militares. Muchos aprovechan de esa ventaja para abandonar el gimnasio o la *realschulen*, dedicarse a carreras comerciales o industriales, para las que les es utilísima la base de conocimientos sólidos que han adquirido y los que probablemente no hubieran abrazado con la perspectiva de interrumpirlos durante la duración del servicio militar íntegro.

Para no dar a esta nota una extensión excesiva, recordaré que

cuyo nombre, radiante por sí solo, si no hubiera otras razones, la colocaría al frente de nuestros establecimientos de educación primaria: la Escuela Sarmiento. En nombre de la Facultad de Filosofía y Letras envió al Consejo Nacional de Educación, por ese nombramiento, mi sincera felicitación y la expresión de nuestro agradecimiento.

En esa vida toda de abnegación del magisterio, será éste, tal vez, uno de los pocos días de mundana pompa, que el destino reserva a nuestra laureada; mañana, de nuevo, reanudará las horas de su callada y fecunda existencia, amaestrando su corazón en el ejercicio de la constante bondad y purificando su inteligencia en el perenne contacto del candor infantil. Séame permitido saludar en ella a toda una clase de mujeres argentinas, obreras silenciosas de una obra inmortal, la formación de un pueblo,—casi diría la creación de una raza.

Debo, antes de terminar, agradecer a los señores profesores, a los de la casa, como a los que a ella nos han traído su concurso inteligente y entusiasta, la ayuda poderosa que nos prestan para llevar a cabo la buena obra emprendida. Unos y otros saben que el estudio de las letras, no solo da brillo a los espíritus, sino que también levanta los corazo-

---

en todos los países de Europa, los estudios bien hechos, cuando no obtienen, como en Oxford y Cambridge, recompensas y pensiones pecuniarias que aseguran la independencia del estudiante, abren carrera y aseguran la vida. Entre nosotros, un doctor en filosofía y letras no tiene prioridad para ocupar una cátedra en un colegio nacional sobre un maestro normal, cuyo título no le sirve ni aun para ingresar a la facultad de la que él egresa, ni aun sobre un adolescente sin título ninguno, si no es el capricho de un ministro!



nes; ellos no ignoran que en las épocas más amargas, la esperanza de muchos pueblos infortunados buscó refugio en las tranquilas aulas donde se estudian las nobles ideas que, envueltas en bellas formas, nos legara el pasado. Ellos sentirán, casi inconscientemente, en el curso de su enseñanza, el estremecimiento que empieza a poner en vibración el corazón y los nervios de este pueblo,—y en el calor que notarán en su palabra, cuando recuerden las pasadas horas de gloria humana en la afanosa ascensión de la especie a la conquista de su dignidad, comprenderán la gravedad del momento y el anhelo ansioso porque el movimiento iniciado se desenvuelva en acción vigorosa y triunfante. Esa tarea toca a la juventud, a esa juventud a la que yo mismo llamaba, no ha mucho, a perseguir otras mariposas, que las que llevaran polvo de oro en las alas,—y a la que hoy veo, con gozo profundo y puro, surgir con energía y reclamar lo que es su bien inenajenable: la libertad y el derecho, para cumplir su misión eterna, trayendo su nota de ilusiones y sueños, pero también de altivo desinterés, al cumplimiento de la obra nacional de regeneración política, cuya iniciación contemplamos alborozados...

Ya lo véis, señores; hablaba de cosas bellas y serenas, e insensiblemente mi pensamiento se ha elevado a la región en que se mueven los principios que más afectan la dignidad humana; es que hay una afinidad tan inmutable y constante entre las altas corrientes intelectuales y las exigencias más severas de la moral, que cuando se entrega el es-

primitivo al impulso de las primeras, se llega a la satisfacción completa de las segundas.

De manera que, tan solo sea por su moralidad final, tal vez encuentre indulgente perdón, esta larga charla que habéis oído con paciencia digna de toda mi gratitud.—He dicho.

## **PERFILES**

## Pueyrredón <sup>(1)</sup>

Justicia tardía. — El mejor panegírico. — Silueta de Pueyrredón. — Aspiraciones juveniles. — Las invasiones inglesas. — Pueyrredón en España. — La odisea del regreso. — Pueyrredón en el Alto Perú. — Yatasto. — La calumnia. — El Triunvirato. — La conspiración de Alzaga. — El Congreso de Tucumán y la elección de Pueyrredón. — Cuadro de la situación. — La expedición de Cádiz. — La diplomacia de Pueyrredón. — San Martín y Pueyrredón. — Dorrego. — La renuncia del Director. — El año XX. — El largo retiro y la muerte de Pueyrredón. — La gratitud fecunda.

Con tardo paso va llegando la hora de la justicia para el primer hombre civil de la Revolución. ¡En vida, treinta años de ostracismo, y en la tumba, más de medio siglo de olvido! En vez de precipitarse a reparar la profunda ingrátitud que las pasiones aún vibrantes de la lucha apenas interrumpida, pudieron explicar, las generaciones de argentinos que empezaron a respirar aire de libertad y de cultura después del bendecido día de Caseros, se hicieron cómplices de sus mayores, borrando hasta de su memoria el nombre del ab-

---

(1) Este discurso fué escrito a pedido del progresista intendente de Mar del Plata, don Miguel A. Martínez de Hoz, para la inauguración del monumento al director Pueyrredón en aquella localidad; el autor no tuvo el honor de pronunciarlo por no haberle sido posible trasladarse a Mar del Plata el día fijado —(Nota del autor).

negado patriota que no tuvo otro pensamiento ni otro guía que el bien de su país. ¡Y bien, señores! Tengo la convicción de que cuando el alejamiento permita a los hijos de esta tierra juzgar con criterio sereno e informado, los actos de los hombres a quienes debemos tener por patria libre, fuerte y soberana a una de las más hermosas y vastas regiones del mundo, ninguna estatua, ningún monumento, se ha de levantar más alto en el corazón de nuestras más populosas ciudades, que el de don Juan Martín de Pueyrredón, Director Supremo de las Provincias Unidas del Río de la Plata.

Pienso, señores, que el más digno panegírico que puedo hacer del noble patriota, es recordar someramente su vida, que aún no ha inspirado el libro que debe glorificarla, aunque no creo exista más grato tema para la pluma y el corazón de un argentino; y si al narrar esos 14 años de vida activa, que van de 1806 a 1820, mi lenta narración os fatiga, perdonadla en homenaje a los altos hechos que recuerda

La naturaleza fué pródiga con él: alto de estatura, elegante el porte, suelto de maneras, sus facciones armoniosas atraían la simpatía que su noble carácter, jovial y ecuánime, sabía conservar. Nació destinado a representar, en las luchas contra el extranjero y aun en las sacudidas internas de la patria, el tipo del patricio criollo, emancipado de la situación servil que avasallaba, y modelado para la acción que se imponía a la balbuente democracia colonial. Se educó en Europa, pero fijó siempre la mirada de su alma en la

playa lejana que le viera nacer, último y silencioso rincón de la desolada América Española, adonde jamás habían llegado esas vibraciones del pensamiento humano que, desde los días de la revolución francesa, agitaban la atmósfera europea.

Así, cuando al volver a su patria, después de la brillante vida de París que se estremecía a cada instante al eco de las victorias imperiales que iban abriendo en los dormidos pueblos de occidente, surcos por donde se precipitaban nuevas ideas y nuevas aspiraciones, el joven patricio sintió asfixiarse su inteligencia bajo el letal quietismo del absurdo régimen imperante, sintió también con júbilo que los vagos sueños acariciados durante la larga travesía, se agitaban en generosas almas humanas. Pero si la aspiración era sacudir la dominación española, no se quería por cierto cambiar de amo. Así, cuando ese vergonzoso juego de diplomacia europea, que disponía de la vida de los hombres y de la libertad de los pueblos, al capricho de las cancillerías, trajo una efímera alianza entre Inglaterra y Portugal como consecuencia de la absurda unión de la España e la Francia y tras ellas las expediciones inglesas al Río de la Plata, toda la juventud nativa se estremeció, no ya como el núcleo español que se aprontaba también a la defensa, movido por el vínculo de lealtad al viejo trono tambaleante de allende los mares, sino por esa fuerza sana e insistente que sacude y levanta a los hombres, cuando ven en peligro la tierra que fué su cuna.

El papel de Pueyrredón en aquellas soberbias

jornadas que dieron a este pueblo la conciencia de sí mismo, es bien conocido. De los primeros, el primero tal vez entre los nativos, en organizar la reconquista, se entregó por completo, como siempre, a la noble tarea. En el desastre de Perdriel, perdido todo, cuando de nuevo la vergüenza que días antes enrojeciera el rostro de Belgrano en la jornada del Riachuelo, cambia los de aquellos que huían despavoridos, Pueyrredón reúne un puñado de jinetes, arremete una batería inglesa del famoso 71, le mata un artillero, pierde el caballo que montaba, destrozado por una bala de cañón y logra escaparse en ancas de un compañero. El honor criollo estaba salvado. Antes de transecurrir dos semanas, aquel mal sueño de la conquista se había dissipado, cayendo noblemente el bravo invasor, después de un reñido combate en esa histórica Plaza de Mayo, cuyo suelo se santificó el 12 de agosto de 1806 en la primera sangre de argentinos, vertida en holocausto a la patria. En ese día memorable, Juan Martín de Pueyrredón arrebató con su propia mano en lo más recio del combate, uno de los estandartes del regimiento 71, que hoy pende de los muros de la basílica central, no como un trofeo de vencidos, sino como un testimonio del bautismo de fuego de un pueblo que surgía a la vida y a la libertad.

En la defensa, cumplió con su deber como en la Reconquista. Después del delirio del triunfo, que el pueblo de Buenos Aires consagró en actos que son en su historia sus más puros timbres de honor, la figura del joven patricio creció, no sólo ante la con-

sideración de los nativos, sino de los mismos españoles que predominaban en el Cabildo, que le eligió su delegado, confirmándole una misión cerca de la corte de Carlos IV, para que explicara los hechos aquí conocidos e informara a la lejana metrópoli de las legítimas aspiraciones de su histórica colonia.

La varonil presencia de Pueyrredón, su cultura social e intelectual, y el eco de su valor temerario, abrieron al joven americano los más cerrados salones de la corte. Pronto su irradiante simpatía le atrajo la amistad de Godoy, que, si como político perpetuaba la tradición de los detestables privados que perdieron a España, como hombre supo siempre, en el poder y en el destierro, conquistar sólidas y duraderas afecciones. Pero antes de que la acción del joven delegado del Cabildo de Buenos Aires pudiera traducirse en hechos, la tormenta napoleónica se había desencadenado sobre España, arrastrando en su torbellino al triste monarca y a su trono. Pueyrredón comprendió que nada bueno para su patria podía esperar de aquel caos y tomó, la víspera del 2 de mayo, el camino de Sevilla, donde fué detenido por orden de Murat y llamado nuevamente a Madrid. Allí el futuro rey de Nápoles, con fogosidad que le distinguió en el hablar y en el combatir, abrió a los ojos de Pueyrredón, recordándole su origen francés, el espléndido panorama de un nuevo y vasto imperio napoleónico, extendiéndose desde el Plata al Orinoco. Pero ya en el alma del joven americano se había operado el fenómeno que ha dado vida perdurable



independiente a los pueblos de este continente: la voz de la raza, el vínculo de origen cedió ante el imperioso grito de amor que brotaba de las entrañas por la tierra en que había nacido.

Además, ¿no acababa el mismo Pueyrredón de combatir por la causa de la España y la Francia unidas? La conciencia de que las colonias americanas estaban libradas al azar del juego de cubilete de la política europea, le determinó a romper toda relación con los invasores. Fugó, ganó Cádiz nuevamente, consiguió levantar fondos en Londres para sí y muchos americanos que deseaban volver a la patria, fletó un barco y tras larga navegación llegó a Montevideo, donde la perspicacia de la autoridad española, confiada al inepto Elío, después de retenerle 45 días preso, le reembarcó para Europa. Felizmente, consigue que el barco que lo lleva toque las costas del Brasil y pronto gana Río Janeiro, donde florecían entonces en todo su esplendor las intrigas de la Carlota, no sin relaciones y complicidad de los patricios de Buenos Aires, envalentonados por sus recientes hazañas y soñando en soluciones bastardas, hasta que la única lógica posible, nacida del ímpetu popular, viniera a iluminarles la ruta. Si bien a Pueyrredón sonreía la idea de independizar a su país, aunque fuera bajo la forma de un virreynato autónomo y transitorio de la princesa Carlota, no veía con iguales ojos la intervención de la política portuguesa en el Río de la Plata. Cuando se quiso pasar a los hechos que lo harían cómplice de desagravios que rechazaba, acudió de nuevo a la fuga y llegó a Buenos

Aires en los momentos agitados de la separación de Liniers y la toma de posesión de Cisneros. Allí, bien pronto se puso en contacto con sus compatriotas y comprendió que la hora de la emancipación estaba próxima. Estuvo activamente en campaña y promovió una reunión de jefes, en la que no llegaron a uniformarse ideas para la acción. Fué en ese momento que Pueyrredón dijo a Belgrano aquellas palabras que éste en la ingenuidad de su alma, dice (1) le incendiaron el corazón y le abrieron nuevos horizontes: "Es necesario contar no sólo con la fuerza, sino también con los pueblos". ¿Fué delatado Pueyrredón? El hecho es que la policía de Cisneros le redujo a prisión, de la que, merced a la altiva intervención de su hermana, arrogante matrona que impuso al arrogante español por su soberbia actitud, y a la cooperación de sus amigos, logró escapar, tomando nuevamente el camino de Río de Janeiro.

Pero la nostalgia de la patria y la agitación de su alma, que le anunciaba la hora próxima, le hicieron embarcar de nuevo en los primeros días de mayo, viniendo a tocar tierra, después de un desembarco penoso a más de 20 leguas al Sur de Buenos Aires

Fácil es darse cuenta de la sorpresa y el júbilo de aquellos patriotas, al encontrar triunfante la causa a la que habían consagrado su vida. Pueyrredón fué nombrado a poco de llegar, gobernador de Córdoba y algunos meses más tarde se le designó para la gobernación de la provincia de Chuquisaca.

---

(1) "Autobiografía" de Belgrano.

en el Alto Perú. Allí Castelli, el fugaz Saint Just de nuestra revolución, después de la victoria de Suipacha, había pactado con Goyeneche el armisticio de Desaguadero, roto a poco en la acción de Huaqui, desastre funesto para las armas argentinas. La revolución estaba perdida, si con los tesoros de Potosí caían en poder de los realistas los irremplazables elementos de guerra, sin los que no era posible la continuación de la lucha. Pero allí estaba Pueyrredón y no es por cierto uno de sus menores títulos de gloria esa famosa retirada de Yatasto en la que, combatiendo sin cesar, hostilizado por fuerzas superiores y victoriosas, manteniendo el espíritu y las fuerzas de sus soldados por el ejemplo de su temple indomable y sereno, consiguió conservar para su patria armas y elementos con que asegurar su independencia. "Pueyrredón salvó en esta ocasión la revolución de mayo", ha dicho Sarmiento (1) en una vigorosa página consagrada al héroe de Yatasto. Y bien, señores! Esa hora soberbia en la vida del noble patriota, habría de ser también la que originara sus mayores y más constantes amarguras. La calumnia se cebó en él, acusándole de haber sustraído un puñado de aquel oro que con tanta abnegación había salvado para su país. Leed ese episodio trazado por la vibrante pluma de V. F. López y veréis como el altivo desprecio del ciudadano herido en su honor, jamás descendió a justificarse y como también, al correr de los años, fueron los realistas mismos quienes aportaron la prueba de la inocencia de Pueyrredón.

---

(1) Sarmiento, obras Vol. 17, pág. 330.

Nombrado general en jefe de un ejército que no existía, reunió los dispersos elementos salvados del desastre de Huaqui y organizó un núcleo de fuerzas, de cuyo comando pidió en breve ser relevado; no sólo comprendía que le faltaba autoridad militar que impusiera a sus movedizos subalternos, sino también que su patriotismo le hacía ver que otro podía ocupar ese puesto con mayor provecho para la causa de la revolución. Belgrano tomó el mando de las fuerzas con las que debía vencer en Tucumán y Salta.

La fama creciente de su nombre, sus antecedentes gloriosos y su amistad con Rivadavia, designaron a Pueyrredón para ocupar un puesto en el Triunvirato, en su primera renovación. La más grave de las responsabilidades de gobierno que puso a prueba la fortaleza de los triunviros, fué la famosa conspiración de Alzaga en la que, si el héroe español de la Reconquista fué el Catilina, Rivadavia fué el Cicerón, como tan justamente dice el general Mitre. Que el peligro fué grande para la naciente independencia argentina, lo dice bastante la aterrada energía con que se la combatió; y que ésta pasó los límites de la necesidad, lo atestigua también la impresión de horror que por largos años la tremenda justicia revolucionaria dejó en suelo argentino. Una vez frustrada la conspiración, sus jefes, en fuga u ocultos y dos o tres cadáveres balanceándose en las horcas de la plaza de la Victoria, como ejemplo saludable para evitar nuevas tentativas, Pueyrredón pensó que el objeto se había alcanzado y que era inútil derramar más san-

gre. Rivadavia, arrastrando a Chielana, siguió adelante con la severidad de un curial, y más de cuarenta ejecuciones, entre las que se contaban padres de familia y sacerdotes, se llevaron a cabo en la histórica plaza cuyo suelo había sido consagrado por sangre de extranjeros muertos en combates leales. La historia, señores, ha dado la razón a Pueyrredón; el hábito de la violencia y la confianza empezó a arraigarse en nuestro pueblo semibárbaro aún y cuya necesidad primordial era la cultura. Rivadavia y sus discípulos no quisieron comprenderlo nunca. . . y la sangre de Dorrego clama aún en la conciencia nacional.

Nos toca, señores, llegar al momento solemne en la lucha por la emancipación: aquel en que Pueyrredón iba a emprender, con la grave carga del destino de la patria sobre sus hombros, la ascensión del calvario, en la que había de conquistar con su sacrificio, la reputación del "primer hombre de estado" en la historia de nuestro país, como le llamó nuestro eminente historiador V. F. López. (1)

Los dos instantes de suprema inspiración patriótica del Congreso de Tucumán, fueron la elección de Pueyrredón a la primera magistratura y la declaración de la independencia de las Provincias Unidas. Por la primera concedió el gobierno en manos del hombre, único tal vez, capaz de retardar el estallido de la anarquía, comprender a San Martín y hacer posible su plan continental, dirigir con un tacto y prudencia jamás superadas las

---

(1) V. F. López, *Historia Argentina*, Tomo IV, pág. 81.

tortuosas y obscuras relaciones internacionales del momento, y, por fin, contrarrestar, con una actividad inteligente a la que la historia no ha hecho aún la debida justicia, el mayor peligro que haya amenazado la causa de la emancipación. Con la declaración del 9 de Julio, el Congreso de Tucumán dió a la revolución su bandera y al pueblo argentino su conciencia.

Cuando el 29 de junio de 1816, después de haber confundido su obra y sus aspiraciones con las de San Martín, en el histórico abrazo de Córdoba, que ligó para siempre a esos dos hombres superiores, Pueyrredón llegó a Buenos Aires y se hizo cargo del poder, el país entero era un caos y muy pocos patriotas esperaban aún el triunfo. Algunos de los más eminentes, como don Manuel José García, habían abdicado, en aras de un ideal de paz varsoviana, todos los sueños de independencia y futura grandeza, por los que tanta sangre se derramara. Al norte, los desaciertos de Rondeau, que nos habían llevado a Sipe-Sipe, dejaban abiertas las fronteras, por las que bien pronto los realistas invadirían, para ser contenidos primero y rechazados después, por los heroismos de los gauchos de Güemes; de Güemes, señores, cuya figura, apoyándose en la del soldado típico que salvó la independencia, debía levantarse en cada punto del suelo argentino. Al centro, y apenas partía Pueyrredón para la capital, caudillejos ineptos como Díaz y Bulnes, levantaban a Córdoba, mientras Santiago se desprendía del vínculo nacional y Santa Fe hacía otro tanto, "en uso de su sobera-

nia", según decían sus caudillos. La Banda Oriental estaba segregada de hecho, bajo la influencia disolvente de Artigas, que se extendía a Entre Ríos y Corrientes y que acababa de retirar, en un acto de odio de fatales consecuencias, los diputados que Montevideo enviara al Congreso de Tucumán. Sin Artigas, Pueyrredón habría concluído por dominar la anarquía y por evitar la vergüenza de la invasión portuguesa; sin Artigas, el litoral argentino habría entrado a la vida civilizada medio siglo antes; y sin la nefasta semilla que el más odioso e inepto de los caudillos del Río de la Plata dejó, la tierra que sirvió de asilo a nuestros padres y en la que se meció la cuna de muchos argentinos venidos a la vida en la proscripción, sería hoy un ejemplo para los pueblos americanos y un honor para nuestra raza, en vez de ser un escándalo para el mundo civilizado.

En el exterior, las gestiones de Belgrano, Sarrautea y Rivadavia en Inglaterra y Francia, como la tristísima del último en España, habían hecho perder toda ilusión de socorro en nuestra desesperada situación. Lo único real, en el peligro de que antes hablé, era la amenaza terrible de aquella expedición de Cádiz que debía arrojar sobre los extenuados patriotas un formidable ejército de quince mil hombres de tropas veteranas. Ese era el enemigo espiritual, ese el nudo que había por desatar, si no por la espada que faltaba, por la inteligencia excitada en su angustia patriótica. Esa es la clave para explicar toda la política de Pueyrredón; no desaprueba a García, convertido en

utilísimo instrumento del gabinete de Río Janeiro, aún creyendo que merecía ser colgado de un farol, porque el desenvolvimiento de una política portuguesa agresiva podría dificultar el embarque de la expedición de Cádiz y darnos tiempo para respirar; recibe emisarios más o menos clandestinos de gobiernos y personajes europeos (1), que husmeaban una corona posible en estas regiones, para alguna sien ambiciosa; no los desalienta y los embarca con vagas esperanzas, porque toda esa gente va a poner en acción influencias e intereses contrarios a los de España. Por fin, envía a Francia a don Valentín Gómez, sin más instrucción, en el fondo, que oír, ganar tiempo, halagar, no rechazar ni planes ni candidatos al trono, llámense éstos Orleans, Luca o como se quiera, con tal que esa actitud, por parte del enviado argentino, dé por resultado imposibilitar la partida de la funesta expedición, que él está minando en el terreno mismo en que se organiza. En este infierno, el único punto tranquilo es el quieto rincón de Cuyo, en el que San Martín acaricia lentamente su sueño y forja, con mano admirable, el instrumento para realizarlo. El verdadero monumento de Pueyrredón, será el volumen de su correspondencia íntima con San Martín en esos momentos; se ve ya, por la parte publicada por el ilustre patricio que conserva a su patria ese tesoro, cuánto esfuerzo de todo instante, cuánto sacrificio, hasta de sus horas de sueño, ha-

---

(1) "Pueyrredón y el emisario Lamoyne", estudio diplomático del autor, en "La Biblioteca", revista que dirigió el Sr. Groussac.



ce el Director para responder, aun en los mínimos detalles, a los incesantes pedidos del general que iba a cesar de ser argentino, para adoptar por patria el continente americano.

¡Es imposible, señores, encerrar en este reducido cuadro la acción de Pueyrredón en esa hora solemne de nuestra historia! Con todas las inquietudes, probó todas las amarguras, desde la calumnia hasta el dolor de la represión violenta. Dorrego, en la sinceridad de su patriotismo exaltado, tenía razón cuando no veía más solución que la república; pero lo que él creía una traición del Congreso y del Director, era la voz de la necesidad, que en la mortal angustia de la situación, les inspiraba medidas que aquélla justificaba. Cuando la prudencia, la mansedumbre y la persuasión fueron ineficaces, convirtió en guante de hierro su mano suave y, temido, se irguió respetado sobre el infierno que trataba de vencer.

Al fin, cedió, no por cansancio, ni debilidad; cedió porque se dió cuenta que las pasiones embravecidas habían concentrado en él sus furores y le señalaban como el único obstáculo a la pacificación de los espíritus. Cedió, porque comprendió que en aquella vorágine, la autoridad de un hombre se gastaba como el acero con que se combate sin descanso. A más, ya se había dado cuenta que si en el momento supremo, cuando la barbarie anárquica triunfante amenazaba desbordarse, llamaba en su defensa la única fuerza organizada que existía, aquel ejército de los Andes al que el país diera con su sangre más pura, su alma entera. . .

el llamado no sería oído y el general triunfante, dando la espalda a la agonía de la patria, seguiría la ruta luminosa que él creía su destino. Pidió permiso al Congreso para alejarse del país en un corto y admirable documento y tomó el camino de extrañas tierras. La noche de espanto cayó sobre nosotros; cuando se levanta la frente sudorosa de ese cuadro del año 20, grabado en bronce para la eternidad por la pluma de un patricio, y se mira el aspecto actual de nuestro país, se temple la fe en el porvenir de un pueblo que de aquel abismo de horror se ha levantado a esta maravilla de vigor y de esperanza.

Apenas calmado el furor de la anarquía, Pueyrredón, diez años más tarde, vuelve un instante a su patria. Pero ya avanzaba en la sombra la de los días de violencia y sangre; la tiranía de Rozas alejó de nuevo a Pueyrredón, que ya en Montevideo, ya en Europa, vió correr los más lentos y vergonzosos días de nuestra historia.

Quiso, por lo menos, morir en la patria que tanto había amado y servido, y el 13 de marzo de 1850 rindió su alma en su quinta de San Isidro.

Señores: hay que aceptar como miserias de la especie, que el perfeccionamiento de la misma hará desaparecer, no pocas estatuas militares cuyos héroes, en su actitud marcial, no son sino la representación atávica del bestial alarido de triunfo del clan primitivo, arrastrando al sacrificio al enemigo vencido. Pero cuando nos encontremos, por los caminos de la tierra, con un pedazo de piedra o un trozo de bronce destinados a conmemorar

servicios de quien consagró su vida a un ideal de paz y de cultura, debemos descubrirnos con altísimo respeto y hacer votos por que se cubra nuestro suelo de esos signos de la más fecunda de las gratitudes.

## Sarmiento <sup>(1)</sup>

Sarmiento y Del Valle. — La generación de Sarmiento. — Palermo y Sarmiento. — Urquiza y Sarmiento. — Sarmiento en San José. — Sarmiento, educador de América. — Unidad de su vida. — Su concepto de la educación. — Sus dos fases. — Por el ideal y por el deber. — Sarmiento escritor. — Tipo único en su grupo literario. — Sarmiento presidente. — Los rumbos que marcó. — La figura de Sarmiento en el futuro argentino.

SEÑOR PRESIDENTE:

SEÑORES:

Pocas veces un tema más alto e imponente se presentará al espíritu de un argentino, que aquel que por circunstancias especiales se ofrece hoy al mío. Mientras la razón busca las líneas de la obra, el corazón late sacudido por olas impetuosas, que traen envueltas en su rodar, la admiración, la gratitud, el respeto y el asombro. Otra voz, más autorizada, más vibrante y más inspirada que la mía, estaba llamada a pronunciar la oración digna del ilustre varón cuya memoria hemos querido perpetuar en este monumento, para que las venideras generaciones sepan que aquella que le conoció, le juzgó digno del bronce que inmortaliza. Esa voz, señores, cuyos ecos parecen sonar aun en nuestras

---

(1) Discurso pronunciado en la inauguración de su estatua el 25 de Mayo de 1900.

almas con infinita tristeza, era la de Aristóbulo del Valle.

El fué, puede decirse, el iniciador de este monumento; él, quien congregó al primer grupo de amigos entusiastas; él, quien, llegadas las horas de la inerte indiferencia, tomó sobre sí toda la tarea. Cuando hubo elegido el artista que juzgó capaz de comprender a Sarmiento y su obra, la muerte le sorprendió, no sin haber encargado a un amigo, por una inexplicable previsión, la continuación de su obra, en caso de que él faltara. Ese amigo fuí yo. He cumplido con religioso respeto el encargo que se me confió, y al darlo por terminado con este acto, he querido consagrar un recuerdo al noble y luminoso espíritu cuya desaparición fué un luto nacional.

Señor Presidente de la República: tengo el honor de presentaros, para que lo entreguéis a la veneración de todos los habitantes de nuestro suelo, el monumento levantado por la gratitud nacional a la memoria de Sarmiento.

*(El señor Presidente descubre el monumento).*

Helo ahí, señores, tal como lo ha concebido la imaginación del artista. Más que reproducir la figura que aún vive en el recuerdo de las generaciones presentes, la del anciano de paso lento y fatigado, que llevaba inclinada la pesada cabeza llena de ideas, el escultor ha querido simbolizar en el movimiento del cuerpo, en la energía de la actitud, en la idealización misma de la fisonomía y en la intensa expresión de la mirada, la vida extraordinaria del héroe cuya gloria debía cantar su vigoroso cincel.

Arriba, la acción, el ímpetu viril y avasallador; abajo, en la alegoría, en esa figura genial que aparta las nubes con sus brazos fuertes y elegantes para surgir, espléndida, entonando un himno a la luz — el triunfo definitivo, tras la larga lucha contra la ignorancia, contra el vicio, contra la barbarie y el crimen!

Encuentro elocuente, señores, la fijeza de esos ojos de bronce, clavados en un punto del espacio, porque jamás el pensamiento de un hombre ha estado más constantemente orientado hacia su patria. Con la conciencia de sus altos destinos, que los días más sombríos no consiguieron conmover, Sarmiento tenía también la de su profunda y desolada miseria. Rara vez, nunca quizá, la breve estadía de los hombres sobre la tierra ha sido más amarga que para los argentinos que alcanzaron la plenitud de la existencia entre los años 28 y 52. Los unos — los que vivieron ungidos por el destino, para salvar la dignidad de la patria y su derecho a la libertad, — tenían al menos, como aliciente, en medio de la pobreza y la nostalgia, la elevación sagrada de su objetivo. Los más, la masa anónima e inerte, vivió veinte años en el terror de cada día, sumida en la noche intelectual y moral más profunda que puede obscurecer la ruta de un pueblo en marcha. Es posible, señores, que mis palabras sean oídas por algún anciano para quien la naturaleza ha sido cariñosa, prolongando sus días y sus fuerzas, hasta poder admirar y agradecer al cielo el noble progreso de su patria. Ante la imagen de Sarmiento, ante ese triunfo soberbio de la luz, que el

artista ha concebido como símbolo y síntesis de aquella vida fecunda, ese anciano recordará los años de su adolescencia, el terror de un pueblo entero, a cuyos oídos llegaba el nombre de este mismo sitio, con éco fúnebre y mortal ¡Triste, tristísima generación que no puede recordar su juventud, sin reabrir la herida dolorosa e incurable! Por lo menos el grupo de los que, durante un cuarto de siglo, no tuvieron ni hogar, ni patria, ni reposo, puede, mientras dure en la vida, encarar aquellos años de lucha, con el encanto sin igual que acaricia al espíritu, cuando remonta a las épocas en que la plenitud de la savia da la plenitud de la acción.

De este sitio de horror, Sarmiento hizo, señores, lo que en su concepto debía ser la más acabada expresión de la cultura de su patria. Si nos oyera — y hay momentos en que hasta la duda es dulce — nada podría serle más grato que oír recordar aquellos días que precedieron a su descenso del poder y su afán empeñoso para dejar terminada la magna empresa de dotar a la capital argentina de este parque que es aun hoy su única joya. Todo en contra de él: en la masa, la indiferencia por el astro que cae; en el adversario político, el odio implacable que persigue, en el hombre, hasta las más nobles ideas; en los que invocaban la ciencia, la insuficiencia — y hasta en el suelo de esta ribera, la ingrata tierra, digno hogar de la barbarie infecunda, rechazando toda tentativa de cultura, todo esfuerzo de transformación. Sarmiento triunfó de todos y de todo; bajo la evocación mágica de ese maravilloso Próspero que ha iniciado todos los

progresos de esta tierra que encontró salvaje, se abrieron las anchas avenidas por entre los tupidos juncales, los árboles de aliento generoso y cuerpo gigante echaron raíces y afirmaron este suelo vacilante y estéril; las flores, que tanto amó, lucieron, para encanto de los ojos y alegría del alma, sus tintes más deliciosos, y el pulmón de ese pueblo enorme que respiraba jadeante, se ensanchó en el contento y la salud.

“Palermo es un monumento de la barbarie y de la tiranía del tirano, tirano consigo mismo, tirano con la naturaleza, tirano con sus semejantes”, escribía Sarmiento, el 5 de febrero de 1852 dos días después de Caseros, en el mismo sitio que en un acto justiciero del Congreso Argentino ha señalado para que se levante su estatua. Palermo era una obsesión de Sarmiento; en su espíritu, tal como Versalles era el símbolo visible de la arrogancia pomposa y desmedida de Luis XIV y el Escorial, con su tétrico paisaje, trasunto fiel del alma sombría, implacable y desventurada de Felipe II; Palermo de San Benito con su arquitectura gauchesca, sus “reminiscencias de estancia”, sus árboles funerarios, reflejaba con cruel exactitud el carácter del hombre que encarnó en el poder la inculta soberanía de las campañas.

Desde este sitio, cuando apenas había tenido tiempo de recorrer las calles de Buenos Aires, la ciudad histórica que veía por primera vez, pero en cuyo seno había vivido con su corazón, Sarmiento tomaba de nuevo y espontáneamente el camino del destierro. Para juzgar a Sarmiento como hombre de estado y aquilatar su aptitud política, hermana siem-



pre en él con la elevación del propósito y la dignidad de los medios, pocos momentos de su vida hay más favorables que este.

¡Con qué júbilo se aprestaba en Chile, desde 1848, a entrar en campaña, y que tristemente abandonaba la idea de aquella viril empresa que sus amigos llamaban la "sublime locura" y que consistía en caer, desde los Andes, en grupo heroico, para buscar, en la llanura argentina, un eco al grito de libertad o perecer en la demanda! Por fin, el sueño había tomado cuerpo y amanecido el día que devolvería a la patria, con la dignidad de la vida, la libre disposición de sus destinos. Un hombre se había levantado, para encarnar la esperanza última y suprema de todos los hijos de este suelo. Los emigrados, desde los rincones de América en que ocultaban su miseria con dignísimo decoro, o desde los muros de Montevideo, el santuario inviolado y por siempre venerable, querían hacer de aquel hombre el héroe invencible y justiciero. El general Paz respondía de él ante el Brasil; Mitre, Paunero, Aquino, volaban a ofrecerle sus espadas; Alsina, López, Gutiérrez, Pico, abrían para él el tesoro de sus espíritus cultísimos. Desde el principio de la campaña, la fortuna parecía sonreír al guiar sus pasos venturosos. Por fin, la hora de la victoria llegó, incruenta, soberbia... y todos aquellos hombres encanecidos en el destierro, aquel pueblo mártir que tendía sus brazos, delirante de gratitud, vieron al vencedor avanzar, ostentando la siniestra cinta roja y oyeron de nuevo el grito de "¡mueran los salvajes unitarios!", cuyo eco creían extinguido para siempre.

Nunca la conciencia de Sarmiento le trazó más claramente el deber; aquel hombre que destruía en un día las esperanzas de tantos años, era sin embargo el libertador y estaba ungido. Instrumento de la historia, su misión había concluído y, con él o sin él, la reorganización del país asegurada. ¿A qué descender, entonces, a la arena peligrosa, que pronto iba a ser teatro de la guerra civil? Las ideas madres, como llamaba Sarmiento a las que informaron su predicación de diez años — la federación con la capital en Buenos Aires “que yo había tenido el cuidado de poner en la punta de un alfiler, Argirópolis, mientras caía Rozas”, según escribía en 1852, la navegación de los ríos, las garantías a manos llenas a los extranjeros inmigrantes, la nacionalización de las aduanas, — se habían abierto ya camino definitivo y nada podría detenerlas. Alberdi iba a condensarlas en las *Bases*, libro que será tal vez su único título a la consideración de la posteridad; pero el precursor genial había sido ese maravilloso sembrador, que con su mano poderosa arrojaba la semilla fecunda, destinada a transformar desde el suelo hasta las ideas americanas.

Después de mucha torpeza, de mucha sangre inútilmente vertida, la unión de la familia argentina se hizo, y el país jadeante, desgarrado, semibárbaro y torvo aún, se detuvo un instante a respirar. Los nombres de aquellos que aprovecharon ese momento para fijar al pueblo el camino de la luz, persistirán por siempre en nuestra historia. Ella, por otra parte, dará el juicio definitivo sobre Urquiza. Siento que aun estamos muy cerca para juzgar su

acción tan compleja y contradictoria, en tiempos tan duros y sombríos. Por un lado, las pasiones de nuestros padres aun nos agitan; por otro, la cultura adquirida nos hace condenar con igual severidad los excesos del vencedor como los del vencido. Algo me dice que en la balanza, ha de pesar más que todo la jornada de Caseros y que, ante la justicia eterna, la libertad dada a un pueblo entero, vale más que muchas virtudes, intachables, pero estériles.

Sarmiento mismo pareció encaminar ese juicio histórico, cuando, diez y ocho años después de Caseros, en la cúspide de su carrera política, dirigiendo los destinos de su país, fué a visitar a Urquiza en San José. Iba yo en la comitiva presidencial y uno de los recuerdos más fuertes de mi juventud, es el de la impresión de aquellos días: los regimientos de caballería, enrojeciendo con su traje sangriento las riberas del Uruguay, el aspecto semicolonial, semi-feudal de San José y sobre todo, el largo y estrecho abrazo de aquellos dos ancianos, cuyas pasiones había usado el tiempo y que, en la tarde de la vida, parecían unirse en un pensamiento común y levantado. Fué el último y supremo abrazo; poco después, una negra página más se agregaba a nuestra historia de sangre. Urquiza caía vilmente asesinado y desearía que se narrara en páginas de bronce para fijarlas en nuestra historia, cuál fué en ese momento la actitud del Presidente Sarmiento. Ni el consejo de los tímidos que veían, temerosos, dibujarse un terrible conflicto, ni las argucias de los casuistas, que querían cubrir la inacción cobarde bajo el manto de la Constitución, nada pudo contra

el ímpetu generoso de aquella alma alta y justiciera. En esos días memorables, Sarmiento fué un grande hombre de estado y nos dió para siempre, esta lección inflexible: no hay transacción con el crimen, no puede ni debe haber organización estable basada sobre él!

Pero me tarda, señores, tan sólo sea con la rapidez que las circunstancias me imponen, contemplar al incomparable ciudadano bajo uno de sus más gloriosos aspectos.

Como en el admirable simbolismo griego, sobre la cerrada obscuridad de los primeros tiempos, se cernie la luminosa figura del Educador divino que llegó a dominar hasta las fieras, así en el mundo americano, — cuando el tiempo haya hecho fabulosa la época de sangre y hierro que sucedió a la Independencia — se cernirá también, sobre ese fulgor rojizo, la severa figura del maestro que sobrepasó la hazaña de Orfeo, alcanzando a dominar hasta los bárbaros. Por las circunstancias de su vida, consagrada toda entera a la educación, en su forma más levantada, fué dado a Sarmiento arrojar la semilla de su palabra fecunda sobre todo el suelo americano, desde los primeros centros de cultura del Canadá y Norte América, hasta las más humildes aldeas del Sur de Chile. La fe de su propaganda, la pureza de su intención, la honorabilidad perfecta de su vida, el arte mágico de su estilo, acabaron siempre por darle la victoria en las infinitas batallas que combatió, con aquel ardor impetuoso, vehemente y apasionado que está en la memoria de todos. Así recorrió toda la América, fijos los ojos

en su idea, fuera de la que no veía salvación, pues sin ella, la independencia y la libertad misma parecíanle armas peligrosas en manos de niños aturcidos. Desde su oscuro rincón sanjuanino de los primeros tiempos, hasta las cumbres más altas que escaló en su existencia, fué siempre el mismo, el educador por excelencia, el maestro incomparable y profético. Si se leen con atención muchas de las primeras páginas escritas por Sarmiento, se encontrará en ellas la predicción de más de uno de los hechos fundamentales de nuestro siglo. “El maestro de escuela venciendo en Sadowa”, es una vieja frase de Sarmiento y las victorias alemanas subsiguientes sobre la Francia, como la del mecanismo norteamericano sobre la sorprendida España, fueron consecuencias inevitables de premisas sentadas por él.

Fué siempre el mismo, he dicho y nada puede ser más grato que comprobarlo, siguiendo esa luminosa vida. En los combates periodísticos de Chile, en los libros que escribía contra Rozas, a guisa de batallas que le ofreciera, como decía Guerrazzi del *Assedio di Firenze*, en sus entrevistas con los hombres más eminentes de la Europa y los Estados Unidos, en las filas del Ejército Grande, en sus misiones diplomáticas, en sus campañas parlamentarias, en su administración presidencial, desde todos los ministerios, desde todas las presidencias — porque, como él decía parodiando al hidalgo manchego, donde él se sentaba, allí estaba la cabeza — a toda hora del día y en todos los momentos,

fué siempre el mismo, el educador excelso e incomparable.

Su concepto de la educación era tan vasto e inteligente, que en él tenían cabida las dos tendencias que luchan hoy en Europa por conquistar el predominio y que, con criterio erróneo, se pretende hacer antagónicas aun entre nosotros. Que la Francia, señores, saturada hasta los huesos de la cultura grecolatina por su educación secular, trate de ensanchar sus horizontes intelectuales, haciendo posible la adaptación de su espíritu a nuevas formas de civilización; que los Estados Unidos hagan esfuerzos colosales por retener en la atmósfera de sus Universidades suntuosas, esas hadas invisibles e inspiradoras de todo lo grande que han hecho los hombres, que se llaman la Poesía, la Belleza, el Arte, la Ciencia pura, el Ideal, y que parecen huir espantadas por el fragor de sus fábricas ciclópeas o la impresión moral de sus *trusts* implacables; que pueblos en esas condiciones, planteen tales problemas, se explica. ¡Pero cómo habría reído Sarmiento al contemplar la masa de balbuceadores de la anagnosia, que forman los dos tercios de la clase dirigente de nuestro país, discutir sobre la necesidad de dar un nuevo rumbo a la educación nacional y apartarla de las viejas rutas trilladas de Grecia y Roma, para dirigirlas sobre la triunfante calzada de Chicago y Tammany Hall! ¡Cómo habría reído el viejo maestro, con aquella risa socarrona que movía todo su cuerpo, al oír atribuir la superioridad anglosajona al abandono de los estudios clásicos, cuando Oxford y Cambrid-

ge no son sino vastas facultades de Letras y la Alemania victoriosa aumenta día a día sus escuelas de alta cultura!

La educación de estos pueblos, para Sarmiento, tenía dos grandes faces: la primera, destruir en su espíritu la atonía hereditaria, atávica mejor dicho, de la noche colonial y el caos de las ideas absurdas recogidas en la larga orgía del caudillaje; la segunda, sobre esta tabla rasa, despertar la conciencia de la dignidad humana y con los ejemplos de la historia, que establece una noble solidaridad con las pasadas gentes, hacer ver a qué altura llegan aquellos pueblos que cultivando su espíritu, exaltan su corazón y se hacen dignos de los mayores destinos. Luego que, robustecida su conciencia de ciudadanos de un pueblo libre, fueran capaces de oponer al abuso, a la usurpación o a la tiranía, la valla insalvable que opuso siempre el pueblo inglés, Sarmiento marcaba el rumbo de las conquistas materiales en vista del mayor bienestar y de la mayor fuerza, y su ojo escrutador descubría, desde el sillón presidencial, como desde su pupitre de maestro, el libro, el tejido, el árbol raro, la planta textil, la flor, la fruta, la máquina, el invento cualquiera que pudiera adaptarse a su patria y, en manos de sus hijos, enriquecerla y fortalecerla. Esa es la ruta que nos trazó y esa la que debemos seguir; por la cultura intelectual, que trae siempre consigo como primera consecuencia, la elevación del nivel moral, iremos a la formación de una vasta clase gobernante que asegure el porvenir; por la adopción de todos los progresos de la

ciencia y la industria, a la riqueza y la prosperidad.

Siento, señores, que estamos en un momento de angustioso peligro para el porvenir de nuestro país y cobrando aliento bajo la autoridad del nombre que invoco, os pido que prestéis a mis palabras la atención que merecieran, si salieran de esos labios de bronce. Sarmiento os diría, a los que dirigís desde la Administración o desde el Congreso la educación de ese pueblo, que no se forman naciones dignas de ese nombre, sin más base que el bienestar material o la pasión del lucro satisfecha. Que la riqueza, la potencia de producción, son solo gloriosas, cuando sirven para ensanchar los horizontes morales e intelectuales de un pueblo. El os recordaría, con la fuerza irresistible, que la soberbia prosperidad alcanzada en nuestro siglo por la Inglaterra y la Alemania, su vigor de producción, su audacia triunfante en las luchas económicas, viene de la cultura de esos pueblos, cuyos sistemas de educación, nutriendo la mente de sus hijos, les satura el alma del más alto y noble concepto del patriotismo. El os recordaría aquella Inglaterra de Hampden y de Milton, aquella Holanda de Sainte Aldegonde, aquella Francia arrancada del absolutismo monárquico y teocrático por el grupo de los enciclopedistas, la Alemania salvada de la garra napoleónica por los estudiantes nutridos de la savia clásica, la Italia del *risorgimento* recibiendo en holocausto la sangre de sus mejores hijos, de sus poetas, de sus artistas y de sus sabios; él os recordaría, por fin, señores, que las naciones sin ideal, aquéllas para las que todo esfuerzo debe



tender tan solo a la conquista de la riqueza y del bienestar, por mayor grado de esplendor que alcancen, no perduran y pasan, como Cartago, sin dejar tras ellas ni rastros de respeto en la memoria de los hombres. Quien así os habría hablado, no era, por cierto, un idealista; nadie habría aplaudido más que él todo esfuerzo tendiente a aumentar la potencia industrial de la nación. Pero él sabía que la barbarie no ha muerto; él, que la había vencido y la llevaba acorralada en el largo batallar. Hace dieciseis años, decía en San Juan, saludando con vigorosa esperanza al joven gobernador Doncel, en un admirable discurso: "Cuando Elizondo aparece en la política, deben oponérsele para derrotarlo, exposiciones de pintura, conciertos de música, conferencias científicas, escuelas normales e institutos". Señores, hay aún en nuestro país más elizondos latentes de lo que se cree, un tanto asfixiados en nuestra atmósfera de incipiente cultura, pero que volverán a la acción, así que el ambiente se haga para ellos normal. Permitidme, señores, continuar reverente el pensamiento del maestro, permitidme decir que cuando un pueblo abandona sus derechos y olvida sus deberes hasta mofarse de la vida cívica, cuando su indiferencia y su desidia hacen casi imposible la organización del Ejército Nacional, cuando solo se postra ante un altar, el del sensualismo sin pudor y sin reato, es porque ese pueblo está enfermo y necesita un remedio heroico. Sarmiento ha dado la fórmula, señores, y ella sola es salvadora: hay que levantar el alma popular por la educación, por la cultura

artística, por la prédica del libro, por el ejemplo viniendo de lo alto, que marca un rumbo, como las estrellas al navegante. Sólo el ideal mantiene a las naciones erguidas y fuertes como la noción del deber al individuo...

La obra educacional de Sarmiento, fuera de su propaganda oral incansable y de su ejemplo, ha sido reunida por manos que, movidas por la piedad filial, levantan un monumento que vivirá más que la piedra y el bronce. Cuando el grado de cultura del pueblo argentino le permita comprender y apreciar a los pocos escritores de raza nacidos en su seno, las obras de Sarmiento serán el orgullo nacional. No será, entonces, un grupo pequeño de iniciados, sino una nación entera, la que se familiarizará con muchas de esas páginas inmortales, algunas de las que no tienen superiores en lengua castellana. La vida constante de aquel estilo, el movimiento fogoso que envuelve la idea en una frase acerada y rápida que va a herir un adversario, una preocupación, un error; ese inimitable valor al escribir, esa granítica conciencia de sí mismo, que le hace invulnerable al odio, a la calumnia, hasta al ridículo; esa deliciosa despreocupación de la forma, que es el secreto divino de la obra de arte, la profunda unidad de toda esa obra colosal que, como la figura radiante que contemplais al pie de su estatua, no es más que un himno a la luz; la fuerza en la imprecación, la exquisita ternura en las páginas íntimas, el inimitable color en la descripción, la fe en el progreso humano, jamás perdida durante cincuenta años de trabajo,

hacen de Sarmiento un escritor único, no sólo en los breves fastos de nuestra patria, sino quizá por todos los siglos de su historia futura, porque jamás volverán a reunirse las circunstancias que modelaron su espíritu.

Hombre de fe, he dicho. Nada más admirable que la energía constante de su esperanza. No comprendía el esfuerzo sin el objetivo y creo que él, artista incomparable por momentos, se reía de los fervorosos adeptos del arte por el arte. El único de los escritores argentinos de su tiempo, — que fué el único tiempo en que hubo escritores argentinos — se mantuvo refractario, por genial e ingénita predisposición, a la influencia del romanticismo, que, con Byron y la pléyade francesa del año 30, dió rumbo e imprimió su sello al movimiento intelectual del mundo entero. López, Gutiérrez, Echeverría mismo, Mitre, Mármol, Rivera Indarte, Dominguez, Cané, todos adoraron la nueva forma. Sólo Sarmiento — planta al parecer nutrida con la única savia del suelo patrio — cerró sus oídos al canto de la sirena que le ofrecía, en sus temas medioevales, en sus dramas de pasión, en sus téticos paisajes, espléndido campo de triunfos artísticos. Nunca una pluma se ha parecido más a una espada: pero el arma admirable, al herir, iluminaba! Los caudillos, los bárbaros, sentían el golpe, pero el aire estremecido llevaba el eco vibrante al heroico grupo de los que combatían por la libertad o al triste hogar desesperado de los que la creían perdida para siempre.

La fe del escritor, la fe del maestro, alentó tam-

bién el alma del hombre de estado. Si un espíritu superior determina los destinos de los pueblos, él aseguró los nuestros, haciéndolos regir durante doce años, al salir de la anarquía, por los presidentes Mitre y Sarmiento. El primero coronó la obra de la organización nacional, venciendo, con la elevación de su espíritu, la estrecha tendencia de su filiación política y la no menos circunscripta de su provincia natal, hasta dar hogar en su alma al ideal grandioso de una patria fuerte y respetada. Tras él, Sarmiento trajo al poder, con su impetuoso anhelo del bien, con el tesoro de experiencia adquirido en su vida de lucha, de viajes y de contacto con los hombres más distinguidos de su tiempo, las sanas y robustas ideas de gobierno, sin las cuales no hay organismo social ni político que tenga base firme y duradera. El esfuerzo de Sarmiento tendió siempre, más que a reformar las instituciones y la legislación, a transformar las costumbres y las ideas del pueblo. La noción de gobierno, esto es, la de una entidad tutelar y directiva, nacida del consenso general, digna de respeto, necesariamente fuerte y obligatoriamente honesta, empezó a entrar en el alma nacional, cuando después de predicarla cuarenta años, Sarmiento la encarnó en la presidencia. El marcó todos los rumbos definitivos: al maestro, la cultura propia que se refleja en el espíritu del niño que educa; al agricultor, la obligación de aliviar a la tierra, en su faena sagrada, con la aplicación de los métodos e instrumentos más perfeccionados; al ganadero, la adopción de las razas superiores; al comercio, la actividad y la honradez; a

los administradores de la cosa pública, las manos limpias e impecables; al ejército, por fin, en páginas y actos que no debemos olvidar, el campo circunscrito, pero glorioso, de su acción legítima, la abnegación, la obediencia, el decoroso silencio ante los sacudimientos de la vida civil, el estudio y la preparación constante para responder al alto y noble fin de su institución.

Tal fué, señores, la acción de ese hombre extraordinario, acción constante, colosal, proteiforme, pero unificada por el vigor de la idea que la informa. Empezamos ya — y para nuestros hijos será un espectáculo soberbio— a contemplar la obra de Sarmiento, como se contempla a un astro. Sabemos que el cuerpo celeste que gira en el espacio tiene todos los elementos de la tierra, que en él imperan nuestras mismas leyes químicas y leyes físicas análogas si no idénticas, que la vida se elabora allí en el combate de las fuerzas y tal vez de las pasiones; pero no vemos sino su aspecto luminoso y radiante, que encanta nuestros ojos y nuestro espíritu. Así, a medida que la vida nacional avance en el tiempo, la acción de Sarmiento, vehemente, tormentosa, apasionada, frenética a veces, pero alta, desinteresada, empapada en el amor más inteligente que hijo de esta tierra le haya profesado, brillará con la soberana serenidad de un mundo sideral y millares de generaciones de argentinos se habituaron a contemplarla, en el cielo de nuestra historia y en sus días de triunfo o en sus horas de amargura, con el cariño grato o la esperanza anhelosa con

ne los viejos pueblos creyentes miraban a los as-  
ros divinizados!

He dicho.

## El doctor Malaver (1)

La elección del orador. — Antagonismo. — Malaver abogado. — Malaver en la vida pública. — Buenos Aires antes de 1880. — El doctor Malaver profesor. — Carácter de su enseñanza. — El procedimiento, como conquista moral. — El termómetro de cultura. — El procedimiento, como elemento civilizador. — La enseñanza del doctor Malaver. — Moreno y Malaver. — La suprema aspiración.

SEÑOR DECANO:

SEÑORES:

Más extraña que mi presencia para vuestros ojos, suena en este recinto, el eco de mi voz para mi oído. Todos los que hemos estimado en lo que valía al hombre cuya memoria honramos en este momento, esperábamos que en este acto, la palabra saliera de labios de uno de aquéllos que con él compartieron la noble tarea de dar rumbos a esta institución de la Universidad de Buenos Aires, hogar sagrado en cuyo seno, aun en las noches más oscuras y agitadas, persistió el resplandor, bien tenue por momentos, de la inteligencia argentina. Yo no tengo más vínculo con esta casa que la deuda de gratitud que conservamos hacia ella todos los que le debemos o la fortuna, o las altas posiciones, o lo que vale más,

---

(1) Discurso pronunciado en la inauguración de su estatua en la Facultad de Derecho de la Universidad de Buenos Aires, el 10 de Abril de 1909.

la aptitud para servir bien a nuestro país. Una gran parte de mi vida adulta ha pasado en el extranjero.

¿Por qué, pues, me pregunto de nuevo, cábeme el honor de dirigiros la palabra en esta ocasión? Pienso que mi elección, por parte de los amigos íntimos del doctor Malaver, responde a un sentimiento de exquisita delicadeza.

La obra de aquel que hoy honramos se confunde con la de ellos mismos, de tal manera, durante un tercio de siglo, han estado vinculadas sus inteligencias y sus corazones en el empeño de llevar esta Facultad de Derecho que tanto amaron, a las alturas de donde, viéndose claros los rumbos humanos, pueden elegirse los que deben ser seguidos. He aquí por qué una voz, de escasa autoridad universitaria, rendirá el homenaje supremo a un universitario eminente que, durante una larga vida, salvo una fugaz y muy honorable aparición en el mundo político, sólo fué un universitario.

El día que nos encontramos con el Dr. Malaver, reunidos alrededor de una mesa de trabajo, nos miramos con un poco de recelo. ¡Veníamos de regiones tan opuestas! Parecían tan distintas, tan antagónicas nuestras concepciones respectivas de la vida! El desde su juventud había vivido en el estudio de las leyes, tan seria y profundamente, que el desenvolvimiento humano para él no era más que el desenvolvimiento de la idea del derecho y de las formas que hacen posible su aplicación. Yo, hundido desde mi infancia en el torbellino de la acción, la acción política, la acción



periodística, la acción parlamentaria o administrativa, la acción caótica, en una palabra, propia de nuestro país, sentía instintivamente en la acogida culta, pero ceremoniosa del Dr. Malaver, la desconfianza, el malestar intelectual que nos produce la proximidad de un espíritu que choca y perturba las ideas que nos son queridas. El primer deshielo se hizo, para mí, al calor de la simpatía profunda, de la admiración que me produjo el carácter del Dr. Malaver, a medida que me fué dado conocerle a fondo. La honestidad del corazón y de la inteligencia, una bondad serena e igual, esa ecuanimidad por la que suspiramos los que hemos dado todas las batallas con los nervios, hacían de aquel hombre un centro de atracción y de respeto. Agregad la conciencia de su vasta preparación, de su experiencia sin igual y os daréis cuenta de la inmensa autoridad que rodeaba su nombre.

Fueron esas las condiciones que hicieron del Dr. Malaver uno de los primeros abogados de nuestro foro, ocupando en la escala de la alta consideración social, un puesto por nadie superado. Su estudio no era sólo un centro de vastos trabajos jurídicos, en el que, en defensa del derecho, se empleaban con energía y destreza, las armas que el maestro conocía como pocos, y que jamás empleó sino con altos y nobles fines. Solíamos llamar al Dr. Malaver el confesor laico, a cuyo oído discreto llegaban ecos de dolores profundos e íntimos, desgarramientos de familia, cuestiones de honor, quejas angustiosas que huían la publicidad por miedo del escándalo, o reivindicaciones violentas y bulliciosas que la ira

del momento aconsejaba, destinadas a ser un torcedor bajo el no lejano remordimiento. Era entonces que el Dr. Malaver se elevaba a las altas regiones de su profesión, aquellas que ilumina ya la luz del ideal, y en las que el espíritu no obedece sino a inspiraciones serenas y generosas. ¡Cuántas veces su palabra tranquila y persuasiva devolvió la calma a un hogar, restableció la armonía entre hermanos o echó un puente sobre hondos abismos cavados por el interés humano!

Nadie puede medir el bien inmenso que en el seno de una sociedad nueva y vacilante como la nuestra, produce la acción constante de un hombre bueno, el beneficio de su ejemplo, el tono moral levantado y fuerte que la autoridad de sus actos determina. Sólo han podido valorar los tesoros de bondad que su alma contenía los que han conocido las intimidades de su vida: cuando en los últimos años, al frente ya de una situación de fortuna holgada, fruto de la labor de toda su existencia, se le veía trabajar aún, sin dar reposo ni a su cansado espíritu ni a sus fatigados ojos, contestaba a los que le aconsejaban el abandono de toda tarea: "no tengo renta bastante". Era que al lado del prudente padre de familia, escrupuloso en conservar íntegro para sus hijos el capital por él acumulado, estaba el hombre generoso habituado, en el silencio y la reserva absoluta, a enjugar muchas lágrimas y a llevar el alivio y la esperanza a muchos hogares.

Tal fué el hombre privado, y quiero pasar rápidamente sobre ese aspecto tan honroso de su vida, como un homenaje a su memoria, recordando aún

la suave persistencia con que alejaba toda conversación a ese respecto.

La vida pública del Dr. Malaver presenta dos facces: la del estadista y la del profesor. Después de algunos años pasados en la legislatura de la Provincia de Buenos Aires, fué llamado a ocupar la cartera de gobierno, al lado del señor don Emilio Castro, al iniciar éste su benéfica y progresista administración.

Todos los que hemos vivido, hombres ya, durante aquellos años de noble vida pública que se sucedieron en la gran Provincia Argentina, desde la reorganización nacional hasta su consolidación al cesar la coexistencia de poderes en esta Capital, podemos afirmar que cualquier porteño que iba a un ministerio, llevaba siempre, como aliento y estímulo, el recuerdo de la administración del General Rodríguez y aquella visión de Rivadavia queriendo transformar por el esfuerzo de su pensamiento, una aldea tosca y primitiva, en una ciudad culta e higiénica. Los debates de las Cámaras, en las que, si a menudo predominaban el entusiasmo, las ilusiones y la vana oratoria, jamás, o bien rara vez, asomaba la cabeza el reptil bastardo del interés privado; las reuniones de los clubs políticos, a las que concurría el pueblo entero, como un reflejo de la vida griega, para debatir apasionadamente sus derechos y sostenerlos con fiereza sin igual; el tono de las arengas tribunicias, inflamado, exacerbado, con un dejo inconsciente de reivindicación socialista: las luchas electorales, las escaramuzas de club a club, la noche que precedía el acto, la batalla en el atrio

por fin, en la que a menudo se encontraban frente a frente los hombres más distinguidos y los jóvenes más brillantes de la sociedad local; las polémicas por la prensa, ardorosas, sinceras, a veces deslumbrantes, en las que se abrían camino los caracteres y los talentos, en las que se aprendía a pensar y a encontrar bellas formas para vestir al pensamiento; la sociabilidad misma, culta y de intensa actividad dentro de aquel cuadro restringido, todos estos factores reunidos, determinaban una vida cívica tan extraordinaria, que su recuerdo parece alejarse en el tiempo y el espacio, como si hubiera pasado en otro siglo y en otra comarca. Como ciudadano, no vitupero ni deploro por cierto, puesto que a él contribuí, el cambio que puso término a aquella existencia tan llena de generosos alicientes, pero incompatible con los grandes movimientos de progreso que obran por masas robustas, ruidosas y aplastadoras, cuya marcha violenta nivela las inteligencias, lamina las iniciativas y convierte a los hombres en granos de arena que van rodando inconscientes y desatentados, envueltos en la ola ciega y brutal. Pero como hombre, ¿a qué ocultarlo? echo de menos en nuestra sociedad actual aquella cultura, aquel alto nivel intelectual, aquel amor por nuestras primeras y rudimentarias manifestaciones de arte, ese gusto por las letras y aquella prensa que apasionaba al pueblo por el ardiente debate de sus derechos y ejercía sobre él la influencia sana que le daba su noble desinterés y la autoridad que le conferían los altos caracteres que le imprimían rumbos.

Fué dentro de esa atmósfera de incesante control que el doctor Malaver inició sus trabajos de hombre de gobierno, y si este fuera el sitio apropiado, me complacería en enumerar los trabajos a que vinculó su nombre.

La temible epidemia de 1871 sorprendió al gobierno de que formaba parte, sin ninguno de los elementos necesarios para combatirla, pero con la enérgica resolución de poner en juego todos los medios de aliviar el sufrimiento público. Así que el duro azote dejó de diezmar la población, cuanta medida higiénica era posible acometer, fué emprendida, traslación de mataderos, cláusura de cementerios, habitaciones para los pobres, asilos de huérfanos, asistencia médica gratuita, todo lo que podía inspirar a corazones generosos la miseria y el sufrimiento de los desvalidos.

En otro orden de actividad el Dr. Malaver proyectó una Ley Orgánica Municipal que si bien sirvió de base más tarde a la que hoy nos rige, no le trasmitió por cierto su equilibrio y su eficacia. El eterno problema de aquellos tiempos, la cuestión fronteras, le preocupó también y uno de los primeros, ofreció todo el concurso de la Provincia de Buenos Aires, al Gobierno Nacional, para llevar la línea al Río Negro. El Puerto de Buenos Aires cuenta al Dr. Malaver entre uno de sus iniciadores, como se registra su firma en el decreto que ordenó la construcción de la Penitenciaría. En materia de instrucción pública, se deben al Dr. Malaver muchas iniciativas inteligentes, como la fundación de institutos agrícolas y la fijación definitiva del

programa de la Universidad dentro de un cuadro exclusivo de estudios superiores.

El tenía conciencia de haber cumplido bien su deber en ese puesto, y siempre conservó un recuerdo grato de su actuación política de aquellos tiempos. En la vida plácida del universitario, del hombre del foro, la lucha, la acción vibrante, aparecen rodeadas de un atractivo curioso, mezcla de saludable temor y de irresistible encanto. En vano muchas veces, desde el aula o desde el bufete, se condena esa agitación excesiva, la precipitación constante con que se ejercen los actos más graves, la eterna improvisación, en una palabra, de la vida política; en el fondo del cerebro hay siempre algo que se agita al oír el clarín que anuncia el combate y que extremece las fibras todas del más tranquilo magistrado. Así seguía siempre el Dr. Malaver el movimiento nacional, y cuando tomó parte en la alta vida administrativa del país, como Procurador de la Nación, supo dar a esa magistratura la importancia que reviste en nuestro régimen constitucional, al mismo tiempo que sus informes jurídicos y sus consejos eran fuentes seguras de verdad y de cultura, que los poderes públicos supieron apreciar.

Puede decirse que la enseñanza del Dr. Malaver tuvo por objeto constante la región positiva de las aplicaciones prácticas del derecho y de las formas consagradas por la ley para alcanzar sus beneficios. A primera vista, en el vasto campo de los estudios jurídicos, esa sección parece secundaria y subalterna. El renombre, la gloria van a los que,

engolfados en estudios puramente especulativos, extreman la escuela histórica, hasta el punto de hacer, de la noción del derecho, algo vago, intangible, sobre humano, cerniéndose sobre las miserias de la tierra como la vieja metafísica. Sin embargo el verdadero bienhechor de los hombres no es el que les hace entrever los esfuerzos y conquistas que podrían mejorar su condición, sino aquel que les enseña a alcanzarlas, a conseguirlas y a apropiárselas. Eso es precisamente lo que constituye el mérito real de nuestra admirable vieja legislación española, lo que le da su carácter humano: al lado del precepto, la forma de aplicarlo, al lado del derecho, el procedimiento. He ahí pronunciada la arriesgada palabra, generalmente acompañada por un cortejo de epítetos malsonantes, evocados por el abuso de los hombres y su invencible tendencia en patentizar su salvaje abolengo. No hay una escuela de más alta enseñanza moral que el culto de la justicia, y en la historia, ningún esfuerzo humano más noble que aquel que ha tendido a realizarla sobre la tierra, animando con su soplo divino el derecho positivo y rodeando a éste, por la claridad, la rectitud y la brevedad de los trámites marcados para alcanzarlo, de las más vigorosas defensas que es posible oponer al vicio y a la inteligencia aguzada por la perversidad. Lentamente, tan lentamente que al recorrer las páginas sombrías que relatan esas horas amargas, se detiene uno asombrado de la fuerza de resistencia de la humanidad para el sufrimiento; el procedimiento civil, tan inicuo, como bárbaro era el criminal, se ha ido depurando

de sus vergüenzas, reflejando, en su ascensión hacia un ideal de justicia, el estado de la sociedad en cuyo seno se desenvolvía, mejor que cualquiera otra manifestación de su actividad, de tal manera que en el día los hombres de alto criterio, aptos para los juicios de conjunto, no miden la prosperidad, el progreso y la civilización de un pueblo, por la cifra de sus kilómetros de vías férreas y telégrafos, por el número de sus edificios colosales o por el ancho estupendo de sus avenidas; para ellos, el grado de cultura de un pueblo lo determina la manera cómo se administra en él la justicia. Y la justicia no es la ley escrita, análoga en el mundo occidental casi entero desde el triunfo de la codificación, sino la manera de aplicarla.

¡Podéis figuraros si esa importancia se da al procedimiento por el viejo mundo, cual será la que tuvo y la que tiene aún en sociedades nuevas como la nuestra, en vía de consolidación en la tarea dura y constante de matar los tenaces gérmenes de barbarie, que renacen a cada instante, porque son de ayer! Como las leyes brutales de Pedro el Grande, los procedimientos judiciales fueron el primer medio de disciplina social que pudimos emplear a emprender la tarea de convertir la masa de pastores semibárbaros que vagaban en las llanuras argentinas, como los moscovitas en las estepas rusas, en un organismo nacional, susceptible de evolución y progreso. Y si pensáis que durante los veinte años más odiosos que registrará siempre la historia de nuestro país, cuando todos los esfuerzos humanos por alcanzar la libertad y la dignidad parecían ol-



vidados por este pueblo, cuando las formas más respetadas, hasta las del culto mismo, eran objeto de escarnio y menosprecio, si pensáis que en ese naufragio de toda conquista de carácter orgánico lo único que persistía y se observaba, en la medida en que era posible observar algún precepto en aquella atmósfera, eran las viejas reglas de procedimiento que heredamos de nuestros mayores, no podréis defenderos de un sentimiento de respeto por ellas y por aquellos que pasaron la vida en enseñarlas.

El Dr. Malaver ha sido, entre ellos, el primero de los obreros y de la primera hora. Su concepción fué no sólo la del hombre bueno y justo que era, sino la del ciudadano ilustrado que, tras de toda tarea, vé siempre el fin sagrado, el bien de su patria. El Dr. Malaver comprendía que su misión no era sólo profesional, que se trataba de algo más que de enseñar a jóvenes letrados la manera mejor de defender los intereses que les fueron confiados. Esa puede ser la preocupación exclusiva de un profesor de procedimientos en cualquier nación europea. Entre nosotros, el estudiante de derecho no es sólo el abogado, o el juez futuro, es el estadista, es el hombre de gobierno, pues con raras excepciones, más raras aun en tiempo del profesorado del Dr. Malaver, todos aquellos que están llamados a regir los destinos del país, llevan el título que esta Facultad acuerda. Todos los que recuerdan su enseñanza en la Cátedra, no han olvidado su palabra clara y metódica, apropiada siempre al fin buscado, elocuente en su serena sencillez. No había brillo en ella, ni el orador, caso tan común en nuestra

temperatura intelectual, tenía que luchar contra el ardor de su imaginación o dejarse arrastrar por él, desvirtuando así el tono de su arenga, determinada por su objeto. Pero en su tranquila exposición, ¡qué caudal de ejemplos, qué rutas dignas y luminosas abiertas ante los espíritus jóvenes que le oían, preparándose para la difícil cruzada! Era el maestro en la más amplia acepción de esa voz admirable que no sólo designa al que sabe y enseña, sino también al que forma y al que dirige. La influencia de esos hombres de alto valor moral, que justificaban su enseñanza con su propio ejemplo, y que en cuya primera fila se encontraban los Dres. Moreno y Malaver, para hablar sólo de los que partieron, se ha hecho sentir por largo tiempo y se siente aún en nuestro foro; la tradición implantada por ellos ha persistido en esta Facultad, y las dos figuras simbólicas que reciben al estudiante que llega a sus puertas, son para él una garantía, que en esta casa donde se enseña la ley, se aprende también la propiedad.

He nombrado hace un momento al Dr. Moreno y ¿cómo podría no nombrarle, hablando del Dr. Malaver? Pocas veces ha existido una vinculación más estrecha entre los hombres, con cierto tinte de afectuosa subordinación, de admiración entusiasta y apasionada, de parte del más joven hacia el otro. Para el Dr. Malaver, Moreno era una de las inteligencias más vigorosas al servicio de uno de los caracteres más nobles, que haya producido nuestro país. Muchos años después de la muerte del ilustre civilista y en los últimos de su propia vida, el Dr.

Malaver solía narrarme anécdotas de la vida de Moreno, incidentes del comienzo de su profesorado en la Universidad, cuando acababa de colgar la espada, peripecias de su carrera forense y política, que atestiguan la veneración que conservaba por el amigo perdido. El hecho es — y los que fuimos sus discípulos podemos afirmarlo — que si el medio social y la atmósfera intelectual hubieran determinado la aplicación exclusiva de las facultades extraordinarias del Dr. Moreno a su aptitud no menos excepcional para dominar la ciencia jurídica, nuestro país habría contado entre sus hijos a uno de los primeros jurisconsultos del siglo, y nuestras letras, con obras fundamentales de derecho, fuente de consulta para propios y extraños. Las dificultades primeras de la existencia, más tarde la polifurcación propia a la vida pública entre nosotros, la política después, y por fin una muerte prematura, como tantas otras que en este último cuarto de siglo han empobrecido tanto el intelecto argentino, nos privaron del maestro incomparable, cuyo primer y último cariño fué esta Facultad de Derecho, que dirigió desde su nacimiento, a la que consagró sus últimos esfuerzos y sobre la que, desde la forma de bronce en que vive su recuerdo, velará eternamente con la autoridad de su memoria. Frente a él, el amigo de todas las horas y el compañero de todas las tareas, extenderá también sobre esta casa la protección serena y tranquila, propia de su carácter justo y bueno, y si este sueño eterno de los hombres, de persistir más allá de la muerte, es una verdad adivinada por el alma en su aspiración infinita, los dos espí-

ritus cuyas imágenes corpóreas aquí consagramos, han de velar por los destinos de este pueblo que tanto amaron.

Si esa aspiración, como el espectáculo entero del Universo parece quererlo demostrar, no es sino una deliciosa fantasía del espíritu, si todo termina en la tierra, y bien! levantemos altivamente la cabeza y sin necesidad de promesas de una vida futura, ajustada a nuestros méritos, bástenos como recompensa el profundo y noble orgullo humano de haber desprendido, como diamantes incorruptibles, de nuestra vil y grosera naturaleza, para venerarlas, esta noción del deber y esta virtud exquisita de la bondad que, si no son de origen divino, es de sentirlo por la Divinidad.

He dicho.

---

## Carlos Pellegrini (1)

Una deficiencia del carácter. — El obrero y el candidato. — La Vida de Pellegrini. — Campos de batalla, parlamentos, ministerios. — Pellegrini el 90. — La presidencia. — Pellegrini y el Presidente Sáenz Peña. — La candidatura local. — Pellegrini en el Senado. — La ley de conversión. — La ley de quiebras. — La ley de capellanías. — El fondo de conversión. — La abolición del impuesto adicional y disminución de los municipales. — La ley electoral. — Las autonomías provinciales. — La unificación. — La ola turbia. — El más grave problema argentino. — El único remedio. — El consejo de Booker Washington.

### SEÑORES:

Hace treinta años, tracé una ligera silueta del Dr. Pellegrini cuyos rasgos generales han revivido en mi memoria al sentarme a escribir este trabajo. Podría servir hoy mismo para reflejar su carácter, como algunos retratos juveniles, con sólo ahondar los surcos que marca la vida, rendirían con exactitud la fisonomía del hombre maduro. En aquella silueta notaba en Pellegrini algo indefinible, algo que dejaba incompleta la obra fuerte y robusta

---

(1) Incluyo esta conferencia, a pesar de su carácter político, en el presente volumen, porque, releída una vez pasada la lucha y calmados los ánimos, he encontrado que mi juicio sobre el carácter, la inteligencia y la actuación del Dr. Pellegrini, era tan justo ayer como hoy. Lo mantengo, pues, como un homenaje al ciudadano de las vigorosas y fecundas iniciativas.

Si he suprimido algunos párrafos más apropiados a la polémica política que a la tranquila lectura del libro, no es porque envolvieron cargos injustos ni juicios hoy abandonados, sino porque, a mis propios oídos, desentonaban un poco, en la atmósfera serena.

que la naturaleza había querido hacer al modelar ese cuerpo de aristas angulosas y enérgicas y alojado en él una inteligencia de extraordinaria actividad. Cual fuera esa deficiencia, no saltó entonces a nuestros ojos; pero el tiempo que pone a descubierto las raíces del carácter como las de los árboles, me ha revelado en qué consiste. El organismo del Dr. Pellegrini es refractario no sólo al rencor, sino a una forma más atenuada, la memoria de la ofensa. El Dr. Pellegrini olvida el mal que se le hace con la misma facilidad que otros el bien. Me diréis que es una condición amable: no hay duda, pero en un hombre público, persisto en creer que es una deficiencia. Imponer un poco de temor es siempre saludable. Y para hacer una aplicación práctica de estos preceptos poco evangélicos, si el Dr. Pellegrini hubiera contestado siempre golpe por golpe — recordado en todo momento los recibidos, — si contaran con su habitual magnanimidad, ¿creéis que muchos de los que hoy le combaten con una impudencia que asombra, creéis, señores, que se habría atrevido a lanzarse a una campaña en la que ha podido dejar el poco concepto público que le queda?

Pero ya que el Dr. Pellegrini olvida mucho lo que le convendría tener siempre presente, su manía de mirar al porvenir y poco al pasado, justo es que una voz amiga lo recuerde en esos momentos en que el pueblo toma su nombre, con el arma más formidable, para combatir el fraude, la corrupción y la ineptitud.

Cuando un obrero se presenta pidiendo trabajo, necesita justificar su idoneidad en el oficio que pretende ejecutar. Paréceme que si esa garantía exigida por el dueño o patrón de una fábrica, es indispensable en la vida industrial, es más necesaria aún en la vida nacional. El patrón, en este caso, es el pueblo, y él es quien debiera imponer la exhibición de su hoja de servicio a todos y cada uno de los candidatos que solicitan sus sufragios. En ella se verían los títulos que tienen, los esfuerzos que cuentan a su activo en obsequio del bien público y la sólida pureza de sus costumbres políticas, digna de inspirar la confianza suficiente para poner en sus manos los intereses y el honor del país. Si la ley impusiera ese hábito electoral, y la vigilancia popular velara por la sinceridad de la confesión exigida, tendríamos una curiosa eliminación de candidaturas. La lucha actual por ejemplo, se habría reducido a una cortés contienda entre dos partidos populares; en todo caso, si el oficialismo hubiera entrado también en acción, se habría visto obligado a hacer una elección de candidatos un poco más esmerada.

Lo que probaría una vez más, como lo sostienen algunos médicos viejos muy prácticos y que aplican sus conclusiones hasta a la patología social, que todo en este mundo se reduce a una cuestión de higiene.

No tengo la pretensión de presentaros en los pocos minutos que tenéis la bondad de concederme, la foja de servicios del hombre a quien os pedimos

nos ayudéis a llevar al senado de la nación. Hay nombres que son, no sólo un programa, sino también una página de historia. El de Pellegrini, fijado en las esquinas de su ciudad natal, evoca el recuerdo de una de las vidas más fecundas en bien para nuestra patria, entre aquellas que se han desarrollado en los últimos treinta años.

No, no os relataré esa existencia radiante de acción inteligente, que empieza a los veinte años ofreciendo a su país, en los campos de batalla, su sangre juvenil y entusiasta; que se desenvuelve y hace su aprendizaje político, en aquellas luchas cívicas de Buenos Aires de hace un cuarto de siglo, admirables de energía y de las que tan soberbiamente nos habló noches pasadas. No os narraré tampoco sus trabajos parlamentarios cuando por primera vez ocupó una banca en el Congreso, ni aquella situación del 80, en la que salvó, por su firmeza inquebrantable y la serenidad de su visión, la cohesión nacional, una vez más, como tantas en nuestra historia, amenazada por la pasión indomable y la altiva fiereza de esa provincia de Buenos Aires, nunca más respetable que hoy, entre los tristes velos de su callada amargura.

Todos sabéis que desde entonces, el país entero tuvo sus miradas fijas en él, todos sabéis que en cualquier dificultad política o financiera, el presidente Roca acudía al consejo de aquel cuyo criterio y energía apreciaba como nadie. Por fin, señores, la historia reservará un sitio de honor al ciudadano en cuyas robustas manos el destino, que reserva



días de grandeza a nuestra patria, hizo caer el poder, en aquellos luctuosos momentos del 90, en que, vencida en los hechos y triunfante en las ideas, una revolución acababa de sacudir al país hasta sus cimientos, complicando con la confusión política la más grave y peligrosa de las crisis financieras que hayamos atravesado. Allí se mostró el hombre, señores, en toda la fuerza de su inteligencia y la firmeza de su corazón; las conspiraciones minaban el terreno que pisaba, el descrédito del nombre argentino en el extranjero le oprimía el espíritu, privándole de todo recurso de gobierno, paralizadas como estaban las fuentes internas; todo era desconfianza a su alrededor y hasta los espíritus más firmes empezaban a vacilar. Fué en aquellos momentos, en aquella reunión histórica en la casa de gobierno a la que el presidente invitó a los ciudadanos más eminentes para oír su consejo patriótico; fué en esa reunión, señores, que Pellegrini contestaba a Del Valle, que pedía en el ardor generoso de su alma, garantías para el pueblo privado de sus derechos electorales: "Garantizo la libertad y el orden donde puedo ejercitar mi acción constitucional. En la capital de la república, quien no ejercite su derecho, es porque no quiere hacerlo. Si en algunas provincias, el régimen oficial ahoga la libre expresión del sufragio, nadie lo deplora más que yo; pero no atentaré jamás contra las autonomías provinciales, ni aun en obsequio de los principios".

Fué entonces, señores, que se vió este fenómeno curioso por su rareza, en nuestra historia política:

un presidente rechazado, indignado, el homenaje servil de gobernadores de provincia, que venían a poner a sus pies el decoro y las libertades públicas de los estados de su mando.

No me detendré tampoco a recordar, que la única intervención que tomó el presidente, en el acto electoral que debía designar su sucesor, fué, una vez proclamada por los elementos conservadores más representativos del país la candidatura de un ciudadano de altísima probidad política y privada, auspiciarla por el único medio que es dado emplear a un mandatario: conservando el país en orden y libertad.

No es este tampoco el momento de contar cómo fracasó la presidencia Sáenz Peña; cómo ese dignísimo ciudadano prefirió el abandono del poder a declararse cautivo obediente de un congreso dirigido, desde la sombra, por los mismos que hoy dan rienda suelta a los apetitos insaciables del actual en cambio de la sumisión política incondicional. Pellegrini sostuvo esa presidencia hasta tanto que los hechos, más fuertes que toda voluntad humana hicieron imposible la lucha al hombre honrado que ocupaba dignamente el sillón de Mitre y de Sarmiento y que vive hoy en su austero retiro, rodeado del respeto profundo de sus conciudadanos.

Y aquí, señores, llega la hora cuya responsabilidad pesará más sobre la vida del doctor Pellegrini. Cuando el gran partido a que pertenecía, cuando la opinión pública, consciente de las necesidades de país, le designaba para el actual período presiden

cial, él, con esa cándida lealtad hacia el compañero y el amigo, que crecía a medida que se intentaba minarla, creyó que el general Roca, con su experiencia y su enorme caudal de autoridad política, era el mandatario que convenía al país—y se entregó con su vehemencia habitual a la campaña decisiva. — La capital, la provincia de Buenos Aires, resistían a Roca; bastó una conferencia, la famosa del Odeón, para hacer posible la victoria del amigo en el campo electoral, como pocos años más tarde, sin tener en cuenta que la vieja vinculación estaba rota, bastó una carta, no menos famosa, para dar al presidente Roca el mayor triunfo de su gobierno, la paz internacional, digna y fecunda, que ha transformado la faz económica del país.

El doctor Pellegrini ha explicado su conducta en la conferencia del Nacional: a mis ojos, cometió en ese momento un grave error, no porque yo no creyera, como él, que el general Roca estaba en condiciones de hacer un gobierno de opinión y de progreso, sino porque a mi juicio, las exigencias de la situación de nuestro país, imponían entonces, como imponen hoy, una solución presidencial de alto vuelo, encarnada en un hombre capaz de darse cuenta de los problemas de orden social, político y económico, cuya solución se impone—y capaz también de encontrar en sí mismo y en su autoridad sobre la opinión, los medios de resolverlos.—Pero, señores, si fué un error, jamás un error más noble encontrará justificación en la vida de un hombre político.

¡Ya veis, señores! Sólo para recordaros la parte de la acción del doctor Pellegrini, que sale del cuadro que me he trazado, he empleado una buena fracción del tiempo de que dispongo. Permitidme, pues, entrar cuanto antes al tema del que más particularmente pensaba ocuparme.

Cuando la provincia de Buenos Aires enviaba al doctor Pellegrini al Senado de la nación, se creyó que ese hombre cuya inteligencia, hacía veinte años, estaba tendida como una cuerda que vibrara sin cesar, iba a gozar del reposo bien ganado después de ocupar todos los puestos públicos imaginables en nuestro país. Pero hay hombres para quienes el reposo sólo está en la acción, en el ejercicio de fuerzas mentales de tal intensidad, que parecen temer instintivamente toda suspensión de movimiento, como si fuera a traer una parálisis mortal. Es ese el caso de Pellegrini y el que estudie de cerca su organismo, uno de los más atrayentes para un psicólogo que gustara analizar cosas limpias, se dará cuenta y se explicará la manera vehementemente con que se ha arrojado a pelear muchas batallas, sólo porque se trataba de ideas queridas y aun cuando la simple y fácil expectación, hubiera sido la actitud más útil para él.

Esa actividad intelectual, señores, unida a una preparación única, puedo decir, para el arte del gobierno, preparación formada con la experiencia, los viajes, la reflexión y las desilusiones mismas, hacen que el doctor Pellegrini, donde quiera que se sienta, instale la cabecera; y la instaló en el se-

nado. Allí, durante los seis años que he sido testigo de su acción, le he visto desarrollarla con una amplitud de rumbos y una intensidad de eficacia tan singulares, que no vacilo en apelar al testimonio de todos los senadores de la nación, sin excluir uno solo de los que actualmente militan en campo adverso al nuestro, para afirmar que jamás, en nuestra historia política, un argentino ha servido **más** a su país desde una banca del congreso.

No pienso, señores, enumeraros prolijamente todos y cada uno de los trabajos parlamentarios del doctor Pellegrini; pero es bueno recordar a la ligera lo que ha hecho en el senado, porque tal vez eso justifique un poco nuestra pretensión de llevarle allí de nuevo—y quizá también el ejemplo de este recuerdo somero tenga imitadores y determine al adversario que tan fastuosamente nos combate, a someter a su vez, su foja de servicios a sus caros electores.

Creo que para los que son, entre los que me escuchan, comerciantes, ganaderos, agricultores e industriales, no me será necesario explicar la importancia trascendental que ha tenido para todos esos gremios, que representan la actividad económica del país, esa ley de conversión, cuya responsabilidad entera asumió el doctor Pellegrini, desde el primer momento y que hizo triunfar con su habitual empuje impetuoso, contra preocupaciones y apasionamientos interesados y contra opiniones sinceras, pero equivocadas. La estabilidad de la moneda, la justicia fundamental de fijar como va-

lor para la misma, en oro, el promedio de lo que en oro representaba para el extranjero, la tranquilidad del comerciante y del agricultor, el buen nombre del país mismo, cuyo crédito empezó a resurgir desde ese instante en el exterior, toda esa lluvia de beneficios, está de tal manera en la conciencia pública, que ésta ha ligado para siempre el nombre del doctor Pellegrini a esa medida salvadora. Basta recordar, señores, que por una abominable anomalía que aún hay ojos ofuscados que no quieren ver, el primer año de prosperidad agrícola de los que nos vienen deparando nuestro suelo y nuestra atmósfera admirables, habría sido, sin la ley de conversión, una verdadera catástrofe nacional. El segundo año, ningún arado habría vuelto a pasar sobre el maldecido surco del anterior, y en vez de este himno colosal de trabajo que se levanta de las pampas argentinas, y al que el mundo entero empieza a prestar el oído, tendríamos no sólo el vacío en esa caja de conversión, repleta hoy de oro, que es energía nacional acumulada, ¡y sagrada, señores!, sino también el silencio y la soledad en los campos de nuevo entregados a la barbarie. Los pueblos no pueden olvidar servicios como ese, y si el doctor Pellegrini no tuviera más que esa página en la historia de su vida, ella bastaría para hacer perdurar su nombre.

Es necesario, señores, que el doctor Pellegrini vaya al senado, para que continúe su tarea de solucionar una a una todas las cuestiones de orden jurídico, económico, político y social que tienen

que presentarse en breve, como solucionó, con una novedad luminosa que ha merecido el aplauso de muchos centros competentes del exterior, el grave problema de las quiebras, cuya legislación colonial, confusa y arcaica, era el azote del comercio argentino. Como solucionó esa otra rémora de nuestro progreso edilicio, ese rompe cabezas de las capellanías, llevando el contingente de su claridad de concepción a la iniciativa del laborioso diputado que emprendió la tarea de demoler el vetusto armatoste.

Es necesario, señores, que el doctor Pellegrini continúe en el senado, para que su voz de incomparable eficacia, se levante contra los gobiernos que para vivir en la holganza, persisten en mantener en plena paz, los impuestos exorbitantes que este pueblo consintió en soportar en momentos de patriótica angustia. Fué entonces, señores, dejadme recordarlo, en aquel instante en que creíamos la guerra inevitable, que las miradas agradecidas de todos los buenos ciudadanos, se dirigieron al hombre cuya inteligente previsión, habría conseguido acumular esos quince millones de pesos oro del fondo de conversión, que nos permitieron hacer frente con tranquilidad a lo que el honor y la seguridad nacional imponían. Podéis, doctor Pellegrini, poner también una señal honda en esa otra página de vuestra vida. Lástima grande, señores, que esos millones, al volver a nuestras arcas, por virtud de la paz misma que contribuyeron a conquistar, hayan servido para sastifacer apetitos desordenados,

en el reparto más irreflexivo que hasta ahora se haya hecho del presupuesto de la nación. . .

Fué, señores, el doctor Pellegrini el primero que levantó su voz pidiendo la abolición de ese 5 o/o adicional, impuesto de guerra, absurdo cuando la situación del país no lo justificaba.

Fué él también el primero en llamar la atención del gobierno, sobre la exorbitancia de los impuestos municipales que, haciendo de la vida del jornalero en la capital argentina, la más cara del mundo entero, alejan de nuestras costas al emigrante europeo, que es como quitar sangre a nuestras venas o savia a nuestra tierra.

Es necesario, asimismo, señores, que haya una voz en el senado que, cuando se presente una ley de carácter político, como la última, reglamentando el derecho electoral, recuerde con valentía que todos nuestros males han venido de la corrupción y del fraude y demuestre a los poderes públicos argentinos, que en la obra de regeneración que devolverá a este pueblo la conciencia de su dignidad, ellos pueden ser o los obreros más eficaces o los más funestos agentes de regresión. Conviene que haya quien dé, señores, esas batallas soberbias en obsequio de las expirantes autonomías provinciales, como la que dió en hora que, a pesar de todo, recordamos siempre con placer, el doctor Pellegrini por la provincia de Buenos Aires. Allí se salvó la dignidad de esa provincia argentina que, con el respeto que impuso al mundo, alejó la tentación de la codicia extraña sobre nuestro colosal patri-



monio territorial. Allí se impidió que la patria de tanto varón ilustre de nuestra historia, se convirtiera en un cacicazgo servil, como muchos de los que deshonran nuestro organismo. En esa hora suprema, el doctor Pellegrini no pidió garantías, ni exigió compromisos. De manera, pues, que el gobernante que con tanta energía ha ejercitado la independencia del corazón, como llama un moralista a la facultad de substraerse a las obligaciones morales que imponen su tiranía a la comunidad de los mortales, ha podido, con razón, sostener su derecho a asombrar a las gentes con su conducta.

El doctor Pellegrini se encontraba en Europa, señores, convaleciendo de una enfermedad que le había llevado a las puertas de la muerte, cuando el presidente Roca le escribió pidiéndole pusiera toda su actividad al servicio del plan de unificación de las deudas nacionales, que el gobierno argentino quería llevar a cabo. A pesar de la oposición de muchos de sus amigos que le pedían alejara de su espíritu toda preocupación, el doctor Pellegrini, comprendiendo la ventaja inmensa que esa operación traería al crédito y al erario de la Nación, haciendo desaparecer el caos de nuestros títulos, valorizándolos por la creación de un papel único universalmente conocido y economizando muchos millones en el servicio para dedicarlos a obras públicas indispensables; el doctor Pellegrini, repito, aceptó la indicación de su amigo el presidente y entró en la acción con su lealtad habitual. Todos vosotros recordaréis, señores, la controversia que

se originó y cómo tras ella, la pasión política, la mala, aquella que nada detiene, ni aun la barrera que debiera ser insalvable, del interés nacional, explotó el incidente, señalando la operación como un acto antipatriótico y un negocio. Todos recordaréis la solución inesperada, profundamente dolorosa bajo su aspecto moral, el golpe asestado sin aviso, en medio de la lucha y viniendo de donde era más inesperado, de allí de donde partiera la iniciativa por la que se daba la batalla.

Fué en ese momento, señores, que apareció, sobre la revuelta ola de la conmoción callejera ficticiamente promovida, la primera franja de turbia e impura resaca, salida de los bajos fondos, con tanta imprudencia removidos. El absurdo alboroto pasó, los hechos y las cifras se estudiaron de cerca; pero cuando la fría razón se dió cuenta de la ventaja que habría para nuestro país en presentar, como todas las naciones civilizadas, uno o dos tipos únicos de papeles de crédito, no era tiempo ya. La preocupación había triunfado y los que podían mejorar las cosas, evitaban cuidadosamente hacerlo. Lo único que quedó, señores, de esa peregrina campaña en la que, por ignorancia o mala fe, no poca gente conservadora tomó parte, fué el gérmen de este nuevo elemento político-social, cuya aparición en nuestras calles y en los clubs, preocupa hoy a esa misma gente como a todos los que saben adónde se va cuando empiezan a franquearse las puertas de los depósitos policiales. La pequeña franja de resaca, señores, ha cubierto la ola entera, que

avanza sombría y repugnante, para rodar sobre la limpia arena, algunas veces manchada con sangre, nunca con lodo, donde en otro tiempo librábamos nuestros combates electorales.

¿Es acaso, señores, que el peligro está en esas infelices víctimas, tanto de sus malos instintos como de la eficiente organización social, que hoy sirven de elementos inconscientes a los que pretenden confundirlas con el pueblo? Sería como responsabilizar a la mano que sustrae, en vez del ánimo que la dirige. El peligro está en los que emplean esos elementos y en los propósitos que deben acariciar, cuando de tales medios se valen para alcanzarlos.

Lo que yo temo para mi país, no es el predominio de un partido, cualquiera que éste sea, sino el de una empresa anónima. Así, poco importa que votéis, ciudadanos, por un republicano, un roquista, un radical o un autonomista, siempre que os fijéis en el hombre que con vuestro voto queréis llevar al congreso, en sus antecedentes y en la garantía moral que éstos ofrecen. Llevad hombres buenos, llevad hombres puros y probados, que el carácter vale cien veces más que la inteligencia y mil veces más que la habilidad.

Y observad, señores, cómo el instinto de conservación, cómo esa fuerza íntima que empuja a los organismos en el sentido de su desarrollo, mueve a este pueblo a buscar la solución de sus problemas vitales, cerrando desde luego el paso a aquellos que la harían imposible. El más grave de

los problemas argentinos, el que siempre preocupó a los más levantados espíritus de nuestra tierra, desde los albores de su vida independiente, ha sido el de la población. Al principio, la necesitábamos para luchar contra la barbarie, que golpeaba hasta las puertas de nuestras ciudades: hoy nos es más necesaria aún, si queremos persistir como pueblo, porque sólo se persiste cuando se progresa.

Hemos entrado ya en la lucha económica de las naciones y el nombre de nuestro país, hace veinte años conocido sólo en los mercados europeos como el de un deudor poco seguro, se menciona hoy como el de una de las fuerzas económicas con las que hay que contar. Pero al mismo tiempo que la extensión de la tierra cultivada aumenta entre nosotros en una proporción que merece el respeto del mundo entero por el esfuerzo de ese puñado de labradores vigorosos, perdidos en el ilimitado desierto feraz, el emigrante parece haber olvidado el camino de las costas argentinas, cuyo nombre en otro tiempo acariciaba su imaginación como un sueño de fortuna. ¿Cuál es la razón fundamental de ese fenómeno? El doctor Pellegrini, señores, la daba en uno de sus últimos discursos en el senado, precisamente en aquel en que pedía pan y carne barata para el pobre. No es que la emigración disminuya de los plebéricos pueblos europeos, cuya población, a favor de la prolongada paz y del mejoramiento de las condiciones económicas e higiénicas de vida, aumenta sin cesar: no es que otros países hagan esfuerzos colosales para atraerla, puesto que el que

en mayor cantidad la recibe, los Estados Unidos, está en vísperas de oponerle una barrera: no es que los salarios sean menores que en otras partes, pues el promedio es superior en nuestro país al de cualquier otro. Es que la vida, señores, se está haciendo materialmente imposible para el obrero, obligado a pagar la carne, ese alimento en otro tiempo gratuito de nuestra tierra, más cara a veces que lo que el obrero inglés paga la del animal nacido y criado en suelo argentino; es que el miserable cuarto en que cobija a su familia, consume la mitad de su jornal, mientras el resto apenas alcanza para alimentarla. Oídme, señores, abrid un momento vuestra inteligencia y vuestro corazón a mis palabras, porque estoy tocando el más alto de los temas políticos que deba preocupar a un argentino, el tema que afecta, por la cuestión obrera, a la más grave de las cuestiones sociales de nuestro tiempo.

Es en vano aferrarse a las antiguas ideas de resistencia y contra la reivindicación de derechos inviolables, apelar al gendarme, como en la vieja historia humana. ¿Creéis acaso que esas huelgas que a cada instante estallan entre nosotros, responden todas a maniobras de agitadores sistemáticos o descontentos caprichosos y sin base? ¿Creéis que el jornalero o el obrero, sólo por odio al capital o a la sociedad, consiente en ver a sus pequeños enflaquecer a veces de hambre, mientras la madre desolada, ante la sombría desesperación del hombre, no se atreve a separarse de él un solo instante?

¿Acaso no son seres humanos como nosotros, aca-

so no tienen vísceras que crujen de dolor como las nuestras y a veces más, porque el mundo de sus afectos es más circunscripto y profundo?

Los salarios altos, tan altos a veces que es imposible al capital elevarlos más, y la vida del obrero imposible: ¿conocéis un problema social más pavoroso? Pues ese es, señores, el nudo que debemos desatar, el eje único alrededor del que debiera girar toda la política del momento. Las huelgas, las reivindicaciones sociales legítimas, señores, no se resuelven apelando a la ley de residencia, que es una ley concebida y sancionada contra el crimen y no contra el derecho; no es movilizándolo el ejército y haciéndolo odioso a aquellos cuyo sudor fecunda nuestra tierra y crea la riqueza nacional. No hay más solución que una, señores: abaratar la vida del obrero, que es la mejor manera de elevar su salario, suprimiendo la mayor parte de los impuestos excesivos que, al pesar sobre sus artículos de alimentación, pesan indirectamente sobre él.

Así, de un sólo golpe, al resolver la cuestión económica interna, abriremos las puertas de nuevo a la ola bendecida y fecunda de la inmigración europea.

Pero, señores, no hay más que un medio práctico de hacer posible la reducción del impuesto: es simplemente la disminución del presupuesto. Ya hemos visto lo que al respecto han hecho en el último período, precisamente muchos de los que en estos momentos solicitan del pueblo la renovación de su mandato. Ya habéis visto señores, ante los la-

mentos, ante los gritos amenazantes y perdonables del jornalero que sufre, aumentar en ocho o diez millones de pesos, un presupuesto enorme ya, con el pretexto de la prosperidad actual del país! ¡Como si el aumento en el valor de los campos y el alza de los trigos en Europa, afectara la vida del obrero de otra manera que la de hacer más caro el pasto que se convierte en carne y la harina que del trigo viene!

Por eso os decía, señores, que el instinto de conservación de este pueblo, le hacía adivinar cuál era el problema fundamental, la esencial condición de su progreso: la disminución de los presupuestos suntuarios tanto en el orden nacional como en el de las provincias, para alcanzar la reducción del impuesto y con ella, la vida fácil del hombre de labor, la verdadera prosperidad, no la de los privilegiados, sino la del pueblo entero.

He ahí la razón por la que, al iniciarse los trabajos para la renovación presidencial, un solo nombre surgió espontáneamente, como la aspiración general, en todo el ámbito del suelo argentino. El hombre, la expresión de la voluntad de este pueblo, el único, capaz, por su probada e indomable energía, de poner una barrera al despilfarro de los dineros públicos y de levantar el país, con su experiencia y la amplitud de sus vistas, al nivel moderno del progreso, aquel al que se llega para siempre, subiendo los escalones de granito y no a saltos caprichosos y casuales. Todo lo indicaba para el primer puesto, señores, desde el amor de su partido

so no tienen vísceras que crujen de dolor como las nuestras y a veces más, porque el mundo de sus afectos es más circunscripto y profundo?

Los salarios altos, tan altos a veces que es imposible al capital elevarlos más, y la vida del obrero imposible: ¿conocéis un problema social más pavoroso? Pues ese es, señores, el nudo que debemos desatar, el eje único alrededor del que debiera girar toda la política del momento. Las huelgas, las reivindicaciones sociales legítimas, señores, no se resuelven apelando a la ley de residencia, que es una ley concebida y sancionada contra el crimen y no contra el derecho; no es movilizándolo el ejército y haciéndolo odioso a aquellos cuyo sudor fecunda nuestra tierra y crea la riqueza nacional. No hay más solución que una, señores: abaratar la vida del obrero, que es la mejor manera de elevar su salario, suprimiendo la mayor parte de los impuestos excesivos que, al pesar sobre sus artículos de alimentación, pesan indirectamente sobre él.

Así, de un sólo golpe, al resolver la cuestión económica interna, abriremos las puertas de nuevo a la ola bendecida y fecunda de la inmigración europea.

Pero, señores, no hay más que un medio práctico de hacer posible la reducción del impuesto: es simplemente la disminución del presupuesto. Ya hemos visto lo que al respecto han hecho en el último período, precisamente muchos de los que en estos momentos solicitan del pueblo la renovación de su mandato. Ya habéis visto señores, ante los la



mentos, ante los gritos amenazantes y perdonables del jornalero que sufre, aumentar en ocho o diez millones de pesos, un presupuesto enorme ya, con el pretexto de la prosperidad actual del país! ¡Como si el aumento en el valor de los campos y el alza de los trigos en Europa, afectara la vida del obrero de otra manera que la de hacer más caro el pasto que se convierte en carne y la harina que del trigo viene!

Por eso os decía, señores, que el instinto de conservación de este pueblo, le hacía adivinar cuál era el problema fundamental, la esencial condición de su progreso: la disminución de los presupuestos suntuarios tanto en el orden nacional como en el de las provincias, para alcanzar la reducción del impuesto y con ella, la vida fácil del hombre de labor, la verdadera prosperidad, no la de los privilegiados, sino la del pueblo entero.

He ahí la razón por la que, al iniciarse los trabajos para la renovación presidencial, un solo nombre surgió espontáneamente, como la aspiración general, en todo el ámbito del suelo argentino. El hombre, la expresión de la voluntad de este pueblo, el único, capaz, por su probada e indomable energía, de poner una barrera al despilfarro de los dineros públicos y de levantar el país, con su experiencia y la amplitud de sus vistas, al nivel moderno del progreso, aquel al que se llega para siempre, subiendo los escalones de granito y no a saltos caprichosos y casuales. Todo lo indicaba para el primer puesto, señores, desde el amor de su partido

hasta el respeto de los adversarios. ¡Cómo extrañar, pues, que al reunirse esa convención electoral, que imaginamos sería una alta y dignísima solución de paz y concordia entre los argentinos, se diseñara irresistiblemente el triunfo de la candidatura del doctor Pellegrini!

.....

También nosotros, señores, los que conocemos a fondo el alma serena y limpia de Pellegrini, deseábamos que una vez más, su mano robusta tomara el timón de la nave. ¡Era acaso para medrar, para alcanzar altas posiciones, como se ha insinuado miserablemente? Recordad, señores, la primera presidencia del doctor Pellegrini y buscad a su alrededor en los más elevados cargos, los nombres de sus amigos íntimos, aun de aquellos cuya inteligencia y carácter los hacía dignos de ocuparlos. No encontraréis uno sólo. ¡En cambio veréis los nombres de Vicente Fidel López, Julio A. Roca, Eduardo Costa, Juan Carballido, ido a buscar el primero en aquella cumbre de la consideración pública que, después de su muerte, sólo un argentino vivo ocupa, llamado el segundo por su autoridad y experiencia, representantes los dos últimos, conspicuo el uno, brillante el otro del partido político siempre combatido y siempre respetado y al que se invitaba, en esa hora suprema, a compartir la responsabilidad y el honor de la obra reparadora.

Hace algunos años, señores, un negro genial, con un corazón más hermoso aún que el cerebro, surgido de la noche de la esclavitud, para elevarse por su propio esfuerzo a la región más luminosa que

puede alcanzar el pensamiento humano, fué llamado a hablar ante un inmenso auditorio de blancos, hostiles seguramente en su mayoría a la desgraciada raza cuyos derechos iba a defender. En su discurso, Booker Wáshington, contó que una vez un buque, en medio del océano y después de haber sufrido una larga tempestad, sobrevenida en el instante mismo en que se agotaba su provisión de agua, vagaba por los mares, seguros sus tripulantes de sucumbir en breve bajo la sed, cuando vieron otro barco que se aproximaba. Pidieron agua desesperados! Por señales se les contestó del otro buque: "echad el balde donde estáis". No comprendiendo o dudando que a su horrible desamparo se uniera la burla, al indicárseles que bebieran agua salada, repitieron hasta tres veces su señal y por tres veces obtuvieron idéntica respuesta: "echad el balde donde estáis". Al fin lo hicieron, dándose cuenta que era agua dulce la que recogían y los salvaba. Se encontraban, sin saberlo, en el inmenso estuario que precede las bocas del Amazonas y en el que las aguas impetuosas del río gigante, vencedoras hasta del océano mismo en una vasta extensión, reinan sin rival. Y Booker Wáshington, señores, volviéndose a la asamblea en un soberbio movimiento oratorio, la incitaba a echar el balde al seno de esa raza negra, fecunda en energía y abnegación, para resolver muchos problemas económicos e industriales de su país.

Dejadme imitar al noble negro, señores. Estamos sedientos de libertad y de dignidad políticas. Y bien, no pidamos el agua que ha de aplacar nuestra sed, ni al barco que pasa ni al hombre que está

en el poder! Echemos el balde donde estamos, dejémosle caer en pleno pueblo, en el corazón de esa masa a veces lenta en comoverse, pero una vez en movimiento, irresistible como una fuerza de la naturaleza.

Ahí estuvo, ahí estará siempre la salvación, señores; como en el universo, ningún fenómeno que se aparte de las leyes naturales puede persistir, así en el orden social, ninguna combinación política puede prosperar si no se apoya allí donde está con el derecho y la fuerza, la fuente de vida.

De ahí ha de surgir, señores, encarnada en un nombre, la expresión de la voluntad de este pueblo, expresión de una trascendencia tal, que su influencia se ha de sentir por largos años de nuestra historia política.

---

## DISCURSOS

## Bienvenida

**A los marinos de la "Uruguay", en el banquete del Jockey-Club, el 3 de Diciembre de 1903.**

Los hombres de energía. — Nansen, André, Nordenskjöld, Larsen, Charcot. — Nuestros marinos. — Lo que llevaba la "Uruguay". — Nuestra estrella. — El papel de la marina en el desenvolvimiento argentino. — Sobral. — Al teniente Irizar y compañeros.

Señores: Es un privilegio no común y una virtud más rara aún, alcanzar a sacudir la fibra humana con tal intensidad, que en un instante pueblos sin relación casi y naciones sin vínculo, se sienten levantados por una ola de soberbia solidaridad y en un movimiento de profunda emoción, se tienden las manos a través de los mares y las montañas.

Esa electrización momentánea, ese contacto fugitivo con el ideal, son una necesidad de nuestra naturaleza, cuyas fuentes más puras refrescan y vivifican.

A vosotros, hombres de energía y decisión, debe la especie humana estos raros momentos de orgullo, a vosotros debemos estas sensaciones exquisitas que, durante unos días, nos han tenido en suspenso, asombrados de este bienestar moral y físico, pues hasta el aire que entraba a nuestros pulmones, nos parecía más sano y vigoroso, como si nos viniera de las regiones lejanas que habéis

sellado con vuestro valor. A vosotros, Dr. Nordenskjöld, capitán Larsen y compañeros dignos hijos de la patria de Nansen y de André, tan ilustre aquél en su triunfo, como éste en su muerte gloriosa, a vosotros que, siguiendo una tradición nacional — y para el primero, de estirpe — habéis ido silenciosos y tranquilos, a hacer trabajos científicos entre los hielos polares, con la misma serenidad con que en el laboratorio os inclináis sobre el microscopio. No íbais al polo ni turbaba vuestros espíritus la visión de la gloria reservada al primer mortal que ponga el pie sobre el punto ideal; para la ciencia, bien lo sabéis, esa hazaña tendrá poca importancia. Sois obreros de aliento trascendental, sois de la legión sagrada que desde el albor de la civilización sobre la tierra, viene acumulando elementos, que el genio humano ordena y clasifica, para emprender un día, cuando haya sonado la hora de la síntesis grandiosa, el estudio del problema supremo del origen, la naturaleza y el destino de la vida.

A esa falange pertenecéis vos también, doctor Charcot, como los abnegados compañeros a los que habéis hecho compartir vuestra fe y vuestro entusiasmo. Plácenos siempre cuando tendemos los brazos para estrechar algo con cariño, oprimir en ellos un pedazo de la Francia; hoy podemos en presencia de uno de sus buenos hijos, que perpetúa la alta tradición intelectual de su nombre, enviar a la nodriza de nuestras inteligencias, a la dulce y segura guía de nuestro gusto artístico, la expresión de nuestra veneración filial. Pero cuando regreséis a París, triunfante también en vuestra empresa,

decid allí que nosotros pensamos que cada pueblo en la tierra tiene su misión especial en la obra común de descifrar el eterno enigma; la intensidad de vuestra cultura, la penetración de vuestro genio científico, el material inmenso de estudio reunido en vuestros claustros laicos y vuestros maravillosos métodos de observación, os deparan la tarea de hacer brotar, del aparente caos del trabajo colectivo, el haz de luz que debe señalar la ascendiente ruta. Dejados, entre otras cosas, la región antártica; podemos decir de ésta lo que S. M. el rey Oscar de Suecia decía del polo Norte: está en casa. Con esta fe en el porvenir que, más que distinguir, embriaga a los argentinos y cuyas manifestaciones suelen hacer sonreír al extranjero, parecemos que no van a pasar muchos años sin que os enviemos los datos completos, para que los coordinéis en París, de la flora y fauna actuales y fósiles, corrientes magnéticas, fenómenos geológicos y demás objetos de vuestros amores, que recojan nuestros marinos en sus exploraciones de la zona polar, hasta allá por el grado 80 de latitud sur.

Y ya que tan nobles extranjeros se sientan a nuestra mesa y con nosotros comparten esta hora de alegría, permitidme, señores, que trate de explicarles por qué esta expedición de la "Uruguay", destinada a quedar en la aurora de nuestra historia de nación culta, como una de esas deliciosas leyendas griegas que se desenvuelven entre los amores de la tierra y bajo la sonrisa de los dioses, porque esta expedición ha conmovido tan profundamente las fibras más íntimas de nuestro ser.



No es sólo porque esa nave, que durante muchos años, cuando la defensa de nuestros ríos y mares nos llenaba de patriótica angustia, fué uno de nuestros pocos y frágiles elementos de defensa; no sólo porque la "Uruguay" haya sido transformada para su noble campaña en nuestros modestos talleres, donde no se sabía qué vibraba con más profundo amor, si el espíritu que dirigía la transformación o las callosas manos de obreros que la ejecutaban; no es sólo porque todos los que la tripulaban eran sangre de nuestra sangre y alma de nuestras almas; no sólo porque no vacilaron un segundo, ni abultaron la empresa y conservaron, aun en el momento de la despedida, su briosa y juvenil sonrisa. No, señores; hay algo más, un poco obscuro y confuso, pero que siento moverse sorda y gozosamente allá en el fondo de mi ser, como creo debéis sentirlo todos vosotros. Paréceme ver el brillo sereno y persistente de una estrella que, plantada en pleno cielo, anima a este pueblo a seguir su marcha hacia la luz. Paréceme que en este incesante juego de las cosas humanas, que forma la trama de la historia, está nuestra hora por sonar.

Hemos fijado las fronteras del patrimonio espléndido recibido en herencia—y por ello sean bendecidos nuestros mayores — ofreciendo, con Chile y el Brasil, a la América entera y un poco a la misma Europa, el mayor ejemplo de prudencia y cordura que tal vez presentan los anales del derecho público y hemos festejado la paz así conservada, cruzando, con el surco fecundo, en sólo el año que

concluye, más de tres mil leguas cuadradas de tierra. No hace aún diez años, abocados a un conflicto internacional que creímos inevitable, nos lanzamos con fe a improvisar una escuadra, llamamos a nuestros marinos y mostrándoles en el cielo la estrella que brillaba siempre y sobre la tierra un pueblo entero que en sus manos ponía su destino, les exigimos el colosal esfuerzo de crear, en poco tiempo, bajo su triple aspecto técnico, práctico y militar, la marina de guerra de la república, que el pueblo costeó con el sudor de su frente. Nunca, señores, un fuego más intenso calentó corazones e iluminó inteligencias; el alto ejemplo de los jefes, inclinando sus cabezas felizmente juveniles todavía, sobre los libros y sobre las máquinas, electrizó a todos y bien pronto se dominaron los mares de la patria y se encaró el porvenir con confianza y con firmeza.

Es por eso, señores, que cualquier éxito de nuestra marina, simboliza para nosotros el brillar perenne de la estrella protectora, y es por eso también y porque en días de angustia nos devolvió la tranquila conciencia de nuestra fuerza, que nunca debemos consentir, por más que se prolonguen los bendecidos días de la paz, en que pueda peligrar la institución. Su papel está marcado en la armonía de nuestro desenvolvimiento: como en otro tiempo, y aun hoy mismo, el ejército argentino, recorriendo el vasto suelo nacional, fijó, con su esfuerzo y con su sangre, en los puntos extremos, los primeros jalones de la civilización; así nuestros marinos, libres de la preocupación de la guerra,

balizan nuestros ríos, estudian nuestras costas, se unen al movimiento científico universal, y cuando saben que un grupo de hombres buenos, perdidos en los hielos polares, están en peligro y necesitan auxilio, vuelan en su socorro y nos los devuelven sanos y salvos, para que sean honrados como merecen, en su patria y en el mundo.

Y si recordáis que entre ellos se encontraba uno de nuestros hijos, que en el arrojado de su juvenil entusiasmo marchó al polo como hubiera marchado a un abordaje, el mismo que al lado de estos héroes tranquilos mostró que la sangre latina, que canta en la alegría, sabe también resistir en la penuria, si recordáis que a bordo del "Antartic" iba un argentino, no extrañaréis que en el fondo de la austera sensación del deber que animaba el corazón de los tripulantes de la "Uruguay" vibrara una nota íntima de ansiosa ternura, que no es por cierto lo menos atrayente de esta aventura exquisita.

Comandante Irizar, oficiales, marinos todos de la "Uruguay" y entre ellos, sin distinción, como uno de nuestros hijos, el noble joven chileno que pidió en nuestras filas un puesto de honor y de peligro, os estamos profundamente agradecidos de vuestro éxito. Ha sido rápido, inaudito, inesperado, como lo es a veces, en medio del combate, uno de esos ataques violentos e irresistibles en los que se va, con conciencia, al encuentro de la muerte o de la victoria. La última os ha sonreído, pero pudisteis encontrar también la primera, bajo su aspecto más terrible, en la soledad, en el sufrimiento, lejos del mundo habitado y hasta lejos de la luz,

es el último consuelo de los que dejan la vida. Pero eso lo sabíais y marchásteis sin vacilar; ese es el honor imperecedero que irá unido a vuestros nombres, mientras surque los mares un barco ondeando al tope el pabellón azul y blanco.

## Bienvenida

(Al Dr. Manuel A. Montes de Oca, en la noche del 26 de  
Marzo de 1903)

El verdadero vínculo. — Amancio Alcorta. — Su acción en el gobierno. — La justicia póstuma. — La comisión argentina en Londres. — La labor de Montes de Oca. — Los hombres nuevos. — La nota Drago. — Una excursión provechosa. — El ideal inglés. — El voto de todos.

Señores: Cuando se me pidió que fuera el intérprete de los sentimientos que han movido a tanta gente de valer, a hacer esta manifestación al doctor Manuel Augusto Montes de Oca, mi única objeción fué recordar los lazos de parentesco que con él me unen. Se me contestó que esa objeción había sido tenida en cuenta y eliminada al hacerseme el pedido. Habiendo cedido solamente, al presentarla, a una preocupación social, me incliné. Por lo demás, es difícil que haya alguien, entre los presentes, salvo quizá los de origen sajón o escandinavo, que no sea pariente del doctor Montes de Oca. En efecto, una simple operación aritmética demuestra que, en el espacio de ocho siglos, sólo en el transcurso de tiempo que nos separa de la primera cruzada, cada uno de nosotros ha tenido nada menos que treinta y cuatro millones de abuelos. Si no hubiera varios millones de éstos que, genea-

lógicamente, hacen, respecto a nosotros, servicio ancestral doble, toda la materia que existe en este nuestro pequeño planeta, no habría bastado para suministrarnos antepasados. De manera, pues, que siendo todos un poco parientes por la sangre, grado más, grado menos, cualquiera que se hubiera encargado de esta mi grata comisión, se habría encontrado en mi mismo caso. Así, lo que aquí cuento, no es ese vínculo accidental, es el otro, el hondo, el real y profundo, el que nos liga y estrecha a todos, como a hijos de la misma madre, el que nos congrega aquí para acariciar con palabras de afecto, al gentil hermano que la ha defendido con toda su inteligencia, con todo su corazón y con prudencia superior a sus años.

Y es porque las circunstancias me han permitido seguir de cerca la acción de los ciudadanos que sostenían ante el gobierno de S. M. B. los derechos argentinos, es porque en muchos casos recibí las confidencias del que por largos años sobrellevó, con espíritu animoso la responsabilidad de la negociación más difícil, tal vez, del último medio siglo, que he sido designado para reemplazarle. Porque estad seguros, señores, que, rotos los vínculos oficiales, él se habría hecho un honor en poner de relieve ante el país, con toda su autoridad, la acción del doctor Montes de Oca y de sus compañeros. Y ya que el nombre del doctor Alcorta se presenta insistente en este acto a mi memoria y en mi corazón y como mi misión en este instante es seros grato, dejadme recordar, doctor Montes de Oca, ese hermoso ejemplo de patriotismo, que llevó a un hombre de hábi-

tos tranquilos y estudiosos, no sólo a la controversia diplomática, tan llena de silenciosas amarguras, no sólo al debate parlamentario, en el que hay que combatir casi siempre en esas materias, a la nerviosidad y a la impaciencia, sino a la vida angustiosa del que, anhelando con toda su alma la paz para su patria, comprende que hay, para conservarla, precios que no se deben, que no se pueden pagar. Y así, pidiendo, no a voces como nosotros en el parlamento y en la prensa, sino con el insistente apremio de todos los momentos, a los distintos jefes de gobierno a quienes servía de consejero, que el brazo del país se armara, para que este pueblo, deshabitado de la guerra, volviera a recuperar su temple histórico, vió, supremo consuelo antes de dejar esta tierra que tanto amó, a su patria pronta a la lucha, si ella venía, y resuelta a todos los sacrificios. Desde ese día, la paz fué posible, qué digo, la paz se impuso, porque en ambos lados de los Andes se vió, como si la hoguera próxima a encenderse reflejara ya su luz en los espíritus, que el absurdo trance a que se llegaba no era una solución, sino un eslabón más en la cadena de la vieja barbarie americana, que creíamos haber roto para siempre y que nos aherrojaba aún, como cuando buscábamos constituirnos a lanzadas. La paz se hizo y si fué fácil hacerla, fué porque, durante diez años, Alcorta, en su puesto, inflexible dentro de su plan de justicia y de firmeza, había eliminado una por una las dificultades que nos la habrían hecho inaceptable. El azar caprichoso de la vida que se extingue y renace en nuestro globo a la manera del

fuego fatuo que brilla aún a nuestros ojos y ya no existe, nos arrebató a Alcorta cuando la hora de la recompensa llegaba. Otros dirigieron la negociación y ellos están en el deber de decir al país, algún día, cuán abierto y despejado encontraron el terreno en que iban a combatir, la Patagonia libre de pretensiones, la jurisdicción argentina reconocida allí donde el esfuerzo argentino había llegado, el adversario habituado al rechazo inmediato y enérgico de toda demanda excesiva en la forma y en el fondo. Entonces, cuando todo eso sea conocido, entonces resaltarán, a la plena luz de la justicia histórica, que si hoy tenemos la patria honrosa y definitivamente constituida, si hoy nadie nos discute ni las pedregosas laderas de la Puna, ni los ricos valles de la cordillera, defendidas aquéllas con no menos tesón que éstas, parte y no pequeña fueron en echar esa sólida base a nuestra grandeza futura, Amancio Alcorta y sus colaboradores.

Entre ellos, doctor Montes de Oca, fuísteis uno de los más constantes y empeñosos, buscando, ya en las fuentes históricas de nuestro derecho, ya en la exposición clara y severa de los antecedentes de la controversia, los elementos que debían ilustrar la conciencia del país, para darle firmeza y constancia, y la opinión del mundo culto, que al fin había de rendir justicia, como rindió, a la altura de nuestros propósitos y a la honestidad de nuestros proceder. Vuestros trabajos sirvieron de base a más de un vigoroso alegato de nuestra cancillería y los hombres sobre quienes pesaba la gran responsabilidad, de tal manera apreciaron



vuestra excepcional preparación, la fuerza de vuestra lógica y vuestra impecable cultura, que cuando se trató de enviar a Europa el consejero prudente que debía auxiliar a nuestro representante ante el árbitro, a pesar de vuestros pocos años, a pesar de no haber hecho resonar vuestro nombre en la destemplada vocinglería de la política, fuísteis el elegido. Pronto entrasteis en acción, a las órdenes del caballero cumplido que continuando la honrosa tradición de su nombre, nos representa en Inglaterra con tanta autoridad moral y rodeado de tantas y tan altas simpatías. Con vos iba y allí desplegó también las energías de su temperamento, en servicio del país, nuestro impetuoso perito, cuyo empuje físico y moral le hace vivir, ora con el cuerpo, siempre con el espíritu, entre los ventisqueros salvajes y las cumbres desoladas de los Andes.

Más tarde y próximo el momento supremo del fallo, fué a unirse a vosotros otro patriota prudente y ecuánime, el senador Virasoro, llevándoos el inapreciable concurso de su fuerte convicción, de su competencia científica y de su consejo siempre moderado, pero siempre eficaz. Y en tanto que ese grupo de argentinos expectables buscaba, allá en el extranjero, en la luz de sus cerebros y en el calor de su amor patrio, el argumento que convence y subyuga, otros, anónimos casi, en comisiones oficiales unos, atrevidos exploradores éstos, valientes *pioneers* que se internaban en el áspero desierto de piedra para plantar en él y para siempre la primera bandera azul y blanca, colaboraban a la acción común, movidos por el mis-

mo noble y vigoroso impulso. A ellos, señores, a los humildes, a los soldados que cayeron en los felizmente raros encuentros de la larga contienda, a los guías silenciosos y abnegados que conducían por la buena vía a nuestros ingenieros y geógrafos, un recuerdo de gratitud y de cariño.

En esa labor asombrosa de la comisión argentina en Londres, nadie habría conocido la parte que os correspondió, a no haber sido revelada por vuestros mismos compañeros.

Ellos hicieron públicos vuestros profundos estudios, vuestra incansable tenacidad en la preparación de los dos vigorosos alegatos argentinos, uno de los cuales, el último, aquel que, según las opiniones más autorizadas, mayor impresión favorable produjo en el ánimo de la comisión arbitral, fué vuestra obra capital. No son esas empresas que traen la popularidad; un discurso en un club político, una improvisación parlamentaria o un feliz artículo de diario, dan mayor relieve a una personalidad, que esos trabajos serios y meditados, en los que un hombre pone toda su inteligencia y todo su corazón, porque tocan cuestiones que afectan la integridad y el honor de la patria. Pero ellos forman los ciudadanos aptos para el gobierno, familiarizándolos con las altas responsabilidades y dándoles el hábito de la reflexión madura antes de adoptar las resoluciones definitivas. Y es por eso que, todos los que os rodeamos en este momento, os saludamos con no poco egoísmo patriótico y mayor alegría, si cabe, como a uno de los más en breve llamados, entre los jóvenes, para ir a ocupar en los

altos cargos públicos, los sitios que vayamos dejando aquellos a quienes el reposo empieza a llamar con su voz nunca impunemente desobedecida.

Y a fe, señores, que el momento es único para la aparición en la escena política de los países americanos definitivamente constituídos, de nuevos elementos de gobierno, de criterios más posiblemente impregnados de la moderna concepción del derecho. Es necesario, para no tener que afrontar conflictos que la inmediata y amarga experiencia de un pueblo hermano y desgraciado ha hecho posibles, vigilar sin descanso nuestra acción y la ajena, vigorizar nuestros elementos de defensa, recordando que es condición humana, tributar mayor respeto al derecho que con más energía se defiende. Esa será la obra de aquellos hombres de nuestra generación, doctor Montes de Oca, que, en no lejanos días, echarán sobre sus hombros juveniles y robustos, el peso del gobierno del país. El rumbo, en lo que se refiere a nuestras relaciones con los pueblos cultos de la tierra, ha sido dado ya, precisamente por el más joven de los argentinos que haya jamás hablado en nombre de su patria. El doctor Drago, en un documento que será un honor para su carrera y en el que la altura del concepto rivaliza con la cultura de la forma y la firmeza del fondo, ha condensado con rara felicidad las ideas sostenidas en todo tiempo por nuestro país y sustentadas por los principios universalmente consentidos del derecho público.

Entiendo que esa nota, señores, sobre la que tan curiosos comentarios se han hecho a pesar de

su nitidez cristalina, no importa, y por eso la aplaudo, ni sujeción política, ni sujeción económica a nación alguna del mundo. Es un simple acto de soberanía, por el cual el gobierno de un país manifiesta la interpretación que da a un sistema político enunciado por otro. Es exactamente lo que, antes que nosotros, en esta misma emergencia y ante la misma potencia americana, hicieron algunos gobiernos europeos. Por lo demás, nada puede desviarnos de nuestra ruta natural; pagaremos nuestras deudas, como lo hemos hecho siempre, venderemos nuestros productos a quien nos los compre mejor, comparemos lo necesario a quien nos lo venda más barato, y nos vincularemos con toda nuestra inteligencia y todo nuestro corazón, a aquellas naciones que nos envíen más hombres para poblar nuestros desiertos y más capitales para fomentar nuestras riquezas. Es que esos rumbos, señores, no se fijan nunca bajo el imperio de la pasión ni están sujetos al capricho de la fantasía; la línea a seguir la señalan, de invariable manera, los intereses permanentes del país. Si queréis conocerlos, doctor Montes de Oca, si queréis discerniros un premio y un descanso grato a vuestros trabajos, os invito a recorrer un poco vuestro país, antes que concluya la maravillosa actividad que en él reina y entre ésta, como la naturaleza, en el reposo invernal. Dejad el norte conocido, esas praderas naturales, célebres en el mundo entero por su no igualada feracidad y en las que pacen ganados de regia estirpe; dejad las ricas llanuras del sur, transformadas ya por el esfuerzo de nues-

tros padres; dejad también para más tarde el recrear vuestros ojos en el manto de oro tendido sobre el suelo de Santa Fe, por la mano bendecida del extranjero; id rectamente al oeste, a nuestro Far West tan áspero y salvaje como el del norte, y vereis surgir, en puntos cuyos nombres, símbolos de barbarie irreductible, traían a la memoria hace diez o quince años, recuerdos sangrientos y dolorosos de hecatombes y luchas con el indio, de las entrañas del suelo, la riqueza a raudales y sobre él, un pueblo nuevo y vigoroso, ebrio casi de su fe en el porvenir y que renueva, con ruda energía, el culto ancestral por la tierra y el arado. Esas montañas de cereales, esas riquezas ganaderas incomparables, son y serán, porque deben serlo, las directoras de la política internacional argentina. Y si lo fueran por fortuna también, señores, de nuestra política interna, si los que crean conflictos y agitaciones, inexplicables, dentro de un año fueran a serenar sus perturbadas conciencias ante ese cuadro tonificante del progreso del país, pienso que las cosas no andarían menos bien de lo que andan.

Llevad con vos muchos hombres jóvenes en esa excursión, doctor Montes de Oca, para que volváis saturados de la convicción de que lo único que este país pide a la política y a los que de ella se ocupan, es que no pongan trabas a su desenvolvimiento. Vuestro espíritu responderá a ese llamado de la actividad del hombre y de las fuerzas vivas de la tierra, ansiando, como todo lo creado, por surgir a la luz y prosperar, porque venís prepa-

rado para comprenderlo. Habéis vivido algunos años en el seno de ese pueblo inglés, tan enérgico y positivo, casi diría tan romano. El ideal, para él, no es la concepción vaporosa que vive en las regiones puras del espíritu: es la marcha real hacia adelante, la dominación, el triunfo, y tras él, el fruto noble de la victoria, la organización de los pueblos vencidos, su transformación en fuerza productiva, y, lentamente, su encaminamiento a la libertad. No hace ese pueblo flotar su bandera sobre los mares y los desiertos como un símbolo de redención; pero allí donde ella flamea, algún día imperarán el bienestar y el orden, reinando sobre hombres y no sobre esclavos.

Ese espectáculo y el estudio de esa política tradicional, son excelentes para equilibrar y ponderar nuestras ideas latinas en materia de gobierno y administración, dándoles cierto lastre que las obliga a marchar, con su habitual agilidad, pero sin apartarse mucho de la tierra. No dudo que habrán completado en vos, la excepcional preparación que debéis a vuestros hábitos de infatigable y perseverante estudio.

Llegáis al país, doctor Montes de Oca, en un momento de grata expectativa. Resueltas todas nuestras controversias de límites y fijadas las fronteras de nuestro patrimonio, coincide la tranquilidad con que miramos el horizonte internacional, con el renacimiento de nuestro crédito en las plazas europeas, la conclusión de la crisis económica interna y la asombrosa perspectiva, vislumbrada a través de la cosecha actual, de lo que el trabajo del

hombre puede hacer producir a nuestro suelo. Todos tenemos el derecho de esperar que la cuestión presidencial se resuelva dentro de los anhelos de dignificación política de que está sediento este pueblo. Que en la marcha ascendente que el destino parece reservar a nuestra tierra querida, tengáis, doctor Montes de Oca, la acción a que os llama la sangre de patriotas que corre en vuestras venas, vuestra alta inteligencia y la nobleza de vuestro carácter, es el voto de todos los que os rodean en este instante y en cuyo nombre os doy mi afectuosa y muy cordial bienvenida.

## En la tumba de L. V. López

Señores: En nombre de la vinculación fraternal que, por cerca de un siglo, ha unido a los que llevaron y llevan el nombre de López con los que llevaron y llevan el mío, en nombre de ese cariño inalterable, cimentado en los largos destierros, en las luchas políticas, en los triunfos comunes y efímeros de la vida intelectual, en las esperanzas de nuestros hijos, que tienen ya fuertemente entrelazados sus corazones de diez y ocho años, en el nombre de los amigos que juntos escalamos la cuesta áspera, vengo a dar el último adiós al más brillante de entre nosotros, al más ponderado, tal vez, y ante el cual se abría el horizonte más vasto y seguro.

Ha caído, rindiendo culto a este resto de barbarie que predomina en nuestro organismo social, que todos condenamos y que nos domina a todos, por poco que nuestra fiereza natural se yerga ante la razón. El, más que nadie, lo comprendía así y su espíritu dulce y claro, se rebelaba contra esos extremos sangrientos y absurdos que nada solucionan, ni nada pueden solucionar en la vida.

Llevaba un nombre de patricio, la naturaleza había difundido la luz en su cerebro y en su alma toda el sentimiento, el gusto exquisito del artista; su consagración al estudio había levantado su inteligencia a una altura de ilustración rara entre nos-



otros, su labor de veinte años le había conquistado la independencia y el tranquilo decoro de sus viejos días. ¿Qué le faltaba? El valor, decían aquellos a quienes su acción en la vida pública había lesionado. Como si el valor no estuviera en esa misma acción, elevada y digna, determinada por un alto concepto moral y perseguida con firmeza a través de los obstáculos y a través de los peligros. Creían incompatible tanta cultura, tanto don envidiable, con esa energía momentánea y vulgar, que consiste en dominar los nervios ante un peligro material. ¡Como si a medida que se levanta el alma, no se levantan también los nobles gérmenes que encierra! ¡Ahí le teneís: ha afrontado la muerte con la misma serenidad que afrontó la vida y ha muerto sonriendo tristemente del absurdo de su propia acción!

Algún día, con el cerebro más tranquilo y el corazón menos angustiado, trataré de decir todo lo que hemos perdido, todo lo que el intelecto de mi patria ha perdido con la muerte de Lucio V. López, lo que habría producido, allá en los años de retiro, después de la ruda faena del deber, que los que llevan su nombre emplean en legar a la posteridad páginas que son lecciones para el que piensa, modelos para el que crea. Entonces trataré de bosquejar ese carácter, dulce y bondadoso en el fondo, alegre e infantil en su constante expresión chispeante, entonces también dibujaré al incomparable artista, modelando su frase siempre fresca y siempre nueva, al profesor, al estadista, al historiador.

Hoy, no puedo hablar sino del amigo. Juntos nacimos en la tierra del destierro, en el último rincón donde nuestros padres, bajo la bandera argentina, defendieron con las armas y la pluma, la libertad y la dignidad de la patria holladas por un salvaje. Juntos crecimos ante esos ejemplos y juntos también volvimos al suelo patrio, después del bendecido día de Caseros. Como si nuestros destinos debieran correr unidos, juntos volvimos al destierro después de la revolución de septiembre, estupefactos, de niños, como de hombres, que una vez libre la patria, no tuviera hogar para los que, como nuestros padres, habían combatido por su libertad. De nuevo, cuando las pasiones se calmaron, volvimos al querido e ingrato suelo; de los dos viejos amigos, aquel cuyo nombre llevo, bajó pronto a la tumba, rendido el cuerpo y el espíritu por las rudas jornadas de su juventud. Más feliz que su amigo, sus ojos fueron cerrados por la mano piadosa de sus hijos, mientras que el noble anciano en quien en este momento piensan todos los argentinos, desde las fronteras de Bolivia hasta las lejanas llanuras del sur, ha sobrevivido al hijo querido en quien se encarnaba la gloria de su nombre y la tranquilidad por su último y supremo amor sobre la tierra, la vida y el porvenir de sus nietos.

Así, unidos desde la infancia, nos iniciamos juntos en la vida pública, hicimos sonriendo nuestros primeros ensayos en el mundo de las letras y nos desenvolvimos bajo la influencia de ideas comunes. Jamás las disidencias políticas, que apartaban momentáneamente nuestros espíritus, apartaron nues-

tras almas. En la hora de las caídas, como en la hora de los triunfos, siempre se encontraban nuestras manos, como en los días de la infancia, como ayer, en el último y supremo adiós.

Séanme perdonados estos recuerdos íntimos que evoco bajo la pura inspiración de mi cariño. Ahora volveremos a la lucha, a las dificultades, a las miserias; pero en las angustias patrióticas, ha de faltarnos el consejo sano y luminoso del compañero que hemos perdido. Le lloraremos siempre, pero seguiremos por la ruta del deber, como él, a través de obstáculos y peligros, para servir como buenos hijos a nuestra madre tierra, más querida cuanto más se enriquece su seno fecundo con despojos como los que hoy le entregamos.

He dicho.

## En la tumba de Del Valle

Señores: Un rudo e inesperado golpe acaba de herir el alma de la sociedad argentina. Uno de sus hijos más altamente conceptuado, ha caído en el momento de pisar el umbral del medio siglo, siniestro para los hombres de mi generación. En plena madurez de espíritu, en plena conciencia de su misión, absorbido por la labor más noble que el destino pueda deparar a un hombre sobre la tierra, ilustrar la inteligencia y levantar el corazón de la juventud con la enseñanza de la historia patria, Aristóbulo del Valle descende a la tumba, roto el cerebro por un esfuerzo supremo.

Era la más clara, brillante y esplendorosa inteligencia que he conocido; su luz intelectual parecía irradiar del corazón, tan impetuosa surgía y tan impetuosamente le guiaba. El pensamiento escrito no cuadraba a su índole batalladora, y por una necesidad imperiosa de su organismo, sólo la palabra, la palabra soberana que arrastra pueblos, derroca tronos y crea glorias, podía traducir los movimientos amplios y generosos de su alma. Tenía, para dirigir la marcha de los sucesos humanos, calidades e inconvenientes colosales. La altura y la pureza de su ideal político, esa sociedad soñada, en la que todos los hombres fueran libres, todos los derechos respetados, todos

los decoros guardados, le estremecía de impaciencia ante la lenta y pausada marcha que el pueblo argentino, como todos los organismos que se consolidan, prosigue hacia su perfeccionamiento. Vivía en el anhelo irritante, intolerable, de la justicia absoluta; nada le arredraba y jamás el escepticismo obscureció sus ideas ni desalentó su empuje. Por acelerar de un día ese reinado casi evangélico del derecho, que le perseguía como una visión, hubiera dado su vida y hasta el amor de su pueblo, que adivinaba en los rostros tendidos hacia él, cuando irguiendo su figura irradiante de simpatía, buscaba en los tonos más dulces de su voz maravillosa, los acentos más nobles para dar a sus ideas el irresistible dominio que subyuga las inteligencias.

Otros, juzgarán fríamente su actuación política; yo sólo puedo decir que, uno de los más grandes honores de mi vida, ha sido la amistad constante de ese hombre. En este continuo batallar de nuestra acción pública, alguna vez él ha surgido en el momento de mi caída. Perseguíamos el mismo ideal por distinto camino, pero por diverso que fuera nuestro criterio, la sinceridad de los propósitos de del Valle, la enérgica valentía de su acción, el supremo desprendimiento personal de todos sus actos, me impusieron siempre un respeto profundo. Tenía una intransigencia orgánica contra el abuso y comprendía de tal manera la altísima misión de regir los destinos de la patria, que a veces confundía y execraba con igual violencia,

bajezas y miserias imperdonables, con tolerancias tal vez indispensables.

¿Qué movimiento del espíritu humano no se reflejó en su vasta y luminosa inteligencia? Era un maestro en la ciencia del derecho público, y el último año de su vida dejará el recuerdo de la más brillante enseñanza que se haya dado en nuestra facultades. Poned a del Vaile en la Sorbona o el colegio de Francia, en el momento sombrío en que el espíritu público, amordazada la prensa, coartado el derecho de reunión, buscaba un intérprete de sus angustias y sus esperanzas, y su nombre habría vivido glorioso en el mundo civilizado. Si la impetuosidad de su acción en el poder sobrecogió un instante al pueblo, quedó en el corazón de la masa un vago sentimiento de confianza. Se le sabía en su casa, ocupando su actividad en otro rumbo del espíritu; pero allí estaba y nada conforta tanto como saber, si el momento supremo llega, dónde hay un hombre.

Ahora llamaremos en vano a las puertas de aquella casa, tal vez única en nuestro mundo americano, donde se respiraba la atmósfera serena del arte y la cultura intelectual. Ya no oíremos aquella voz flexible y armoniosa que reflejaba con la expresión de fuerza y lealtad de aquella cara, una bondad orgánica sin límites.

Nació pobre y sin alcurnia; con su esfuerzo cultivó su espíritu hasta darle, en materia de arte, el refinamiento exquisito que, en medios más propicios, sólo alcanzan los privilegiados. Fué una

gloria del parlamento argentino; sirvió a su patria con su brazo, con su cabeza, con su alma entera, y en los campos de batalla, en las luchas políticas, en la labor intelectual, usó siempre honestamente de las facultades extraordinarias con que la naturaleza le había dotado.

El reposa ya de las fatigas de esta nuestra ruda vida, pero el corazón del pueblo sangra al ver doblegarse, una a una, las frentes luminosas que eran su honor y su orgullo.

Hace treinta años, salía de nuestra universidad un grupo de hombres que la Providencia parecía depararnos para formar una sociedad civilizada sobre la pampa libre que nos legaron nuestros padres, cuya memoria sea bendecida. Si fuerte era la tarea, buenas armas traían en su inteligencia y en su carácter. Sobre ese grupo ha pesado gran parte de la carga común; los que sobreviven, tienen el derecho de pedir se reconozca que, tanto los que partieron, como ellos mismos, han cumplido como buenos sus deberes para con la patria. Hoy está dislocado, disuelto casi, porque los que partieron se llaman Delfín Gallo, Pedro Goyena, José Manuel Estrada, Ignacio Pirovano, Lucio V. López, Aristóbulo del Valle.

¡Confianza! y lanzo esta palabra, porque si el espíritu de del Valle me escucha, se ha de estremecer de contento. ¡Confianza! Atrás de nosotros viene una nueva y vigorosa fuerza, una juventud que ha visto días sombríos, oído altas lecciones y contemplado grandes ejemplos. El momento de su acción se acerca.

Tú, reposa en paz, amigo querido; sobre esta tumba que el cariño y el respeto del pueblo rodeará, recibe, con mi adiós supremo, toda mi gratitud por tu afecto fraternal y por el consuelo que, en mis grandes dolores, halló mi corazón en el tuyo.



# ÍNDICE

Página

Miguel Cané . . . . .	4
Miguel Cané, por Roberto J. Payró . . . . .	7

## El espíritu universitario y el método científico

Los destinos de la Facultad de Filosofía y Letras. — Naturaleza y carácter de su enseñanza. — El aislamiento, germen de muerte. — El espíritu universitario. — La psicología experimental. — El concepto fundamental de los estudios superio- res. — Una opinión de Herbert Spencer. — La "Sociología". — La enseñanza de la historia. — La filología. — La antropología. — El griego. — El latín. — La síntesis futura. — Fecundidad del espíritu científico . . . . .	19
--	----

## La enseñanza clásica

Un consejo sano. — Cómo se puede formar un hom- bre. — El ideal de Mathew Arnold. — Quienes deben ir a la F. de F. y L. — ¿Adónde vamos? — Las viejas universidades. — Las norteamericana- nas. — El desenvolvimiento de los estudios clás- sicos. — La crisis actual. — Lo que entiendo por estudios clásicos. — Su influencia sobre la cul- tura humana. — La gestación del momento. — La educación clásica en Alemania. — Presentación de la laureada. — A la juventud . . . . .	45
--	----

## Pueyrredón

Justicia tardía. — El mejor panegírico. — Silueta de Pueyrredón. — Aspiraciones juveniles. — Las invasiones inglesas. — Pueyrredón en España. — La odisea del regreso. — Pueyrredón en el Alto Perú. — Yatasto. — La calumnia. — El Triunvi- rato. — La conspiración de Alzaga. — El Con-	
--	--

greso de Tucumán y la elección de Pueyrredón. — Cuadro de la situación. — La expedición de Cádiz. — La diplomacia de Pueyrredón. — San Martín y Pueyrredón. — Dorrego. — La renuncia del Director. — El año XX. — El largo retiro y la muerte de Pueyrredón. — La gratitud fecunda. 67

### Sarmiento

Sarmiento y Del Valle. — La generación de Sarmiento. — Palermo y Sarmiento. — Urquiza y Sarmiento. — Sarmiento en San José. — Sarmiento, educador de América. — Unidad de su vida. — Su concepto de la educación. — Sus dos fases. — Por el ideal y por el deber. — Sarmiento escritor. — Tipo único en su grupo literario. — Sarmiento presidente. — Los rumbos que marcó. — La figura de Sarmiento en el futuro argentino 83

### El doctor Malaver

La elección del orador. — Antagonismo. — Malaver abogado. — Malaver en la vida pública. — Buenos Aires antes de 1880. — El doctor Malaver profesor. — Carácter de su enseñanza. — El procedimiento, como conquista moral. — El termómetro de cultura. — El procedimiento, como elemento civilizador. — La enseñanza del doctor Malaver. — Moreno y Malaver. — La suprema aspiración 103

### Carlos Pellegrini

Una deficiencia del carácter. — El obrero y el candidato. — La Vida de Pellegrini. — Campos de batalla, parlamentos, ministerios. — Pellegrini el 90. — La presidencia. — Pellegrini y el Presidente Sáenz Peña. — La candidatura Roca. — Pellegrini en el Senado. — La ley de conversión. — La ley de quiebras. — La ley de capellanías. — El fondo de conversión. — La abolición del impuesto adicional y disminución de los municipales. — La ley electoral. — Las autonomías provinciales. — La unificación. — La ola turbia. — El más grave problema argentino. — El único remedio. — El consejo de Booker Washington. 117

**Bienvenida**

<b>A los marinos de la "Uruguay", en el banquete del Jockey Club, el 3 de Diciembre de 1903.</b>	
<b>Los hombres de energía. — Nansen, André, Nordenskjöld, Larsen, Charcot. — Nuestros marinos. — Lo que llevaba la "Uruguay". — Nuestra estrella. — El papel de la marina en el desenvolvimiento argentino. — Sobral. — Al teniente Irizar y compañeros . . . . .</b>	<b>141</b>

**Bienvenida**

(Al Dr. Manuel A. Montes de Oca, en la noche del 26 de Marzo de 1903).

<b>El verdadero vínculo. — Amancio Alcorta. — Su acción en el gobierno. — La justicia póstuma. — La comisión argentina en Londres. — La labor de Montes de Oca. — Los hombres nuevos. — La nota Drago. — Una excursión provechosa. — El ideal inglés. — El voto de todos . . . . .</b>	<b>149</b>
--	------------

**Despedidas**

<b>En la tumba de Lucio V. López . . . . .</b>	<b>161</b>
<b>En la tumba de A. del Valle . . . . .</b>	<b>165</b>

---

---

*Impreso en los Talleres Gráficos*  
*: : de L. J. ROSSO y Cia. : :*

---

---